

BiCentenario

el ayer y hoy de México

**Ciencia y
Tecnología**
Secretaría de Ciencia, Humanidades,
Tecnología e Innovación



**Instituto
Mora**

José María Morelos
en 3D

El charro cantor
llega al cine

Ramírez Vázquez diseña
la Universidad de Nuevo León

70

Guerra Sucia

“Las órdenes
había que cumplirlas”

(Relato de un fusilero sobre la represión de los años 70)



Libros electrónicos

acceso abierto



**Aquellos niños del exilio.
Cotidianidades entre
el Cono Sur y México**

Silvia Dutrenit Bielous



**De caminos y puentes:
Ordenamiento territorial
en la Nueva España**

Beatriz Rojas
(coordinadora)



**Miradas globales
desde América Latina**

Matilde Souto Mantecón
Daniel Kent Carrasco
(coordinadores)



**El miedo: la más política
de las pasiones**

Fausta Gantús
Gabriela Rodríguez Rial
Alicia Salmerón
(coordinadoras)



**El proyecto de una firma fotográfica
estadunidense en México (1895-1909)**

Fernando Aguayo
Berenice Valencia





VISITE NUESTRA PÁGINA Y REDES SOCIALES:

 @RevistaBiCentenario •
  @BiCentenarioMora

PARA CONSULTA Y COMPRA DE NÚMEROS ANTERIORES EN:

bicentenario@mora.edu.mx

www.revistabicentenario.com.mx



ÍNDICE

CORREO DEL LECTOR 04 | **ARTÍCULOS 06**–Aproximación digital al verdadero rostro de José María Morelos. **HÉCTOR NORIEGA MENDOZA** | **16**–Raíces históricas del charro cantor. **FAUSTINO A. AQUINO S.** | **24**–Inspecciones a las boticas de San Luis Potosí. **SERGIO A. CAÑEDO GAMBOA Y ALEJANDRO MORÓN RÍOS** | **34**–Cómo combatieron los potosinos la pandemia de 1918. **FLOR DE MARÍA SALAZAR MENDOZA** | **42**–Veracruz en la mirada de Montserrat Pecanins. **ANNA RIBERA CARBÓ Y EULALIA RIBERA CARBÓ** | **50**–La última autoridad de Vigía Chico. **LORENA CAREAGA VILIESID** ¶ **DESDE HOY 60**–Un museo en retribución a los mayas macehuales. **JOSÉ ALBERTO RODRÍGUEZ ROBLES Y GABRIEL VÁZQUEZ DZUL** ¶ **TESTIMONIO 66**–Carta desde la cárcel de Dolores Jiménez y Muro al general Aureliano Blanquet. **DIEGO BAUTISTA PÁEZ** ¶ **ARTE 74**–La mano de Pedro Ramírez Vázquez en la Universidad Autónoma de Nuevo León. **SUSANA JULIETH ACOSTA BADILLO** ¶ **CUENTO 82**–El enigma de la Hacienda de las Ánimas. **ANA SUÁREZ** ¶ **ENTREVISTA 90**–Tobías Melchor Palafox: un paracaidista en la guerra sucia. **IVÁN LÓPEZGALLO** ¶ **SEPIA 98**–Lluvia milenaria. **DARÍO FRITZ** ✎

BiCENTENARIO. EL AYER Y HOY DE MÉXICO
vol. 17, núm. 69, julio-septiembre de 2025, es una publicación trimestral editada por el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, calle Plaza Valentín Gómez Farías 12, colonia San Juan Mixcoac, alcaldía Benito Juárez, C.P. 03730, Ciudad de México.
Tels. 55 5598 3777/1152 y 1193

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y SUSCRIPCIONES
Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, calle Plaza Valentín Gómez Farías 12, colonia San Juan Mixcoac, alcaldía Benito Juárez, C.P. 03730, Ciudad de México.
Tels. 55 5598 3777/1152

CONSEJO EDITORIAL
Ana Rosa Suárez Argüello
Graziella Altamirano Cozzi
Laura Suárez de la Torre
Guadalupe Villa Guerrero
Héctor Luis Zarauz López
Iconografía: Ramón Aureliano Alarcón
Asistente editorial: Norberto Nava Bonilla
Edición: Darío Fritz
Diseño editorial: Elisa Orozco

EDITORIAL

Han transcurrido ya más de cinco décadas y el halo de oscuridad y de las peores certezas permanece inalterable. La impunidad, la justicia inconclusa, la ceguera adrede, la indiferencia, la complicidad, la verdad escatimada, van tomando forma de fósil. Pasan los años como agua va y sin darnos cuenta en algún momento puede que aquellos que fue llamarada quede labrado en la piedra sin atenuantes.

Las víctimas y sus familiares, y gente más cercana, han sido la fuente inagotable de un empeñoso esfuerzo por un reclamo de justicia que no llega y no hay rastros que asomen un cambio radical en ese sentido. Pasan hombres, pasan mujeres, pasan autoridades, pasan gobiernos, leyes que se hacen vetustas, y el saldo de los crímenes se abona con inmunidad.

Cada tanto, sin embargo, se encienden luces de esperanza. Unos documentos, unas cartas, archivos, informes, testimonios de un país que requiere sanar heridas de su pasado, pero que nunca podrá hacerse sobre la base del olvido. La guerra sucia de los años 70 del siglo pasado, y sus antecedentes de la segunda mitad de la década anterior, se exhibe a cuentagotas en nuevas variantes de una memoria que no se da por vencida. Y en la cual los historiadores hacemos nuestro aporte.

BiCentenario comparte en esta edición certezas y ambigüedades sobre aquellos días de silencios, conspiraciones, crímenes, arbitrariedades. Un joven jalisciense de 17 años, que en 1973 se incorporaba como soldado raso a la Brigada de Fusileros Paracaidistas del Ejército Mexicano, da cuenta en estas páginas en qué consistió aquello de “deshacer mítines”, camuflarse como civiles para “diseminar manifestaciones” o “hacer el trabajo sucio”, armado del fusil o de las herramientas de la defensa personal. Como si la memoria y su explicación de los hechos se armara de sobreentendidos, deshilvana las órdenes que muy a su pesar como las ve hoy a los 70 años, “había que cumplirlas, no discutir las”. De quiénes provenían y cuáles eran sus fines. Hacer el trabajo “por las buenas o por las malas”, acota. En la ciudad de México o en la sierra de Guerrero. Persiguiendo estudiantes, opositores o guerrilleros, tal es el caso de la captura y muerte de Lucio Cabañas que lo tuvo como protagonista cercano.

El aporte de su testimonio reverdece los más obstinados convencimientos de que nada más con la verdad se llega a la justicia. Aunque esa justicia, para muchos, cabe tan sólo en el terreno de la moral y en el sabor pírrico de la insuficiencia.

Pasemos a otros temas que conforman esta edición septuagenaria de la revista, que abundan en refriegas, matices y en miradas de un pasado tan rico en contradicciones como en logros, derrotas y hazañas.

De cómo se pergeñaba, por ejemplo, una mejor respuesta a la salud ciudadana allá por 1829 y 1918, con nueve décadas de distancia, nos relatan dos textos asentados en San Luis Potosí. Uno sobre el control de las boticas por las autoridades del ayuntamiento a fin de que se concretaran las reglas de sanidad en tiempos donde los productos naturistas y medicinales eran escasos, y el otro sobre el papel de la sociedad civil, en especial dos instituciones que con templanza y disposición expedita asistieron a la población en crisis movía con parsimonia sus engranajes.

¿Qué nos deja de excedentes la memoria cuando de recordar a Veracruz se trata, de revisar el pasado de un pueblo costero quintanarroense arrasado por los vendavales del clima, o el rescate de una cultura indígena relatado en piezas museográficas? La joven catalana Montserrat Pecanins lo dibuja con sus recuerdos de lo que halló en esa ciudad portuaria descubierta por catalanes como ella, huidos de la guerra civil española, donde una fiesta, como dice con negro humor, “sin muertitos” no era fiesta. Don Valentín, único sobreviviente en Vigía Chico, desentraña cómo la opulencia comercial se viene abajo cuando explotar una materia prima ya no es negocio y la naturaleza termina por arrasar aquello que se niega a morir. Los descendientes maya macehuales se redescubren en cada pieza donada al Museo Histórico de la Ciudad de Felipe Carrillo Puerto o tomada de lo que la tierra fue aflorando por los destrozos de la selva en la construcción del tren Maya.

La abundancia suele ser buena compañía cuando de una virtuosa administración se trata. En *BiCentenario* así se dosifica nuestro pasado. Hasta pronto.

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES

Dr. José María Luis Mora

Directora General

Dra. Gabriela Sánchez

Secretario General

Mtro. Alejandro López Mercado

Directora Académica

Dra. Lucrecia Infante Vargas

Directora de Apoyo Académico

Mtra. Claudia Ximena Montes de Oca Icaza

Director de Administración y Finanzas

Mtro. Domingo López Hernández

Editora responsable:

Ana Rosa Suárez Argüello. Reservas de Derechos al Uso Exclusivo No. 04-2013-061212050700-203, ISSN 2007-2775, otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Licitud de título No. 14276 y Licitud de Contenido No. 11849, ambos otorgados por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Los artículos firmados son responsabilidad de los autores.

Cualquier reproducción de imágenes de monumentos arqueológicos, históricos y artísticos y zonas de dichos monumentos está regulada por la Ley y su Reglamento por lo que deberán tramitar ante el Instituto Nacional de Antropología e Historia el permiso correspondiente.

Se prohíbe la reproducción parcial o total sin la expresa autorización del Consejo Editorial de la revista.

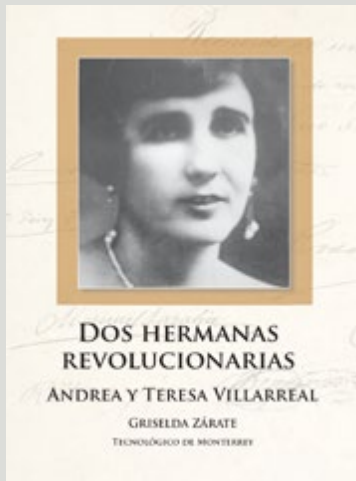
Tipografías utilizadas en la edición.

Leitura Di lay / Dino dos Santos.

Minion Pro / Robert Slimbach.

Avenir Next / Adrian Frutiger-Akira Kobayashi.

Comentarios en el muro de facebook



Sobre “Dos hermanas revolucionarias Andrea y Teresa Villarreal” ” (*BiCentenario*, núm. 10).

¡Qué importante es esta investigación! Nos permite conocer a mujeres que lucharon por la libertad, la justicia social y la igualdad.

RAÚL

Acerca de “Un paseo por el istmo de Tehuantepec” (*BiCentenario*, núm. 65).

Testimonio de un hecho poco conocido de nuestra historia. Es un documento original y diferente. Felicidades.

ROGELIO ALBERTO GÓMEZ



Reloj de arena

23 de noviembre de 1825

La primera escuadra naval mexicana, al mando del capitán de fragata Pedro Sainz de Baranda, logra la rendición del **último reducto español en México**: la fortaleza de San Juan de Ulúa.



3 de agosto de 1875



Porfirio Díaz se embarca en Veracruz rumbo a Nueva Orleans, con el pretexto de poner a sus hijos en una escuela de Nueva York. En realidad, se dirige a Brownsville en busca de apoyo y armas para levantarse en contra del presidente Sebastián Lerdo de Tejada.

i Portada del artículo “Dos hermanas revolucionarias”, revista *BiCentenario*, núm. 10, oct.-dic., 2010. | ii Portada del artículo “Un viaje placentero por el Istmo de Tehuantepec”, revista *BiCentenario*, núm. 67, ene.-mar., 2025. | iii Fuerte de San Juan de Ulúa, Veracruz, 2008. Fotografía de Víctor Pine-da, Flickr commons. | iv Porfirio Díaz joven, óleo sobre tela, s. xix. Museo Nacional de Historia, Secretaría de Cultura-INAH-Méx, mediateca del Instituto Nacional de Antropología e Historia, licencia de uso CC BY-NC-ND 4.0.

Por amor a la historia

Gael García Bernal gusta de actuar en películas con trasfondo histórico o político. Su carrera no solo busca entretener, sino generar conciencia, rememorar, hacer que el pasado y la historia se cuestionen.



¿Sabías que...?



El Centro Internacional de Mejoramiento de Maíz y Trigo, con sede en El Batán, Estado de México, ha desarrollado variedades de semillas utilizadas en muchos países, contribuyendo así a la lucha contra el hambre y la vulnerabilidad agrícola en el mundo.

11 de octubre de 1925



La Confederación de Estudiantes de Jalisco celebra un alegre gallo pues al día siguiente tendrá lugar la reapertura de la Universidad de Guadalajara, clausurada desde 1853.

Agosto de 1975

Tiene lugar una colisión de trenes en el Metro de la ciudad de México, alrededor de las 09:40, en la estación Viaducto. Es el accidente más mortífero sufrido por este sistema de transporte.



▼ Gael García durante el Festival Ambulante, Yucatán, 2025. Fotografía de Aurea del Rosario, Flickr commons. | ▼ Parcelas de trigo y maíz en la estación experimental El Batán, 2019. Fotografía de CIMMYT / Alfonso Cortés, Flickr commons. | ▼ Inauguración de la Universidad de Guadalajara, 12 de octubre de 1925. Imagen tomada de Facebook/Universidad de Guadalajara. | ▼ Colisión de trenes del metro de la ciudad de México, 20 de octubre de 1975. Colección particular.

HÉCTOR NORIEGA MENDOZADEPTO. DE FÍSICA, UNIVERSIDAD DE TEXAS
EN EL PASO (UTEP)

Aproximación digital al verdadero rostro de *José María Morelos*

Sobre las leyendas de los personajes más deslumbrantes del México independiente, reviste una pregunta incómoda. ¿Eran tal cual los artistas como los retrataron en sus pinturas? Los adelantos tecnológicos del mundo digital permiten estudiar la precisión de aquellas obras artísticas, que como en todo arte, prima la mirada aguda y personal del autor.

i
José María Morelos, litografía, siglo XIX. Colección Museo de Historia Mexicana.

En 2010, año del bicentenario de la Independencia de México, dentro de una caja de madera de siete kg. extraída del Ángel de la Independencia, fue encontrado el cráneo de José María Morelos y Pavón, el continuador, artífice y estratega por cinco años del gran movimiento independentista iniciado por su maestro Miguel Hidalgo en septiembre de 1810.

Morelos fue el líder indiscutible de la insurgencia entre 1811 y 1815, años durante los cuales, sin ninguna tregua por parte del realismo, demostró con valentía, estoicismo, nobleza y audacia militar la fuerza de un ideal libertador para una patria independiente con una constitución propia. La extraña dualidad de “sacerdote irregular y caudillo practicante”, de este hombre, que tuvo que tomar las armas y contraponer los principios cristianos más fundamentales de un pastor católico de almas, a la crudeza y violencia descarnada de una guerra, sólo es comprensible en un Morelos convencido de la licitud moral de su insurrección. El “Rayo del Sur” creía firmemente que “a un reino conquistado le es lícito reconquistarse, y a un reino obediente le es lícito no obedecer a su rey, cuando es gravoso en sus leyes, que se hacen insoportables...”, un rey además destronado y, como tal, ausente, pues Fernando VII había abdicado y permanecía como prisionero en Francia por Napoleón, quien había invadido España en 1808.

Al iniciar su rebelión a fines de octubre de 1810 (poco después de su entrevista con Hidalgo en Charo e Indaparapeo), Morelos era cura de Carácuaro y acababa de cumplir 45 años. No existe evidencia gráfica o registro documentado de ningún tipo que describa, antes de 1812, cuál



ii

Petronilo Monroy, *José María Morelos*, óleo sobre tela, 1865. Presidencia de la república, conservación de Palacio Nacional.



iii

Billetes de \$500, de \$20 pesos y monedas. Colección particular.

iv

Billetes de \$200, de \$50 pesos y monedas. Colección particular.

era la apariencia física de Morelos, de quien por otra parte sólo recientemente empezamos a conocer en detalle aspectos de su vida, formación y trayectoria preinsurgente, gracias al trabajo de investigadores como Carlos Herrejón Peredo.

La trascendental e icónica imagen de Morelos como el heroico e inconfundible insurgente, con pañuelo atado a la cabeza, llegó a permearnos históricamente y en nuestro imaginario popular como mexicanos. En una pintura, litografía o escultura, el atuendo del “Siervo de la Nación” podría ser el de un modesto cura de principios del siglo XIX, o el de un gallardo general; su pose, la de un hombre sereno junto a un escritorio portando en su mano los *Sentimientos de la Nación*, o la del audaz militar arengando a su tropa. En cualquier caso, sin embargo, resulta difícil imaginar a

Morelos sin el característico paliacate envolviendo su cabeza, el cual usaba remojado en alcohol y eucalipto, para atenuar la migraña que frecuentemente padecía. En el 2010, la evidencia de esta condición en la parte interna de su cráneo quedó de manifiesto con el descubrimiento de unos hundimientos en el hueso llamados corpúsculos de Pachonni, asociados a dolores de cabeza intensos.

ROSTROS EN LAS PINTURAS

Una de las representaciones más conocidas, social y culturalmente asimiladas, del cura de Carácuaro es la del pintor Petronilo Monroy, quien en 1865 plasmó la solemne imagen



del héroe en un retrato al óleo, encomendado por el propio emperador Maximiliano. Para legitimarse como soberano en México, el de la Casa de Habsburgo mandó a realizar grandes retratos de los héroes de la independencia para su Galería Iturbide en el Palacio Imperial, hoy Palacio Nacional, como muestra tanto de respeto y fidelidad al legado de los insurgentes, como de continuidad ideológica y política. De esa pintura de Morelos como hombre de Estado surgió la prototípica imagen del insurgente grande, fuerte, moreno, de nariz ancha, labios gruesos y expresión enérgica. Un modelo facial que el antropólogo físico Arturo Talavera ha descrito como muy semejante al de una cabeza olmeca.

Posteriormente, en 1890 y tomando como modelo el óleo de Monroy, el pintor Francisco de Paula Sánchez realizó un nuevo cuadro del héroe de Cuautla. Como en la pintura de su antecesor, de Paula Sánchez muestra a Morelos de cuerpo entero como jefe e ideólogo, portando el mismo atuendo y en la misma postura con una mano sobre el pecho. Sin embargo, es importante notar que el rostro del líder plasmado en el trabajo de Sánchez es de rasgos en general más finos, con un Morelos de expresión serena, boca más pequeña, labios más delgados y nariz más angosta, siendo estos dos últimos rasgos físicos definitivamente más consistentes con las primeras pinturas y litografías documentadas del ilustre insurgente.

RETRATOS ORIGINALES (1812-1813)

Hacia la segunda mitad del siglo xx, México tomó la obra de Monroy como referencia para plasmar la imagen de Morelos, que ha trascendido como poderoso molde pictórico de lo que pudo haber sido el porte, el aspecto físico en general y el rostro en particular del “Siervo de la Nación”. Primero en sus billetes de 500 pesos y después en los de 50 y 200 (estos últimos aún vigentes), imagen que por el solo hecho de estar impresa en papel moneda, tiene circulación y difusión nacional diaria y constante entre la población.

El registro histórico de la iconografía de Morelos, sin embargo, nos revela por lo menos un par de efigies



▼
Retratos de José María Morelos,
litografías, s. xix. Colección parti-
cular.

Resulta difícil imaginar a Morelos sin el característico paliacate envolviendo su cabeza, el cual usaba, remojado en alcohol y eucalipto, para atenuar la migraña.



vi

Anónimo, *Retrato del excelentísimo señor don José María Morelos, capitán general de los ejércitos de América, vocal de su Suprema Junta y conquistador del rumbo del Sud*, 1812. Museo Nacional de Historia, Secretaría de Cultura-INAH-Méx, mediateca del Instituto Nacional de Antropología e Historia, licencia de uso CC BY-NC-ND 4.0.

La efigie de Morelos lo presenta como un hombre de nariz prominente y, por lo menos en la pintura anónima, como un mestizo de piel morena.

realizadas tan tempranamente como 1812, durante los mejores años de la campaña militar del “Generalísimo” y antes de su fusilamiento en 1815, es decir, en vida. Asimismo, sabemos de otras obras similares realizadas después de su muerte y antes del ya referido cuadro de Petronilo Monroy en 1865. Una excelente compilación de dichas obras puede apreciarse en el trabajo de E. García Barragán y L. López Orozco, *José María Morelos en el Arte*.

Como es de suponer en el caso de pintores o retratistas, los creadores originales de estos trabajos tempranos estuvieron en la presencia física de Morelos, frente a frente con el libertador, bosquejando sus rasgos físicos para la posteridad con la mínima fidelidad requerida en un retrato así. En el caso de copias de una pintura

original, o de litografías basadas en ellas, podemos asumir razonablemente que estas se realizaron siendo a su vez mínimamente fieles a los trabajos originales. El simple hecho de que esta iconografía temprana esté históricamente tan cerca de Morelos, en vida, nos hace pensar que el perfil facial de Morelos ahí plasmado es el más cercano a su vez a su rostro real.

Dos son las referencias de particular importancia para los fines de este trabajo que enseguida citamos. La primera es un óleo atribuido a un indígena mixteco anónimo que retrató a Morelos gallardamente y con traje de militar en 1812, después de tomar Oaxaca. La segunda es un perfil en cera del artista José Francisco Rodríguez de 1813. En ambos casos, la efigie de Morelos lo presenta como un hombre de nariz pro-



minente y, por lo menos en la pintura anónima, como un mestizo de piel morena. Tales rasgos físicos fueron incorporados en la aproximación facial forense que presentamos aquí, además de las características físicas y morfológicas intrínsecas del cráneo preservado de Morelos.

EL CRÁNEO DE MORELOS

La aproximación facial al cura de Carácuaro aquí presentada partió de un elemento imprescindible en todo ejercicio serio de reconstrucción a partir de restos óseos, esto es, un modelo digital en 3D que reflejara fielmente la morfología y las características físicas específicas del cráneo real de Morelos. Esto fue posible gracias a un par de fotografías, una frontal y otra de perfil de dicho cráneo, obtenidas del trabajo de conservación y restauración de los restos de los héroes patrios en 2010. Enseguida un cráneo digital genérico en 3D, obtenido del banco de modelos

vii

Izquierda: Fotografía frontal del cráneo de Morelos, tomada del trabajo de J.A. Pompa y Padilla, 2012. Derecha: Misma fotografía reconstruida digitalmente incluyendo por simetría el temporal y parietal faltantes y la apertura natural de la mandíbula.

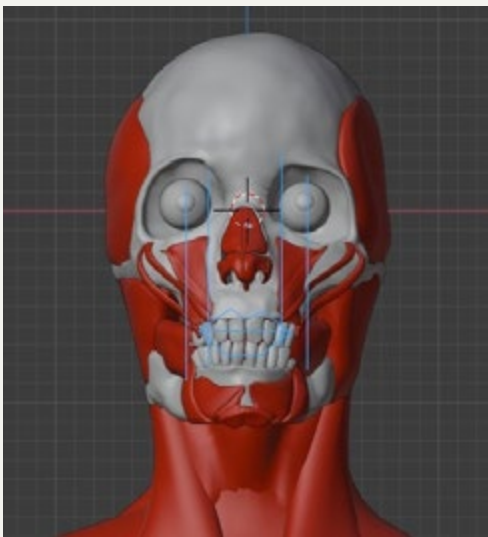
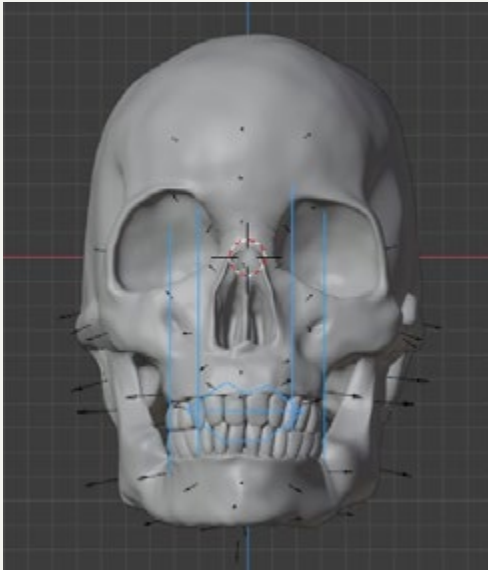
viii

Aproximación de vista lateral completa del cráneo de Morelos, a partir de fotografías laterales individuales tomadas del mismo trabajo de Pompa y Padilla, 2012.

ix

Reconstrucción facial forense con *OrtogOnBlender* de Eva de Nahrón por Cícero Moraes, 2018, en colaboración con investigadores del INAH, México.





digitales públicos de Blender, se hizo ajustar por superposición directa a ambas imágenes planas mutuamente perpendiculares para terminar con un modelo digital realista en 3D del cráneo completo, capturando así todos sus detalles morfológicos y estructurales.

Una vez logrado, el cráneo digital fue sometido a una técnica digital de reconstrucción facial forense basada en el método Manchester, es decir, a un proceso sistemático y preciso donde músculos faciales individuales y piel, referidos en general como “tejido blando”, son incorporados con criterios específicos de antropología física forense al hueso para dar la forma final a lo que representa una buena aproximación al rostro real del individuo en cuestión. Este proceso completo y sistemático de reconstrucción facial digital, puede encontrarse hoy eficientemente integrado en *OrtogOnBlender*, un programa complementario o subprograma computacional (add-on) del a su vez versátil y poderoso programa de código abierto *Blender* de modelaje y animación digital.

OrtogOnBlender (OOB) es un programa complementario a Blender creado originalmente por el diseñador digital, programador e investigador brasileño Cícero Moraes, en colaboración con E. da Rosa y R. Dornelles, para el diseño y planeación de cirugía ortognática digital, es decir, para la planeación de cirugía de los huesos de mandíbula y maxilar por métodos digitales.

No obstante los primeros objetivos de OOB en el área médica, muy pronto el propio Moraes aplicó por primera vez OOB exitosamente a la reconstrucción facial tanto de personajes históricos bien conocidos de quienes, sin embargo, no existe un registro fiel de su apariencia física,

x

Cráneo digital de Morelos, resultado de ajustar con *OrtogOnBlender* un cráneo digital genérico a la forma y características del cráneo real del insurgente, incluidas en el mismo las profundidades medias de tejido blando.

xi y xii

Vistas frontal y lateral del cráneo digital de Morelos una vez que los principales músculos faciales fueron incorporados a través de las rutinas de *OrtogOnBlender*.



xiii

José Francisco Rodríguez, José María Morelos y Pavón, figura en cera, 1813. Wikimedia commons.

El método británico de reconstrucción facial forense tiene amplia aplicación internacional en la actualidad. El método es útil en la identificación de seres humanos a partir de sus restos óseos.

como de antiguos habitantes del continente americano y otras regiones del mundo, a partir de sus restos óseos reportados por la arqueología. Así, ha demostrado el enorme potencial de OOB en este campo de investigación, en donde la ciencia, la historia, la arqueología, la antropología física forense y el arte digital se entremezclan. Entre las aplicaciones de OOB por el propio Moraes a la reconstrucción facial forense destaca, en colaboración con el INAH en México, su modelo facial de Eva de Naharón en 2018, considerado el fósil humano más antiguo del continente americano. Otros trabajos importantes de reconstrucción facial con OOB por Moraes incluyen personajes internacionales, como Pedro I de Brasil, el astrónomo Nicolás Copérnico y San Antonio de Padua.

La mayor fortaleza de OOB radica en su estructura basada en comandos secuenciales, que permiten aplicar paso a paso la técnica británica integral conocida como el método Manchester, el cual además de las profundidades de tejido blando propias del llamado método americano de reconstrucción facial, incluye el papel de cada músculo facial en la definición de un

rostro establecido por el llamado método ruso. Al combinar elementos de dos escuelas distintas, el método británico de reconstrucción facial forense tiene amplia aplicación internacional en la actualidad. Además de su poder para ponernos en contacto con los rostros del pasado, el método es útil en la identificación de seres humanos a partir de sus restos óseos. OOB fue aplicado eficientemente con todos sus comandos secuenciales en la presente aproximación facial forense a José María Morelos, para la obtención de un modelo autoconsistente de su rostro con base en los criterios descritos a continuación.

UN MODELO DEL ROSTRO DE MORELOS

En este trabajo, un modelo facial en 3D “autoconsistente” se define como una aproximación facial forense que: a) reproduce con exactitud la evidencia osteológica, es decir, la forma y estructura subyacentes del cráneo humano preservado en cuestión y b) incorpora los rasgos faciales es-



xiv

Aproximación facial final en el modelo autoconsistente del rostro de José María Morelos con *OrtogOnBlender*, el modelo reproduce las características específicas del cráneo del "Siervo de la Nación", al mismo tiempo que incorpora los rasgos faciales presentados en sus primeros retratos de 1812-1813, nariz prominente y ligeramente respingada, así como la eversión gonial de mandíbula y el frontal abombado de su cráneo real.

pecíficos obtenidos directamente de los registros gráficos o documentados históricamente que describen el rostro de ese mismo individuo.

En el caso particular del modelo del rostro de Morelos aquí presentado, aseguramos primero la consistencia con el cráneo digital en 3D del insurgente, obtenido después de ajustar específicamente un cráneo digital genérico a dos fotografías planas perpendiculares entre sí, frontal y lateral de su cráneo real, así como con las especificaciones técnicas sobre el tipo de cráneo real, el tipo antropológico de cara, las características de la mandíbula como la ever-

sión, entre otras. Enseguida, aplicando el método Manchester de reconstrucción facial, iniciamos por desplegar sobre el cráneo digital los correspondientes puntos craneométricos o marcadores que permiten definir las profundidades medias de tejido blando en dichos puntos, es decir, el grosor real de músculos faciales y piel a partir del hueso. Tales profundidades en milímetros, a su vez fueron obtenidas de la literatura, las correspondientes a un mexicano adulto promedio.

Posteriormente, ya contando el modelo con tejido muscular y piel (ambos elementos incorporados al cráneo con OOB), aseguramos entonces consistencia con las características faciales más evidentes de Morelos en el óleo anónimo de 1812 y en la cera de Rodríguez de 1813. El modelo final es resultado de la aplicación meticulosa de las rutinas de OOB y, al final del proceso, del también programa de código abierto de modelaje del cuerpo humano en 3D MakeHuman. Otros programas complementarios de Blender fueron igualmente utilizados en esta última fase para dar los detalles finales y hacer ajustes finos al modelo autoconsistente del rostro del “Rayo del Sur”.

Para finalizar, resumimos las características morfológicas y físicas más importantes del cráneo real de Morelos documentadas por J. A. Pompa y Padilla en *Los restos de los héroes en el Monumento a la Independencia* de 2012, mismas que fueron tomadas en cuenta en este trabajo para modelar el cráneo digital del insurgente y posteriormente, con la adaptación de tejido

blando también digital, para aproximar su rostro con OOB:

El cráneo real del héroe es alto en sentido longitudinal. Presenta un hueso frontal muy abombado, órbitas altas (hipsiconco) sin arcos superciliares marcados, cara media con nariz estrecha (leptorrino), mandíbula mesognata (es decir, promedio) con eversión gonial, característica que se podría entender en Morelos como resultado del impulso constante de su tronco hacia adelante al montar a caballo, actividad que seguramente practicó continuamente desde muy joven. Su estructura facial es descrita en general como “grácil”.

Aunque este cráneo preservado presenta pérdida de los huesos temporal y parietal izquierdos, en el presente modelo de cráneo digital tales huesos faltantes fueron reconstruidos en Blender por simple simetría con el temporal y parietal derechos. En cuanto al tipo de nariz del “Generalísimo”, como ya se ha mencionado en párrafos anteriores, tomamos como referencia sus cuadros al óleo y a la cera de 1812 y 1813, donde en ambos la nariz es prominente, ligera o moderadamente cóncava (de curvatura hacia adentro) e incluso un poco respingada; es también estrecha, de la evidencia osteológica. Asimismo, cejas pobladas y la reportada robustez física de Morelos fueron rasgos y factores importantes adaptados finalmente a este modelo facial digital en 3D con OrtogOnBlender, un método robusto de reconstrucción facial forense capaz de develar los rostros de nuestra historia.



PARA SABER MÁS

GARCÍA BARRAGÁN, ELISA y LETICIA LÓPEZ OROZCO, *José María Morelos en el Arte*, México, SEP-INEHRM, 2015.

HERREJÓN PEREDO, CARLOS, *Morelos. Revelaciones y enigmas*, México, El Colegio de Michoacán, 2019.

MORAES, CÍCERO, *Reconstrucción facial forense para principiantes*, 2021, en <https://cutt.ly/Wr6hRJvq>.

POMPA Y PADILLA, JOSÉ ANTONIO, (coord.), *Los restos de los héroes en el Monumento a la Independencia, volumen II, Análisis de Antropología Física*, México, INAH, 2012.

TALAVERA GONZÁLEZ, JORGE ARTURO, *Mito y realidad de los héroes de la Independencia, ¿qué nos dice la bioarqueología?*, México, El Colegio Nacional, 2024, en <https://cutt.ly/Br6hESWa>

FAUSTINO A. AQUINO S.

MUSEO NACIONAL DE LAS INTERVENCIONES - INAH

16

Raíces históricas del *charro cantor*



i
Jaripeo. Ernesto Icaza 1910
commons.wikimedia.org

El cine fue una fuente inestimable del mundo rural mexicano y de uno de sus protagonistas maltratado: el charro. Y si su figura genera aún debates, mucho más lo es una de sus facetas menos conocida como su relación con la música. Popular el charro, popular su música, hasta las películas que lo describen reciben cuestionamientos de quienes rechazan que ese México haya existido.

17

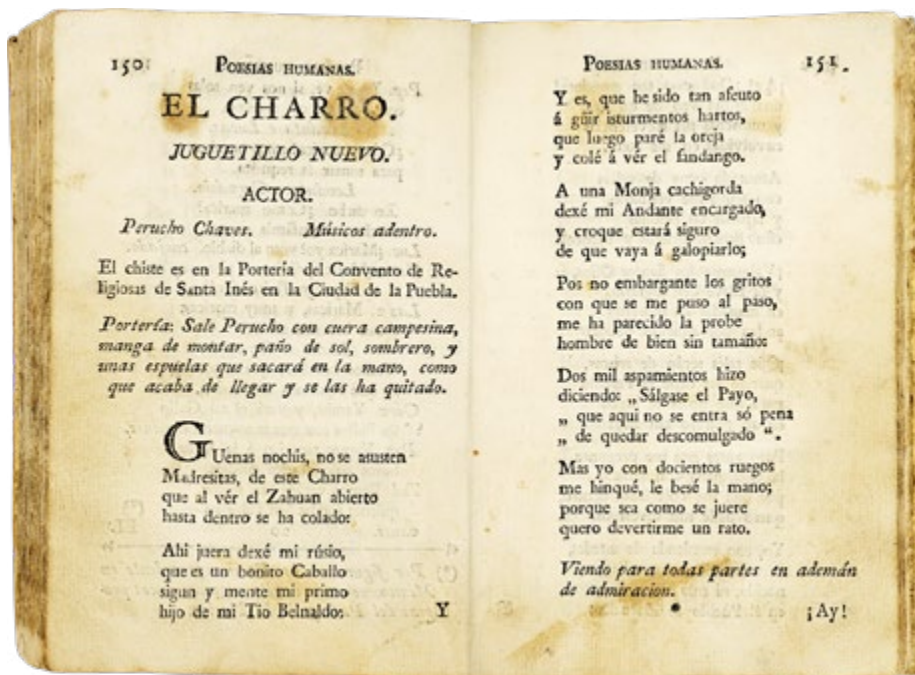


Al abordar el tema del cine de charros lo común es encontrar una opinión generalizada entre críticos de cine y otros intelectuales: que el charro cantor, así como el ambiente folklórico mexicano que proyectó el cine nacional de la llamada Época de Oro, fueron un puro invento de guionistas y directores: “el cine de melodrama ranchero –afirma Francisco Peredo Castro– refiere un México inexistente, ni en el pasado ni en el presente en que se hacen los filmes”.

Sin embargo, tales críticos no podían saber que la figura que hizo famosa en todo el mundo a la música mexicana, en realidad tiene profundas raíces históricas, y que el cine nacional mantuvo vigente por algún tiempo más una figura y un ambiente que, hacia las primeras décadas del siglo xx, aún estaban frescos en la memoria popular.

La referencia más antigua que tenemos sobre un charro cantor se encuentra en la pieza teatral titulada *El charro*, del autor costumbrista Joseph Agustín de Castro y publicada en la ciudad de Puebla en 1797; se trata de un monólogo en el que el personaje principal, el charro Peruchito Chávez, termina la obra cantando.

El carácter cantor de los charros antiguos se confirma por un artículo de 1844 publicado en *El Museo Mexicano* por Domingo Revilla y titulado “los rancheros” (el autor utiliza la palabra ranchero como sinónimo de charro), en el que se pone de relieve la importancia que la música y el canto tenían para las fiestas civiles y religiosas, pues los rancheros cultivaban en ellas el cortejo romántico, de gran importancia en su vida cotidiana. Así, cuando un charro se enamoraba “Las coplas del ‘jarabé’, cantadas con tonadas alegres o tiernas al pasar por cerca de la casa de la querida, o en el ‘fandango’ comienza a ganar el favor de ella: enseguida el sacarla a bailar un ‘sonecillo’ de los que se estilan”. Ser un buen cantante era de gran ayuda en la empresa de conquistar una mujer y llevarla hasta el altar, hazaña que en esa época tenía incentivos adicionales: “porque entre otros bienes disfruta [el charro] el de verse libre de la leva, y así burlará las amenazas del juez de paz a quien



ii

"El charro" portadilla en Joseph Agustín de Castro, *Miscelánea de poesías sagradas*, t. 1. Puebla, México, Don Pedro de la Rosa, 1797. Biblioteca John Carter Brown.

iii

Antonio García Cubas, *El jarabe*, litografía a color en Antonio García Cubas, *Atlas pintoresco e histórico de los Estados Unidos Mexicanos*, México, Imprenta de Debray, 1885. Biblioteca del Congreso, Washington, D.C., EUA.

iv

Ernesto Icaza, 1922. Reproducción litográfica a color, Portafolio 1984. Colección Particular

negó venderle (porque la venta era una verdadera donación *inter vivos*) su caballo".

Revilla también relata escenas que en el futuro iban a ser reproducidas por el cine, pues en bodas y otras fiestas "La poesía campirana tiene donde ejercitarse, y el ingenio de músicos y concurrentes hace esfuerzos inauditos por lucir [...] Las rancherillas y rancheros se entusiasman y hacen esfuerzos por quedar bien, si bailan o cantan dirigiéndose recíprocamente versos alusivos, de lo que resultan sus amores, sentimientos o celos [sic]".

También José María Esteva, en la misma publicación, dejó constancia de estas escenas folklóricas, reproducidas en más de una película:

Comúnmente cuando empieza la música a tocar un "son" se levantan de sus asientos ocho o diez bailadoras; se ponen de pie sobre un tablado elevado a algunas pulgadas del suelo, dan una vuelta y comienzan a bailar. Una de ellas (y muchas veces todas, según lo requiere el "soncito") canta, contestando a los versos de alguno de los músicos, y estos diálogos son las más de las veces graciosísimos [...] se dan de este modo sus celos, sus citas y hasta se declaran sus amores.

Por su parte, madame Calderón de la Barca comentó en cartas a su familia la notable afición que el pueblo mexicano sentía por la música y el canto, y hacia las





décadas posteriores a la de 1840 la fama de cantante de los charros estaba tan asentada que un escritor como Victoriano Salado Álvarez pudo escribir, en uno de sus *Episodios nacionales*: “al tercer día, Pancho empezó a maliciar que sucedería algo distinto de lo acordado y se atrevió a interrogar a un charro brioso y cantador que salía a caminar a su vera”.

Por un artículo de *El Monitor Republicano* del 25 de abril de 1862, titulado “Flores del Nuevo Mundo”, sabemos que este fenómeno del vaquero cantor no era privativo de México, sino que era común a toda Hispanoamérica; según el autor anónimo, era asombrosa la proliferación de los “hijos del canto” en América:

El payador de las pampas de Cuyo; el guajiro de Cuba, que requiebra a su amada a la sombra de las palmas diciéndola sus quejas con el “tiple”; el gaucho [huaso, debería decir] de Chile que se acompaña con la “vihuela”; el llanero de Venezuela, que anima los campamentos con la guitarra; el mulato de Lima, que se derrite en las lomas de Amancaes, improvisando coplas al compás del arpa y la guitarra; el ranchero de México, que se deleita cantando sus amores en el “bandolón” [en realidad,

propio del gaucho argentino] son las muestras populares de la tendencia a la poesía tan generalizada en América.

Para el autor –imprecisiones aparte–, estos tipos americanos eran trovadores del pueblo que satisfacían una necesidad de versos cantados que se manifestaba en todas las clases de la sociedad, tanto en el campo como en la ciudad, “Los cantantes del pueblo americano [...] traducen las aspiraciones de una sociedad naciente, cuyo afecto más pronunciado es el amor [...]”

Este fenómeno del vaquero cantor no era privativo de México, sino que era común a toda Hispanoamérica.

Los cantores, además, representaban una “comunidad moral” que la política no había logrado. Se notaba la similitud de los cantares de los diferentes países cuando “no era posible pensar en importaciones” y también, añadiríamos, la conciencia que se tenía del fenómeno cuando no existían más medios de comunicación que la prensa.

Dada la riqueza artística de la música popular, su traslado al escenario resultó natural. En la década de 1880 los periódicos anunciaban la presentación en los teatros capitalinos de estampas folklóricas que reproducían el ambiente de las fiestas de Santa Anita, Santiago y otros pueblos ubicados a lo largo del canal de la Vega, paseo dominical en el que se acostumbraba escuchar a grupos musicales y ver a charros y chinas bailando y cantando los sones autóctonos. “[...] de vez en cuando [recordaba Guillermo Prieto] toreros, coleadores y antiguos empleados de casa me llevaban en triunfo a Santa Anita, donde, bai-

Urgían a mostrar que el país no era “solamente un remanso de chinas y charros, ni rincón de canciones rancheras; sino también un centro de vida social”.

les hirvientes, amores rabiosos, manjares incendiarios y riñas tremebundas eran toques eléctricos que vigorizaban mi organismo”. Por entonces, nadie podía imaginar que tal ambiente tendría una proyección internacional gracias a un invento científico que no tardaría en aparecer: el cine.

Muchos consideran que el cine nació el 28 de diciembre de 1895, pues en el número 14 del Boulevard de los Capuchinos, en París, los hermanos Louis y Auguste Lumière dieron a conocer un aparato de su invención, llamado cinematógrafo, capaz de proyectar imágenes en

movimiento. Ofrecieron una muestra de varios cortometrajes de algunos segundos de duración, llamados “vistas”, que causaron conmoción, al grado de que tan sólo dos años después su invento se conocía en todo el mundo.

Para difundir y comercializar el cinematógrafo, los Lumière contrataron y entrenaron a 200 empleados encargados de llevarlo a diversos países. A México fueron destinados Claude Ferdinand Bon Bernard y Gabriel Veyre, quienes llegaron al país siete meses después de la primera presentación. Las noticias sobre el nuevo invento eran tan sensacionales que el 6 de agosto de 1896 fueron recibidos en el Castillo de Chapultepec por el presidente Porfirio Díaz, quien junto con sus invitados disfrutó de una proyección de “vistas” privada. El 14 se hizo una presentación para la prensa y la comunidad científica y en los días siguientes se ofrecieron proyecciones públicas para cumplir con la misión de difundir el nuevo artilugio.

Además de darlo a conocer y comercializarlo, Bernard y Veyre tenían la misión de filmar y enviar a Lyon, Francia –sede de las empresas Lumière– aspectos pintorescos de México. Para entonces, viajeros europeos ya habían divulgado en Europa noticias interesantes sobre la vida o universo del rancho mexicano, de modo que este fue uno de los principales objetivos de estos primeros cineastas. En octubre viajaron a Guadaluajara y, entre las diversas tomas que hicieron, no dejaron de captar aspectos de la charrería, tales como jaripeos, baño de caballos, peleas de gallos, manejo de ganado y parejas bailando el jarabe. Estas fueron las únicas “vistas” latinoamericanas que figuraron en el primer catálogo Lumière. Puede decirse que el cine de charros nació con el cinematógrafo mismo.

¿CUÁLES PELÍCULAS?

Las primeras películas de argumento comenzaron a filmarse en México a partir de 1904 con *El San lunes del valedor* y, a partir de 1915, el charro hizo su aparición como personaje central de las



películas. Una de ellas, *Barranca trágica* (Ernesto Vollrath, 1917), se convirtió en uno de los primeros éxitos de taquilla del naciente cine nacional. Estas películas mudas trataban de imitar al género *western* estadounidense convirtiendo al charro en el héroe triunfante de diversas aventuras, por lo cual se hizo bastante popular. A tal grado que directores como Ernesto Vollrath y Miguel Contreras Torres vieron en el género ranchero un futuro promisorio: “He notado [decía el primero] que el público gusta de los asuntos rurales, por lo que he decidido que nuestras películas, en su mayoría, sean de este género”.

Ahora bien, no obstante que entre 1915 y 1923 se filmaron tan sólo diez películas de tema ranchero (nada más en 1921 se rodaron 23 largometrajes), comenzó a surgir una cierta animadversión de los críticos de cine hacia los temas rurales, pues destacaron la necesidad de borrar de la mente del extranjero aquella imagen que se tenía de México como de un inmenso rancho, que los viajeros y la prensa europea habían creado. Urgían a mostrar que el país no era “solamente un remanso de chinas y charros, ni rincón de canciones rancheras; sino también un centro de vida social donde se viste bien, donde hay cosas elegantes, donde hay una vida citadina como en cualquier otra urbe del planeta”. Por ello, aunque el número de películas rancheras raras veces iba a sobrepasar el 15% de la producción anual, lo consideraron excesivo y abogaron por desarrollar más los temas cosmopolitas y los dramas de alta sociedad.



El desarrollo del cine sonoro (en Estados Unidos, a partir de 1926) permitió a las cinematografías mexicana e hispanoamericana liberarse de la aplastante competencia de Hollywood, pues el público exigió escuchar en el cine su propio idioma y su propia música. Hollywood intentó satisfacer esta exigencia produciendo películas en español (el llamado “cine hispano”), pero fracasó al final de la década de 1930. En México la primera película completamente sonORIZADA, *Más fuerte que el deber* (Raphael J. Sevilla, 1930), se realizó con el sistema Vitaphone (el sonido contenido en discos se sincronizaba con la imagen de la cinta de celuloide) y aunque no fue un éxito de taquilla es un ejemplo de que, desde el principio, se intentó explotar el



v
Hombre vestido de charro acompañado de una mujer, ca. 1945, inv. 93936, SINAFO. Secretaría de Cultura-INAH-Méx, mediateca del Instituto Nacional de Antropología e Historia, licencia de uso CC BY-NC-ND 4.0.

vi
Pedro Armendáriz, detalle del cartel de la película *El charro y la dama*, 1949. Colección particular.

vii
Lobbie de la película *Allá en el Rancho Grande*, 1936. Colección particular.



viii

Lobbie de la película *Me he de comer esa tuna*, 1945. Colección particular.

ix

Luis Aguilar en detalle del cartel de la película *El muchacho alegre*, 1948. Colección particular.

x

Abel Salazar Pedro Infante y Víctor Manuel Mendoza, guía de la película *Los tres García*, 1947. Colección particular.

elemento musical, pues su protagonista fue el cantante Luis Ibarгүйen. Dos años después vendría *Santa* (Antonio Moreno, 1932) filmada con el sistema magnético (el sonido se grababa simultáneamente con las imágenes en la misma cinta), que superaría las deficiencias de otros sistemas y terminaría siendo el definitivo.

El sonido permitió que mexicanos, españoles y argentinos lograran lo que fue imposible en la época muda: desarrollar una verdadera industria cinematográfica para satisfacer la demanda de su propio público. La producción pasó de seis películas en 1932 a más de 20 cada año hasta 1936. Según Emilio García Riera, puede considerarse a este periodo como preindustrial. El despegue definitivo del cine nacional se iba a deber al inesperado éxito nacional e internacional de una película ranchera: *Allá en el Rancho Grande* (Fernando de Fuentes, 1936), para mortificación de los críticos quienes, al parecer, olvidaban que la mayor parte de la población era de extracción rural, pues la urbanización del país resultaba aún incipiente.

El éxito taquillero de esa película fue tal, que el capital obtenido permitió a la cinematografía mexicana alcanzar el estatus pleno de industria, pues la producción se disparó a 38 películas en 1937, de las cuales más de la mitad adoptaron la fórmula propuesta por De Fuentes: música, folklore y un charro cantor –en ese caso, Tito Guizar–. Se había encontrado una fuente de ingresos extraordinaria a nivel continental, pues la mayoría de las ganancias provino de Hispanoamérica. Para los críticos de cine mexicanos, tal fenómeno no tenía explicación, pues no pudieron entender qué tenían aquellas películas que encantaban a todo el subcontinente. Tomando en cuenta el artículo “Flores del Nuevo Mundo”, arriba citado, nosotros sí podemos entenderlo.

Allá en el rancho Grande fundó el género llamado comedia ranchera, la cual, para mayor pasmo de los críticos, giraba en torno a la figura del charro cantor que, encarnada por cantantes como el propio Guizar, Jorge Negrete y Pedro Infante, resultaba ser un personaje que, como dijera García Riera, sería inimaginable en otras cinematografías: alegre, simpático, gozosamente irresponsable, mujeriego, jugador, borracho, pendenciero, incluso matón y, por supuesto, cantante. Para los críticos, tal personaje –la viva imagen de la masculinidad tóxica se diría hoy–, así como el universo ranchero que proyectaban las películas no podían ser sino un invento, una creación artificial para extraer dinero de un público crédulo que se conformaba con películas de pésima calidad en cuanto a dirección y argumentos.

Los críticos actuales, por su parte, también han visto en la comedia ranchera y en su figura central una invención,



pero también una reacción conservadora a la reforma agraria del presidente Lázaro Cárdenas, pues el éxito de De Fuentes coincidió en el tiempo con dicha reforma. Según ellos, él y otros directores resucitaron el infierno de la hacienda porfiriana, pero dulcificado e idealizado, con el evidente propósito de entorpecer el trabajo de aquel gobierno progresista.

Nos parece que estos críticos sobreestiman la capacidad creativa de los guionistas y directores del naciente cine nacional al considerarlos capaces de inventar todo un universo ranchero, de la noche a la mañana, tan sólo para fastidiar al gobierno. Es más lógico pensar que todo en la vida, incluso aquello en apariencia más fantasioso, falso o manipulado, puede tener una raíz histórica: según atestigua Manuel Payno en sus memorias noveladas *Los bandidos de Río Frío*, la vida de los jóvenes charros de la época que describe (décadas de 1830 y 1840) era tal que podría considerarse digna del argumento de una película de Pedro Infante; y según afirma Carl Sartorius, un alemán vecindado en México en la década de 1850, a los charros mexicanos podían reconocérseles grandes virtudes, aunque también

[...] poseían otras cualidades menos “virtuosas”, como carecer de urbanización, formación moral y religiosa, además de ser ambiciosos, imperturbables por el presente y despreocupados por el futuro. El juego y las mujeres solían ser su talón de Aquiles, ya que los conducían a cometer excesos, comportarse iracundos e incluso llegar al crimen. Eran propensos a bailes y juegos, lo que los llevaba a arriesgar su dinero en carreras de caballos, peleas de gallos y juegos de cartas, en las cuales siempre estaba presente

la bebida. En asuntos de amor no había obstáculos para cortejar a sus conquistas. El momento más apropiado para los encuentros amorosos eran los bailes, en los que se escuchaban fandangos ejecutados por guitarras y jaranas o arpas.

Los críticos de cine no pudieron ni pueden imaginar que las películas de charros en realidad proyectaron un México que sí existió.

Por lo visto, los críticos de cine no pudieron ni pueden imaginar que las películas de charros en realidad proyectaron un México que sí existió, y la genuina forma de ser de muchos mexicanos de siglos pasados, que de algún modo todavía estaban presentes en la primera mitad del siglo xx, es decir, no sólo en la memoria.



PARA SABER MÁS

GARCÍA RIERA, EMILIO, *Historia documental del cine mexicano*, 12 v., Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1992.

Ver películas rancheras en YouTube, por ejemplo: *Allá en el Rancho Grande*, *¡Ay Jalisco, no te rajes!*, *El Gavilán Pollero*.

Visitar el Museo de la Charrería, dirección: Isabel la Católica 108, Centro Histórico, Ciudad de México.

SERGIO A. CAÑEDO GAMBOA

EL COLEGIO DE SAN LUIS

ALEJANDRO MORÓN RÍOS

EL COLEGIO DE LA FRONTERA SUR

24

Inspecciones a las boticas de *San Luis Potosí*



Las boticas, antecesores de nuestras farmacias, estaban sujetas a algunos controles en el siglo XIX. En la capital potosina nunca pasaron de más de cuatro, entre 1829 y 1830. Se les observaba la calidad del servicio que ofrecían y la aplicación de las reglas del ayuntamiento.

i

Botica, 2012. Fotografía de n.a.k. foto, Flickr commons.

ii

Vista de San Luis Potosí, litografía en Brantz Mayer, *México: azteca, español, y republicano*, Connecticut, Estados Unidos, S. Drake, 1853.



Las visitas de boticas eran una práctica acostumbrada desde el siglo XVII en Nueva España. Estaba regulada por su propio reglamento y el Real Tribunal del Protomedicato (establecido en 1628) era el encargado de su observancia. En dicho reglamento se establecía la manera como se debían llevar a cabo las labores de supervisión. Entre los aspectos a inspeccionar estaban el cumplimiento de las normas profesionales para el ejercicio de la práctica médica, la vigencia de la licencia para ejercer la profesión por parte del farmacéutico y que en el lugar se tuvieran las vasijas y demás instrumentos necesarios para la medición de las substancias. Asimismo, se revisaban las calidades de las drogas existentes en los anaqueles del establecimiento, la disponibilidad de las farmacopeas y de algunos otros libros especializados que se utilizaban comúnmente. Al finalizar el periodo virreinal en algunas de las ciudades del naciente país se continuó con la práctica de realizar estas visitas, las cuales pasaron a ser parte de las

funciones de los ayuntamientos, mientras que en otras el Protomedicato mantuvo el control hasta que fue extinto a inicios de la década de 1840.

En San Luis Potosí, las visitas de botica estuvieron reguladas por el ayuntamiento de la capital desde poco antes de que iniciara la era republicana y mantuvo la función de policía médica (vigilar la higiene y salud pública, así como formular estrategias para evitar enfermedades y proponer sus remedios), durante algunas de las siguientes décadas de la era independiente. En 1823 el ayuntamiento convocó en dos ocasiones a una junta para que se hicieran estas visitas, al año siguiente no se citó a reunión alguna, mientras que en 1825 lo hizo en dos ocasiones y en la década de 1830 en una oportunidad.

En este artículo explicamos cómo se hacían las visitas de botica en las décadas de 1820 y 1830, y en particular ponemos atención a las de 1823 y 1834, ya que ilustran cómo actuaba la policía médica en una ciudad provincial como



iii

Cuaderno de Visitas de Boticas [detalle], 1834, Archivo Histórico del Estado de San Luis Potosí, Ayuntamiento, 1823.

iv

Vieja botica, Granada, España, 2007. Fotografía de PhotoLanda, Flickr commons.

La junta o comisión visitadora estaba integrada por los siguientes miembros: el alcalde primero, dos procuradores síndicos, dos facultativos en medicina y cirugía y un dueño de botica.

San Luis Potosí al comienzo de la vida independiente. Las boticas visitadas estaban usualmente ubicadas como anexas a una casa en la que comúnmente vivía el boticario o el médico, debían estar equipadas con diversos instrumentos para preparar las medicinas indicadas en las recetas elaboradas por facultativos capacitados y reconocidos, contar con la literatura indispensable, con drogas de calidad y con un farmacéutico certificado. Además, existían las que se ubicaban dentro de los hospitales, sin embargo, de ellas no contamos con registros de visitas

CARACTERÍSTICAS DE LAS VISITAS

Destacan en las visitas realizadas entre 1823 y 1834 cuatro aspectos. El primero es que el ayuntamiento convocaba a una comisión o junta que haría las inspecciones. El lugar de reunión no era la sala de cabildo o algún espacio perteneciente al ayuntamiento, era más bien la oficina de una de las boticas, es decir el lugar de reunión era la botica en sí; segundo, las visitas tenían duración de entre una hora y dos horas. En tercer lugar, la ubicación de estos establecimientos se limitaba a la parte central de la ciudad, repitiendo la tendencia de que estos lugares sólo se podían encontrar en el centro de una ciudad, como sucedía en la ciudad de México e incluso en otros países. Por último, la junta o comisión visitadora estaba integrada por los siguientes miembros: el alcalde primero, dos procuradores

síndicos, dos facultativos en medicina y cirugía y un dueño de botica. A diferencia de las juntas de sanidad en las que mayormente había miembros del cabildo y vecinos, en el caso de las boticas predominaban los médicos y farmacéuticos. En cierto sentido, la representación de los vecinos era sustituida por un dueño de botica, y había regidores en la comisión visitadora, quienes en ocasiones tenían profesión de médico o farmacéutico, resultando un predominio de la disciplina en una junta prácticamente integrada por profesionales de la salud.

Para ilustrar cómo era una visita y las formas de integración de la junta explicamos algunos detalles de la realizada el 23 de abril de 1823 a la botica ubicada en la esquina de la calle de San Juan de Dios, administrada por Jesús Gallardo. La comisión que visitó esta botica estaba conformada por Pedro de Imaz, alcalde primero; Vicente Liñán y



v

Droguería y botica "La Unión", litografía, s. XIX, AGN, Fondo Felipe Teixidor, FTx. 1588.

vi

La botica nueva, litografía, s. XIX, AGN, Fondo Felipe Teixidor, FTx. 1595.

vii

Botica de nuestra señora de Lourdes, litografía, s. XIX, AGN, Fondo Felipe Teixidor, FTx. 1592.

viii

Botica de Santa María, litografía, s. XIX, AGN, Fondo Felipe Teixidor, FTx. 1594.

ix

Zona comercial de San Luis Potosí, ca. 1920, inv. 82444, SINAFO. Secretaría de Cultura-INAH-Méx, mediateca del Instituto Nacional de Antropología e Historia, licencia de uso CC BY-NC-ND 4.0.





Agustín López, procuradores síndicos, Ignacio Ortiz y José María Coca asesores facultativos en medicina y cirugía, además participó Mariano Borja en calidad de farmacéutico y propietario de una botica (unos meses después de la visita, Mariano Borja fue nombrado jefe de la milicia cívica de la ciudad de San Luis Potosí, posición que poco tiempo después dejó argumentando que tenía que atender asuntos de su profesión de farmacéutico).

La inspección inició solicitando a Jesús Gallardo que mostrara algunos instrumentos y drogas. Los visitantes se percataron de la falta de varias cosas, incluso de medicinas, a lo que Gallardo respondió que los faltantes ya los había solicitado a la ciudad de México, pero hasta el momento no los había recibido. Al revisar más a detalle las diferentes drogas se percataron que la zarzaparrilla no era la expresada en el inventario, por lo que pidieron al administrador de la botica que la desechara. Asimismo, consideraron que el mercurio que les fue presentado necesitaba “se beneficiase mejor”, su preparación –en opinión de los visitantes– no era buena; respecto a la sal de ajeno afirmaron que “no se legitima” por lo que solicitaron reponerla, de igual forma le requirieron a Gallardo que tirara la quina

“por miserable”. Con esto concluyeron la visita y dejaron asentadas sus anotaciones en un acta las cuales debían ser satisfechas por el administrador en un tiempo prudente.

Ese mismo día 23 de abril la junta visitó la botica de Mariano Borja ubicada en la calle de la Concepción en donde después de una inspección de dos horas, contrario a lo acontecido en la botica de Gallardo, la Comisión no encontró objeción alguna con las drogas ni con los libros ni instrumental. El 25 de abril la comisión realizó una evaluación a la botica de la calle de la Cruz, propiedad de Anastasio Castellanos, al igual que en la revisión a la botica de Borja la junta “no encontró nota alguna”.

NUEVAS DISPOSICIONES

La regulación sobre estas juntas y sus visitas se modificó bajo un espíritu republicano el 31 de marzo de 1827, cuando el congreso estatal sancionó el decreto 41 que formalizaba nuevas juntas inspectoras de boticas. En él, además de demarcar sus facultades, se sentaban las reglas a las que

La junta de visita de boticas incrementó en 1827 sus atribuciones coercitivas. En caso de que detectara en una inspección que alguna botica estuviera mal servida podía ordenar su cierre.

x
Botica, Chiapas, 2009. Fotografía de David Cabrera, Flickr commons.

xi
El interior de una botica de pueblo, litografía, s. XIX, AGN, Fondo Felipe Teixidor, FTx. 106.



deberían sujetarse tanto médicos como boticarios. La disposición puntualizaba que se debía formar una junta inspectora en los pueblos en donde hubiera boticas, dichos establecimientos tenían que estar bien asistidos por personas examinadas y que “no se vendieran medicinas desvirtuadas”. Las visitas se realizarían con una frecuencia de cada seis meses.

Respecto a la integración de las juntas, el decreto hacía una distinción entre la correspondiente a la capital del estado y a las de los demás pueblos. En la capital la junta se integraba por tres miembros: el prefecto, un síndico procurador y un médico. En los pueblos daba varias opciones de sustitución: el prefecto o subprefecto, alcalde 1º, a falta de cualquiera de estos entraba en sustitución el síndico procurador, y un médico, a falta de este último un vecino. Es de suponer que esta distinción se hacía por dos motivos, el primero por la organización geográfico-política (prefectos, subprefectos y diferentes grados de alcaldes que había en los partidos del estado), y

el segundo porque era más probable la presencia de personal médico en la capital.

La junta de visita de boticas incrementó en 1827 sus atribuciones coercitivas. En caso de que detectara en una inspección que alguna botica estuviera mal servida podía ordenar su cierre. También, en donde fuera necesario, la junta elegía a una persona para suplir al médico responsable de la botica, el suplente recibiría el nombramiento por parte del prefecto o subprefecto. Además de lo anterior, la junta tenía como su arbitrio nombrar al visitador.

Respecto a las reglas a que debían someterse médicos y boticarios, el decreto establecía que toda persona que recete, debe hacerlo en castellano sin usar cifras, ni desnaturalizar el nombre de las cosas, “acomodándose a la inteligencia vulgar”. Esto obedecía a que en ocasiones las recetas llevaban los nombres de los componentes en latín. Por otro lado, “la venta de purgante activo en dosis crecida y todo medicamento compuesto o simple venenosos, tengan la denomina-



xii

William Henry Jackson, calle en San Luis Potosí, México, ca. 1880. Biblioteca del Congreso, Washington, D.C., EUA.

xiii

Botica del Hospicio, Guadalajara, 2012. Fotografía Claudio Alvarado, Flickr commons.

ción que tuvieran, se hará sólo con receta firmada de médico conocido”.

El médico que a juicio de facultativos “matara a otro por exceso de receta”, sufrirá la pena de homicida, conforme las circunstancias del hecho y si un boticario hiciere lo mismo, equivocando el despacho de la receta, o vendiendo sin receta firmada de médico conocido, sufrirá la misma pena de homicida. Unos y otros resarcirían los perjuicios, aunque no haya provenido la muerte.

Esta legislación se mantuvo durante el resto de la década de 1820. En enero de 1833 se hicieron modificaciones mínimas, las cuales regularon las visitas de botica durante 1834. En ese año tuvieron lugar cuatro visitas durante los días 7 y 13 de marzo. Escasas diferencias resaltan entre estas visitas y las que se hicieron una década atrás, pues la norma realmente poco se alteró. Las revisiones que hizo la junta fueron en cierta medida más meticulosas, no obstante, la composición de la junta se mantuvo de manera similar.

Es de notar que el número de boticas apenas se modificó con el paso de los años. En 1823 la ciudad contaba con tres, una estadística levantada en 1825 reiteró ese número, la recopilada en 1829 registró cuatro, número que se mantuvo en 1834. Estos establecimientos eran: la “Botica del Refugio” cuyo dueño era Aniceto Rivera; la “Botica de la calle de la Concepción”, propiedad de Mariana Quintero, viuda de

José Cervera y Escofet, profesor de farmacia, y que era administrada por Cornelio Naveda; la “Botica de Joaquín Urbina”, que según indican los visitantes se trataba de una nueva oficina y la “Botica de José Silverio Aguilar” en la calle de La Cruz.

Tras revisiones exhaustivas la botica que más observaciones tuvo fue la de Joaquín Urbina. La inspección inició con la solicitud hecha por los visitantes al propietario de que permitiera hacer una revisión al granatario, los vasos de medidas y las medidas para líquidos tanto medicinales como comunes. Se le pidieron, además, las farmacopeas y “demás autores”. Posteriormente se le hizo la solicitud de muestras de una gran cantidad de drogas simples y compuestas, las cuales fueron anotándose en una lista en la cual se hacían comentarios respecto a la calidad de las sustancias. Los visitantes detectaron la carencia de muchas cosas e inexactitudes en otras, a pesar de ello decidieron, en esta ocasión, no hacer recomendación porque se trataba de un nuevo establecimiento, lo que a su juicio explicaba los incumplimientos, dejando las notas para la próxima visita, esperando que para entonces ya se hubieran resarcido las carencias y corregido las inexactitudes encontradas.

Si bien la botica de Urbina fue la que tuvo más observaciones, la visita que mejor ilustra esta práctica durante este periodo de inspecciones en 1834 fue la realizada

Pocas boticas tuvieron una vida mayor a una década y raras fueron las que se mantuvieron bajo el mismo dueño por largo periodo.

31 a la botica “El Refugio”, propiedad de Aniceto Rivera, debido a lo exhaustivos que fueron los miembros de la junta inspectora. Al igual que en el caso de la revisión a la botica de Urbina se procedió solicitando la revisión del granatario, los vasos de medidas, las farmacopeas y otra literatura. También se le solicitaron a Rivera muestras de diversas drogas para verificar sus calidades. A diferencia de la botica de Joaquín Urbina, la de Aniceto Rivera no recibió observación alguna. Lo mismo aconteció con las otras visitas a los establecimientos de María Quintero y Silverio Aguilar.

El elemento común que surgió en las cuatro visitas fue que se detectó que en tres de las boticas se vendía un alcohol que les había sido proveído bajo el nombre de agua carmelitana. Este alcohol no estaba elaborado conforme la receta existente en las farmacopeas, por lo que solicitaron a los propietarios y administradores de los establecimientos no lo vendieran. Sólo Joaquín Urbina continuó vendiendo este alcohol, pero en una versión elaborada por él mismo; la otra versión que consideraban falsificada o mal elaborada no otorgaba beneficio alguno al paciente, por el contrario, al ingerirlo se corría el riesgo de que los pacientes quisieran volver a consumirlo sólo por vicio.

Pocas boticas tuvieron una vida mayor a una década y raras fueron las que se mantuvieron bajo el mismo dueño por largo periodo. La botica “El Refugio” fue un caso peculiar. Posiblemente fue adquirida o establecida por Aniceto Rivera antes de 1828 y la mantuvo en activo hasta 1841, cuando falleció. En virtud de ello se procedió al avalúo de sus bienes, entre los que se encontraba su botica. Silverio Aguilar, profesor de farmacia y propietario de la botica ubicada en la Calle de la Cruz, fue quien elaboró un avalúo de la botica de Aniceto Rivera. Gracias al trabajo del Sr. Aguilar conocemos el inventario y el valor tanto de los enseres y medicinas del negocio de Aniceto. Resalta el hecho de que contaba poco más de 900 medicinas valuadas en \$8 052 pesos, y sus enseres tenían un valor de \$1 918 pesos. En total lo contenido en la botica fue valuado en \$9 971 pesos.





xiv

Botica Barrena, Navarra, 2011.
Fotografía de Carlos Adanero,
Flickr commons.

Un detalle que resalta entre lo encontrado en la botica fue un conjunto de prendas que estaban empeñadas a favor de Aniceto, según se hace constar en un inventario levantado por José Dionisio Palomo. Estas prendas tenían un valor de \$103 pesos. Es de suponer que los deudores las dejaron a cambio de medicinas que les fueron elaboradas por Aniceto y que no pudieron pagar por ellas en efectivo. Entre las prendas destacaban una cuarta de chaquira, una chaqueta de *drill*, pantalones de cotonía, tres varas de indiana masona, una mascada negra, una plancha, anillos y rebozos de seda.

El análisis de estas visitas nos enseña que en el transcurso de una década la ciudad de San Luis Potosí pasó de tener tres a cuatro boticas y que dos de ellas se mantuvieron en el mismo lugar, pero con propietarios diferentes.

Por otro lado, las ubicaciones de estos establecimientos reiteraron la centralidad geográfica pues estaban localizadas cerca de la plaza principal de la ciudad. Esto

representó un problema para los habitantes de los pueblos aledaños a la ciudad, y un problema mayor para quienes residían en los municipios alejados de ella. Al mediar la década de 1820 sólo en cuatro poblados del estado de San Luis Potosí había botica (Real de Catorce, Matehuala, Charcas y San Martín Chalchicuautla). En 1834 el número se había duplicado, ocho boticas daban servicio en todo el estado, lo que sin duda seguía siendo insuficiente. La accesibilidad territorial que caracterizaba a las boticas localizadas en la ciudad era algo de lo que se privaba a la mayor parte de la población del estado.

Por último, con el transcurso del tiempo las disposiciones legislativas de finales de la década de 1820 otorgaron atribuciones coercitivas a las juntas inspectoras. Se buscaba que los propietarios y administradores de las boticas cumplieran con lo establecido en las normas que regulaban estos establecimientos y, con ello, se pusieran productos de calidad a disposición de la población, elaborados por los propios farmacéuticos.



Tabla. Lista de algunas medicinas y enseres existentes en la botica “El Refugio” propiedad de Aniceto Rivera.

Medicinas		
Arrayán	Chochos	Huevo de gigante muy remolido
Ácido tartárico	Cianuro de potasa	Jojoba
Árnica flor	Escamonea de Alepo	Mercurio dulce
Ácido sulfúrico carbonizado	Esencia de bergamota	Manteca de cacao
Arsénico blanco	Éter sulfúrico	Opio
Antimonio diaforético	Flor de Granada	Piel de víboras
Cardamomo mayor	Gordolobo	Píldoras de sulfato de quinina
Carbonato de fierro	Goma de mezquite	Sal de Marte
Enseres		
Pomos	Quinqués	Botellones
Vidrio		
Tubos para quiqués	Faroles	Cazuelas
Plata		
Granatario	Espátulas	
Latón		
Granatarios	Medidas de varias onzas	Embutidos de hoja de latón
Cucharitas	Tintero	Fiel de patente con taras y cadenas
Cobre		
Alambique extranjero con serpentín	Mortero	Cazos de diferentes medidas
Libros		
Dos tomos <i>Diccionario de Sejournant</i>	Dos tomos <i>Diccionario Universal</i>	Un tomo <i>Elementos de Química, teórica y práctica</i> en francés.
<i>Botánica</i> por Bernades [sic]	<i>Botánica</i> por Lineo	Un tomo <i>Diccionario de la Lengua Castellana</i>
Un tomo <i>Diccionario de Drogas</i>	Dos tomos <i>Diccionario Español-Francés</i>	Un tomo <i>Farmacia</i> de Virrei [sic]
Dos tomos <i>Nomenclatura</i> por Jiménez	Dos tomos <i>Orfila de Química</i>	Tres tomos <i>Farmacopea Razonada</i>
Un tomo <i>Química en 20 lecciones</i>	Un tomo <i>Medicinas Sin Médico</i>	Un tomo <i>Nomenclatura Química</i>
Un tomo <i>Elemento de Farmacia</i>	Un tomo <i>Tratado sobre la Destilación</i>	Un tomo <i>Farmacopea Española</i> (incompleta)
Cuatro tomos <i>Farmacopea Universal</i>	<i>Formulario de Cadet en Badana</i>	Dos tomos <i>Tratado de las Calenturas</i> por Boisseau
Un tomo <i>Minería Morbífica</i> [sic] (manuscrito)	Un tomo <i>Catecismo de Geografía</i>	

PARA SABER MÁS

DUSSAILLANT CHRISTIE, JAQUELINE, “Turnos, títulos e ‘intrusos’: Los dolores de cabeza de los boticarios (Santiago, 1846-1943)”, *Historia*, 2015, en <https://cutt.ly/Zr6h4e6b>

MARTÍNEZ SOLÍS, SANDRA, PATRICIA ACEVES PASTRANA y ALBA MORALES COSME, “Una nueva identidad para los farmacéuticos: la Sociedad Farmacéutica Mexicana en el cambio de siglo (1890-1919)”, *Dynamis: Acta hispánica ad medicinae scientiarumque historiam illustrandam*, 2007, en <https://cutt.ly/Tr6h7N8Y>

REYNA PÉREZ, MARÍA DEL CARMEN, “Boticas y boticarios. Siglos XVI al XIX”, *Dimensión Antropológica*, 1996, en <https://cutt.ly/Yr6h48Pd>

FLOR DE MARÍA SALAZAR MENDOZA

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES,
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN LUIS POTOSÍ

Cómo combatieron los potosinos la pandemia de 1918

La tardía respuesta de las autoridades de salubridad de San Luis Potosí ante la llegada de la influenza motivó un rápido movimiento de la sociedad civil organizada en la Cámara Nacional de Comercio y las Damas de la Caridad. Su aporte fue trascendental para dar a conocer las medidas a aplicar y el reparto de medicinas y plantas medicinales.

i

El Demócrata. Diario libre de la mañana, portada, 9 de octubre de 1918, Distrito Federal, México. Colección particular.

ii

Enfermo de influenza española sobre una camilla, trasladado en una carreta por una calle, 1918, inv. 75735. SINAFO, Secretaría de Cultura-INAH-Méx, mediateca del Instituto Nacional de Antropología e Historia, licencia de uso CC BY-NC-ND 4.0.

En el otoño de 1918 los habitantes de San Luis Potosí vivieron días de angustia, miedo e incertidumbre por causa del virus de la influenza, cuya etiología se desconocía entonces por lo que el tratamiento resultaba más complicado. Existen reportes que registran la presencia de la enfermedad en Europa y Asia desde el siglo VIII y se sabe que, a partir de entonces, existió con diferentes variaciones, destacando la de inicios del siglo XX por la rapidez de su propagación. Se estima que hubo aproximadamente 50 millones de personas fallecidas. La primera guerra mundial propició su diseminación, y a México llegó por ferrocarril y por barco. La prensa nacional la llamó peste roja, trancazo y muerte púrpura y tuvo cuatro oleadas: la primera –ligera– entre marzo y abril de 1918; la segunda –severa– entre octubre y noviembre de ese mismo año; la tercera –ligera– en el primer semestre de 1919; y la cuarta en 1920. Fue la segunda la que golpeó en nuestro país.

En San Luis Potosí los gobiernos estatales, así como el Consejo Superior de Salubridad y/o Consejo de Salubridad actuaron de forma tardía. Esta inacción motivó a que asociaciones civiles locales, como la Cámara



36

Nacional de Comercio y las Damas de la Caridad y/o Señoras de la Caridad, se movilizaban para llevar a las clases menos favorecidas medicinas, remedios y hierbas a fin de evitar más contagios y reducir la mortandad. Las actividades emprendidas por estas agrupaciones fueron difundidas en el periódico *La Razón*, fuente primaria de invaluable utilidad para conocer prácticas, mentalidades e ideas que permeaban el imaginario de la época.

Al iniciar la segunda década del siglo xx, la política estatal pasaba por una crisis ya que entre 1917 y 1919 hubo siete gobernadores interinos, lo cual, además de la revolución, impedía la continuidad de cualquier política pública. Asimismo, las arcas de los gobiernos prácticamente estaban en quiebra, lo cual que se reflejó por ejemplo en el sistema de salud; el número de médicos era reducido –ocho y nueve pasantes– para una población de 57 353 habitantes. A su vez, la infraestructura nosocomial tampoco era cuantiosa: había un Hospital Civil, el “Dr. Miguel Otero”; un Lazareto, el “Belisario Domínguez”, ambos con grandes necesidades materiales y humanas; un Hospital Militar y un hospital de



La Razón publicó en su página principal la llegada de la influenza a la ciudad capital del estado el 8 de octubre de 1918. Las autoridades tomaron medidas siete días después.

Ferrocarriles Nacionales. Las fuentes refieren que fue en el Miguel Otero y en el Lazareto donde se dio atención a los enfermos de influenza.

DEMORAS OFICIALES

La Razón publicó en su página principal la llegada de la influenza a la ciudad capital del estado el 8 de octubre de 1918. Las autoridades tomaron medidas siete días después: el 15 clausuraron los templos y los cines y el 16 cerraron las escuelas particulares y de gobierno, con el propósito de



37

que la gente no se congregara en un mismo lugar y así evitar contagios. En esa época confluyeron las teorías miasmática y contagionista. De la primera se asoció la suciedad de las calles y de la gente de escasos recursos con la diseminación y proliferación de la enfermedad; y de la segunda, como asienta América Molina del Villar, se creía que las enfermedades “se transmitían por contagio directo y, para prevenirlas, había que recurrir al aislamiento, las cuarentenas y los cordones sanitarios”.

El mismo periódico mantuvo informada a la población publicando editoriales y notas con una narrativa “alarmista” y “sensacionalista”. Con ello, consiguió presionar a la autoridad municipal y al Consejo de Salubridad para que se llevara a cabo la desinfección de los sitios concurridos con creolina, se incinerase la basura, se atendiera a enfermos sospechosos y se realizaran visitas sanitarias a vecindades –recuérdese que se asociaba la mala higiene con la propagación de la enfermedad y la pobreza. La información publicada el 23 de octubre consiguió atemorizar a los miembros de la Cámara Nacional de Comercio, quienes sobrecogidos por la rapidez con que avanzaba la enfermedad, organizaron una colecta para comprar medicamentos, tales como la quinina –alcaloide natural con propiedades analgésicas que procede de la corteza de la cinchona–, que sería suministrada de manera gratuita a

la “clase pobre”, como llamaban de forma despectiva a las personas de escasos recursos.

Los miembros de la Cámara la venderían a precios razonables, de acuerdo con una clasificación que hicieron basados en las clases sociales: a la gente con posibilidades de pagarla se le vendería a un precio justo, menor al ofrecido en las farmacias, y los de clase media cubrirían el precio de costo. Esta decisión sugiere, por un lado, que todas las clases sociales serían beneficiadas con medicamentos y, por el otro, que la gente de escasos recursos estuvo en la agenda de quienes tomaron el control de la pandemia de influenza en el otoño de 1918, es decir de los miembros de la Cámara Nacional de Comercio de San Luis Potosí.

ENTRE PLANTAS MEDICINALES Y MEDICAMENTOS

La compra y uso del medicamento estuvo dictaminado por “varios honorables médicos y farmacéuticos” de la ciudad, quienes se basaron a su vez en la *Farmacopea Mexicana* que estaba vigente.

En México, el uso de hierbas era común. Desde antes de la llegada de los españoles se había desarrollado un

iii

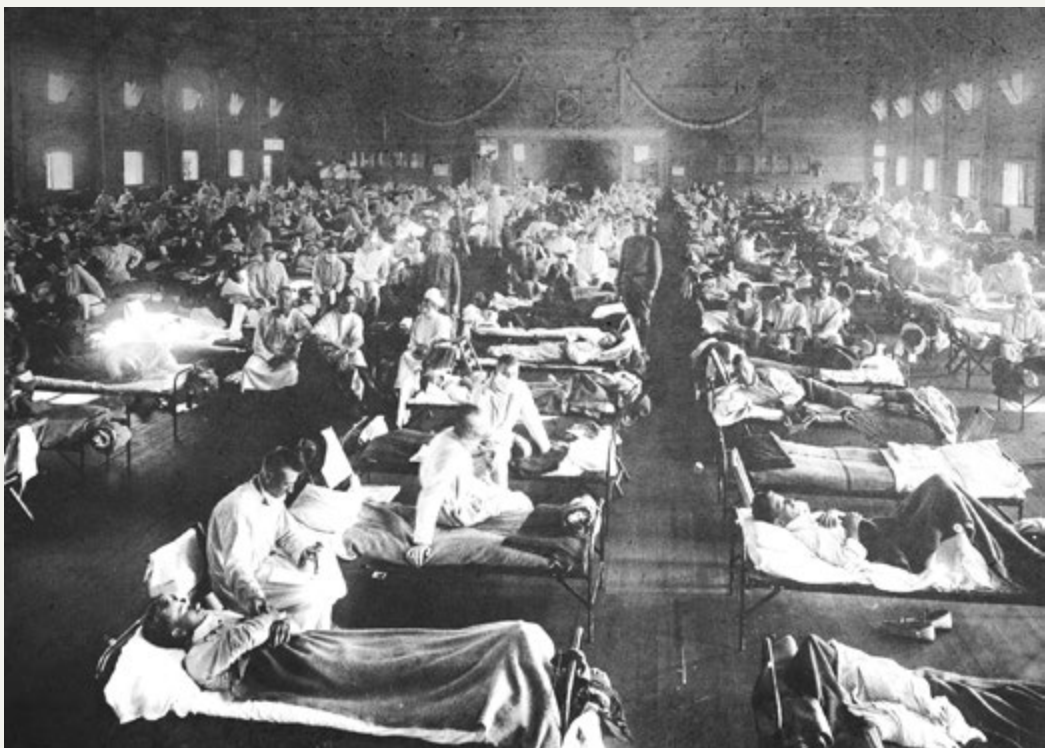
Poder viajar por ser español es un auténtico capricho... ¡Es una gripe trotamundos!, caricatura, julio de 1918, Bélgica. Museo BELvue

iv

España médica, portada, 1 de noviembre de 1918, Madrid, España. Colección particular.

v

Pacientes en un hospital de emergencia en el campamento Funston, Kansas, EUA durante la pandemia de influenza en 1918. Museo Nacional de Medicina, Archivos Históricos, EUA.





vi

Nueva farmacopea mexicana de la sociedad farmacéutica de México, portada, México, Imprenta de Ignacio Escalante, 1874. Wellcome Library.

vii

Farmacopea mexicana, formada y publicada por la academia farmacéutica de la Capital de la República, portada, México, Imprenta a cargo de Manuel N. de la Vega, 1846. Wellcome Library.

vii

Mujeres con mascarillas quirúrgicas durante la epidemia de gripe en Brisbane (1919). Imagen original de la Biblioteca Estatal de Queensland. Mejorada digitalmente con Rawpixel.

conocimiento sobre las cualidades y usos medicinales de la flora, plasmado posteriormente en el *Código de la Cruz Badiano*, concluido en 1552 y que se cree fue realizado como un regalo para Felipe II, a quien le interesaban las propiedades de las plantas medicinales. Otro texto relevante es el del protomédico Francisco Hernández, enviado por el mismo rey a estudiar la historia natural americana.

De acuerdo con Liliana Schifter, el proceso de institucionalización de la farmacia en México fue bastante lento, ya que hubo que esperar hasta 1833 para que se abriera una cátedra de farmacia en la Escuela Nacional de Medicina. Tras años de espera y esfuerzos, en 1846 se publicó la primera *Farmacopea* en el país. Este texto fue el resultado de una “colección de ob-

servaciones independientes y comprobadas acerca del poder curativo de las plantas del país”. Los integrantes de la academia de Farmacia decimonónicas estaban convencidos de que México poseía una materia médica peculiar “que la hacía distinta de la de otros países del mundo”, por ello consideraban que no se debía importar otra de lugares fuera del país y sí darle preponderancia a la nativa.

En 1874 apareció la *Nueva Farmacopea Mexicana* y en 1884 la segunda edición. En 1904 se publicó una más, enriquecida con estudios del Instituto Médico Nacional (IMN). A partir de 1910 los trabajos del Instituto se centraron en elaborar una *Farmacología Nacional*. En la edición de 1930 apareció la *Farmacopea Nacional* editada por el Departamento de Salubridad Pública.



El tema de las plantas medicinales y sus extractos totales perdió terreno frente a los principios activos “cuya composición química y acción farmacológica estaba bien definida”. Según Schifter, en esa década se popularizó el uso y la producción de las medicinas de patente, lo que ocasionó que se abandonaran los extractos vegetales “como objeto de estudio y recurso curativo”. Es muy probable que los médicos y farmacéuticos potosinos de 1918 utilizaran la versión de 1910 para orientar qué tipo de medicamentos y plantas podían utilizar para combatir la influenza que estaba mermando la salud de la sociedad en el estado.

Los miembros de la Cámara Nacional de Comercio, por medio de rifas, corridas de toros y aportaciones de sus socios y otros comerciantes, lograron reunir fondos para comprar medicamentos y plantas. Infortunadamente, no se sabe qué cantidad lograron recolectar, sólo se conoce por *La Razón* que lo recaudado fue insuficiente para adquirir grandes cantidades de quinina, bromoquinina y bromo aspirina. Tras realizar un balance sobre los fondos reunidos, según informó este periódico el 23 de octubre, acordaron “adquirir buena cantidad de hierbas medicinales llamadas Huichichilo [sic], Tabardillo y Tianguis reconocidas como de gran valor curativo por la Farmacopea Mexicana”, con las que

prepararían un bebedizo para quien lo solicitara. De cualquier forma, tanto la Cámara como *La Razón* mantuvieron presionando a las autoridades para que actuaran con eficacia y se lograra detener los contagios; exigieron por ello que se redactaran y circularan las medidas preventivas y curativas para atacar la influenza.

Finalmente, el 24 de octubre apareció publicado en *La Razón* el documento que se demandaba y que se divide en tres partes: en la primera, se enuncian las medidas preventivas, en la segunda, el tratamiento para cuando ya esté declarada la influenza y, en la tercera, las cuatro recomendaciones preventivas para aquellos que pudieran gastar en ellas. A *grosso modo*, evitar excesos tales como desveladas, bebidas alcohólicas, concurrir a lugares aglomerados, andar bien



La Cámara Nacional de Comercio, por medio de rifas, corridas de toros y aportaciones de sus socios y otros comerciantes, reunió fondos para comprar medicamentos y plantas.

abrigados; asear la boca haciendo buches y gárgaras con agua de sal antes y después de las comidas; tomar en ayunas una sola vez al día una píldora de 20 centigramos de quinina o una pastilla de bromoquinina y tener aseo y limpieza posible en la persona, la casa y la calle, regando si era posible con desinfectantes.



ix

Propaganda que recomendaba el uso del cubrebocas para prevenir la influenza de 1918, cartel publicitario en *Noticias actuales ilustradas*, New Haven, Connecticut, EUA, 1918. Biblioteca Nacional de Medicina.

LA CURA

El tratamiento que debía seguir la persona contagiada abarcó siete puntos: guardar cama, evitar enfriamientos y abrigarse bien. Tomar tres veces al día un vaso de cocimiento de *huichichili* –planta usada en la medicina tradicional para bajar la fiebre y calmar el dolor de cabeza– y *tabardillo* –para controlar la calentura–, al que se debería añadir limón y alcohol. El cocimiento habría de ir acompañado con una cápsula de quinina de 20 centigramos o una pastilla de bromoquinina. Tenía que mantenerse limpio el intestino usando lavativas con cocimiento de *tianguis* –hierba que se empleaba para tratar las fiebres o calenturas– una vez al día. Era además necesario guardar la dieta con atole blanco, café con leche o leche sola y cuidarse de los enfriamientos y las corrientes de aire. Después de que hubiese pasado la calentura y el enfermo se sintiese bien, podría volver poco a poco a la alimentación ordinaria, aunque guardaría dos o tres días de cama y dos más antes de salir. Cuando lo hiciera necesitaba estar bien abrigado para prevenir recaídas. Si desaparecía la calentura y quedaba una tos dura y pertinaz, se

recomendaba tomar una cucharadita cada tres horas jarabe de *guaje cirial* –planta utilizada por la medicina tradicional por sus propiedades antibacterianas y antiinflamatorias para aliviar tos– o bien una cucharada, cada dos horas, del Jarabe Balsámico en una infusión de flores cordiales o violetas. Finalmente, y de acuerdo con la reco-

Fueron colocados 79 puestos de socorro en 30 puntos diferentes de la ciudad. Las Damas de la Caridad recibieron entonces la ayuda de los integrantes de una Brigada de la Cruz Roja.

mendación de algunos médicos, no debían darse purgantes a los enfermos.

Para quienes pudieran hacer mayores gastos, se recomendaba a las personas una cucharadita de Jarabe de Capulín –para la tos y otras afecciones respiratorias– y se hacían recomendaciones preventivas: asear la boca haciendo buches y gárgaras con solución de agua oxigenada –como antiséptico bucal preventivo



de la gripe– en la proporción de uno a diez en agua; el aseo de la nariz con la misma solución como sorbetorio [irrigación nasal] –para limpiar desinflamar e hidratar las fosas nasales– y de las vías respiratorias valerse de los cigarrillos de alcanfor –para descongestionar los pulmones– y los inhaladores de mentol –para aliviar la congestión nasal y el dolor de cabeza. Por último, se advertía que “cuando haya complicaciones, [debía] avisar[se] inmediatamente al médico”.

Todo estuvo dispuesto para que las medicinas y hierbas fueran repartidas. Los integrantes de la Cámara de Comercio se apoyaron en las Damas de la Caridad quienes conocían bien la geografía de la ciudad de San Luis. La presencia de las señoras en tareas filantrópicas se registraba desde décadas atrás, visitando semanalmente a los enfermos de los hospitales civil y militar y dando socorro material a los necesitados. Asimismo, durante las epidemias, como la de tifo del año anterior, las Damas habían auxiliado al Consejo de Salubridad. Su compromiso social con las clases vulnerables les permitió generar un vínculo de cercanía y confianza con ellas.

Fueron colocados 79 puestos de socorro en 30 puntos diferentes de la ciudad. Las Damas recibieron entonces la ayuda de los integrantes de una Brigada de la Cruz Roja, quienes arribaron a la ciudad el 27 de octubre. La presencia de siete médicos en ellas fue, según *La Razón*, un bálsamo para las autoridades del Consejo. Sin embargo, algunos sectores de la población no estuvieron de acuerdo pues corrió el infame rumor de que llegaban a envenenar a todos aquellos que estuvieran enfermos de influenza.

La repartición de los remedios a la población incrédula y hostil sí logró formalizarse gracias al papel que jugaron las Damas de la Caridad, quienes se valieron de su relación con la comunidad más lastimada. Por otra parte, es probable que el consumo de medicinas, hierbas y remedios consiguiera frenar los contagios de influenza durante el otoño de 1918.



x
Gente a bordo de un camión solicitando aplicación de vacunas en Paseo de la Reforma, ca. 1920, inv. 90812. SINAFO, Secretaría de Cultura-INAH-Méx, mediateca del Instituto Nacional de Antropología e Historia, licencia de uso CC BY-NC-ND 4.0.

xi
Enfermera dando revisión médica a un hombre de clase humilde en la calle, ca. 1920, inv. 90814. SINAFO, Secretaría de Cultura-INAH-Méx, mediateca del Instituto Nacional de Antropología e Historia, licencia de uso CC BY-NC-ND 4.0.

PARA SABER MÁS

DEL PALACIO MONTIEL, CELIA, “Estudiar los impresos y prácticas de lectura de los siglos XIX y XX desde la interdisciplina” *E-SEDLP*, 2024, en <https://cutt.ly/2r619An2>

MOLINA DEL VILLAR, AMÉRICA, *Las epidemias en México*, México, El Colegio de México, 2024.

SCHIFTER ACEVES, LILIANA, “Las Farmacopeas Mexicanas en la construcción de la identidad nacional”, *Revista Mexicana de Ciencias Farmacéuticas*, 2014, en <https://cutt.ly/ar613ryv>

Academia Farmacéutica de la Capital de la República, *Farmacopea mexicana*, México, Imprenta de Manuel N. de la Vega, 1846, en <https://cutt.ly/fr612UTE>

Biblioteca Digital de la Medicina Tradicional Mexicana, en <https://cutt.ly/er619tiO>

ANNA RIBERA CARBÓ

INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

EULALIA RIBERA CARBÓ

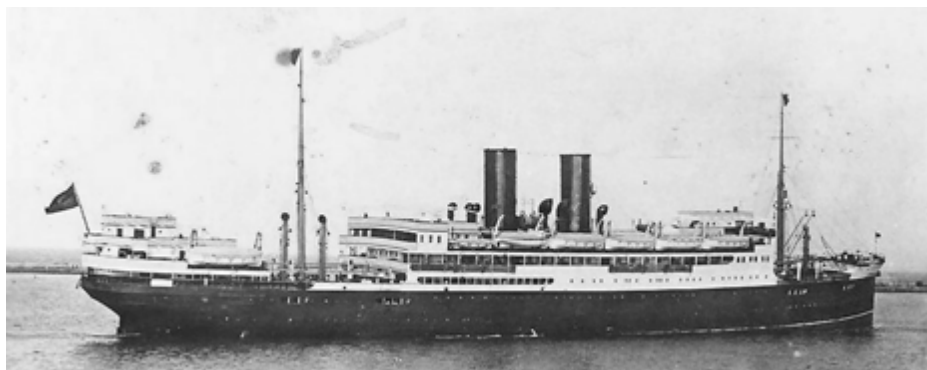
INSTITUTO MORA

42

Veracruz en la mirada de *Montserrat Pecanins*



¿Qué observaciones puede hacer un extranjero sobre el México que se encuentra al llegar aquí? Montserrat Pecanins da cuenta sobre costumbres e idiosincrasia, con un humor mordaz y recuerdos cargados de sentimiento.



i

Montserrat Pecanins con trabajadores del rancho en Veracruz. Colección particular Brian Nissen.

ii

Vapor Magallanes. Colección particular Brian Nissen.

Desde que los primeros europeos avistaron costas mexicanas en el siglo xvi, numerosos viajeros han dejado testimonio de lo que encontraron. Lo hicieron a finales del xxviii, extranjeros de diversas nacionalidades, no sólo españoles, empujados por un afán de conocimiento propio del pensamiento ilustrado. Después de lograda la independencia política del país, a ese interés científico se sumó el económico y político de quienes venían procedentes de las potencias europeas o del vecino Estados Unidos, interesados en los recursos naturales y la posibilidad de apoderarse de los circuitos comerciales restringidos hasta hacía poco tiempo al imperio español. Posteriormente, en el siglo xx, refugiados políticos latinoamericanos y de otras latitudes llegaron también al litoral veracruzano, y describieron sus experiencias.

Los testimonios escritos por mujeres son más escasos. Entre ellos sobresale, sin duda, el de la escocesa Fanny Calderón de la Barca, esposa del primer embajador español en México, llegada al puerto de Veracruz el 18 de diciembre de 1839. De sus primeras impresiones escribió:

El aspecto de todo lo que estamos viendo mientras nos vamos acercando, es de lo más melancólico, *delabré* y desconsolador que puede uno imaginarse. De un lado la fortaleza con sus murallas rojinegras; del otro, la ciudad, miserable y tétrica, llena de bandadas de unos pájaros negros, llamados *zopilotes*, que revolotean sobre algún animal muerto o tienden el vuelo en busca de carroña. Y sin embargo, como era el término de nuestro viaje, todo fue bien acogido, aun lo triste de la ciudad;

aun los médanos de arena roja que la rodean, tan semejantes a los desiertos de Arabia, nos parecieron atractivos.

Cien años después, en 1939, el alud de refugiados políticos procedentes de la derrotada República española produjo testimonios similares sobre el puerto. Enric Faraudo contaba: “nos cayó el alma a los pies. ¡Pácatelas! Vimos Veracruz, sin ni siquiera un empedrado, ni siquiera un pavimentado. Con montones de basura enormes por todas partes, con zopilotes comiéndose la basura”. Ángel Palerm refrenda esta percepción, pero añade “que por otro lado el trópico y las frutas tropicales, yo nunca había comido piña ni había visto un mango”. Esta sorpresa por lo exótico y novedoso la comparte Cecilia Sanz de Ridaura:

Los carritos con piña, mangos y otras maravillosas y desconocidas (para nosotros) frutas, rodeadas de hielo o con paletas heladas y otras golosinas, quedaron vacíos rápidamente porque los niños, deslumbrados, se acercaban a ellos con sus caritas sorprendidas y ansiosas, y los vendedores les regalaban la mercancía. En las cantinas nos obsequiaban con cerveza; nos introducían en los misterios de las caritas, la moronga, la sanfaina; descubrimos el tequila y, por sobre todas las cosas, teníamos la maravillosa sensación de ser libres.

Carmen Romero cuenta que “ya en tierra, al entrar en contacto con la ciudad y su gente, no dejábamos



iii y iv

La tía Lola con sus animales frente a la casa del rancho de Veracruz. Colección particular Brian Nissen.

de admirar su fisonomía, colorido, la alegre música y sobre todo el volver a oír español, pero con ese acento veracruzano que nos hacía tanta gracia”.

MONTSERRAT PECANINS

La joven catalana Montserrat Pecanins llegó a la costa veracruzana terminando 1949 en compañía de sus padres y de sus hermanas, las gemelas Ana María y Teresa. Su padre venía contratado por una empresa textil, así que no llegaban como refugiados políticos, pero sí huyendo del ambiente opresivo de la posguerra española, y de un régimen ensañado especialmente con la cultura y las libertades en Cataluña. Viajaron en el Vapor Magallanes y trajeron consigo sus muebles, su perro y dos pianos, de los cuales contaba Montserrat, “uno quedó en la aduana de Veracruz, quedó a la intemperie y al final parecía que reía porque se torció la tapa y enseñaba los dientes”.

Tras diez años bajo la dictadura franquista, en los que transcurrió su tránsito de la infancia a la adolescencia, las hermanas Pecanins vivieron el viaje a México como una aventura. “Paramos en Curazao, en Puerto Rico y en La Habana. El viaje nos impidió pensar en lo que dejábamos y de imaginarnos a dónde íbamos. Fue un lapso maravilloso, espléndido, tanto para mí como para mis hermanas. Esa fue una aventura preciosa, inolvidable”, cuenta Ana María. Montserrat, por su parte, rememora que ella acabó “del mar hasta el gorro y ahora no subo ni a una góndola. ¡Treinta días! Estaba harta del cielo, de las estrellas, de las olas y de los delfines”.

Si bien no disfrutó el viaje, a Montserrat le maravilló el puerto de Veracruz.

“Al llegar a Veracruz, ver que cantan y bailan cuando en Cataluña estaban prohibidas las sardanas, ¡prohibido todo! Era salir de una cosa oscura a ver una cosa iluminada”.

Relata:

Veracruz fue una cosa impresionantemente maravillosa. Ver a todos esos hombres vestidos de blanco, esas marimbas, esa plaza, esa comida, el café de La Parroquia, con olor de café de verdad. En esos años de la posguerra en Cataluña se tomaba una cosa que se llama achicoria. Venir de esa España, de esa Barcelona tan triste que teníamos que ir a buscar el pan con tarjeta de racionamiento. Mi padre tenía que ir a comprar cosas de estraperlo. Los hombres compraban un cigarro. Había señoras en la calle que vendían ¡un cigarrito! No éramos pobres, era la miseria que estaba en todas partes. Al llegar a Veracruz, ver que cantan y bailan cuando en Cataluña estaban prohibidas las sardanas, ¡prohibido todo! Era salir de una cosa oscura a ver una cosa iluminada. ¡Esto da una alegría de vivir! Estuvimos en el hotel Diligencias, que era muy bonito y fuimos a Fortín de las Flores. Ahí nos metimos en una piscina llena de gardenias. No nos dimos cuenta de que en México también había miseria.

Ana María describe las horas de la comida como “aventuras maravillosas”. “En la mesa te ponían toda una azucarera llena, cuando en Barcelona sólo podíamos consumir una cucharadita al día”. Decía que “después de haber vivido una dictadura espantosa”, el presidente de la República, el veracruzano Miguel Alemán “nos parecía tan galán, tan comunicativo, tan del pueblo”.

Efectivamente, cuando la familia Pecanins desembarcó en Veracruz a finales de 1949, gobernaba México Miguel Alemán, quien había ocupado la silla presidencial apenas terminada la segunda guerra mundial en 1945. Fue el primer candidato civil en la posrevolución. Su gobierno se inscribió en las posturas anticomunistas de una guerra fría que apenas empezaba, fue poniendo freno a las políticas más radicales de corte social con las que Lázaro Cárdenas había logrado cumplir con los anhelos de la revolución mexicana. A pesar también del creciente control político y sindical que fue implementando, la presencia de Miguel Alemán que era un civil, un abogado universitario y un hombre simpático y carismático, le dio al país un aire de renovación y modernidad. Para alguien salido de la enrarecida posguerra española, el México del alemanismo





▼
Montserrat Pecanins en el rancho de Veracruz. Colección particular Brian Nissen.

daba una sensación de progreso y libertad. Dice Ana María, “luego de vivir los horrores de levantarte en la mañana y tener que cantar ‘de cara al sol y con camisa nueva’, de soportar todo tipo de privaciones, México nos pareció maravilloso”.

Fue justamente durante el alemanismo cuando se consolidó el estereotipo del jarocho con su pareja, ambos vestidos de blanco, bailando un zapateado costeño entre palmeras y vapores tropicales que Montserrat recrearía en sus memorias muchos años después de ese primer contacto con el puerto, sin duda fruto de sus recuerdos, pasados por el tamiz de esas representaciones regionales petrificadas en el imaginario popular.

La familia Pecanins se trasladó muy poco después de desembarcar en Veracruz a la ciudad de México, lugar que se convirtió para siempre en su principal lugar de residencia. Ahí Montserrat y sus hermanas fundaron en 1964 una galería de arte, la Galería Pecanins, que contribuyó a impulsar el arte de vanguardia que rompió con las ya para entonces anticuadas expresiones artísticas del na-

cionalismo revolucionario. Tiempo después, abrieron otra galería en su Barcelona natal, lo que las convirtió en el puente principal entre las vanguardias en México y las catalanas del arte plástico y el *happening*.

UN TERRENO EN LA SELVA

Pero Montserrat estableció una nueva y extraordinaria relación con Veracruz. Sus tíos Plácido y Lola, ella hermana de su madre, llegaron a México siguiendo a la familia unos años después. Estando por vencerse su visado de turistas, y ante los complicados trámites migratorios en la Secretaría de Gobernación, Montserrat no tuvo mejor idea que aceptar la oferta de un amigo asturiano que les habló de la posibilidad, primero, de que los tíos fueran a trabajar en una algodonera y, cuando aquello no prosperó, los animó a comprar unas tierras para que pusieran cuatro vacas. Montserrat lo cuenta así:

Un día de una fiesta en el pueblo preguntó cómo había estado la pachanga. Con grandes carcajadas recordaba la respuesta, “aburrida, sólo hubo un muertito”.

Yo, que no tengo la más mínima idea, compré 200 hectáreas por 5 000 dólares. Mi padre se había ido de viaje a Cataluña y había dejado todas las cuentas a mi nombre, para que las administrara en su ausencia. Me ofrecieron el terreno como una ganga, pero yo no sabía lo que era. ¡Doscientas hectáreas en la selva! Esto era en el año 54 o 55, no sé. Mi papá me dijo que estaba loca.

El terreno adquirido por Montserrat estaba en la región del Sotavento veracruzano y, efectivamente, se trataba de suelo ocupado por selva alta perenifolia. Corresponía al municipio de Isla, que había formado parte de la hacienda de Tacamahuital, cuyos propietarios habían sido de apellidos Isla Camacho. Con la construcción del ramal del ferrocarril entre Veracruz y Suchiate al iniciar el siglo xx, hubo una estación en el lugar, que se llamó Estación Isla. Con el tiempo, el apelativo dio nombre al pueblo que se formó y, más adelante, al municipio.

Decía Montserrat:

El terreno es enorme, con dos ríos. Nunca en la vida llegué al segundo. Para llegar al rancho, tuvimos que contratar unos hombres que abrieran brecha a machetazos. Lo más cercano era la estación Isla que apenas y era pueblo. Todo para huir de las garras de Gobernación [...]. La tía Lola y el tío Plácido se hicieron rancheros [...]. La tía Lola era rubia con pecas y a la “güera doña Lolita” todo el mundo la quiso porque era muy dulce. Tuvo una vaca especial para los niños de ahí [...] Ella les enseñaba a leer y a escribir, a rezar el Padre Nuestro y les hacía atole para que desayunaran. Era San Francisco de Asís con faldas.

La casa que se construyeron los tíos de Montserrat era como un palafito con un metro por encima del suelo,



vi

Montserrat Pecanins en el rancho de Veracruz. Colección particular Brian Nissen.

para que los animales encontraran abrigo del sol por debajo y las inundaciones no la afectaran. Tenía techo de palapa. Su única estancia estaba partida a la mitad para separar la habitación de todo lo demás. “Tenían unos catres para cuando íbamos las niñas. Había ganchos de fierro para colgar los plátanos y otras cosas y que los bichos no se les subieran. Oían en el radio un programa de unos cubanos muy divertidos, *La tremenda Corte*”.

Montserrat empezó a ir al rancho muy jovencita y soltera, y continuó haciéndolo durante varios lustros, ya casada y con sus dos hijas. Se había criado en una gran ciudad europea, y desde que llegó a México a los 20 años hizo una vida urbana. Se catalogaba a sí misma como una “flor de asfalto” y no podía dormir en el campo, decía, “porque los grillos me despiertan”. Sin embargo, siempre tuvo por Veracruz y el rancho donde vivían sus tíos, una cercanía afectiva y un gusto que, gracias a su carácter optimista y divertido, le permitió apreciar idiosincrasias, incomodidades y hasta conflictos, viviéndolos como una gran aventura.

Un día, estaba yo en traje de baño bañándome en el río y pasó un indito que me dijo, “ay seño ¿ya vio el lagarto?” Me ima-



giné una lagartija. Tiene como un metro. Salí corriendo y me subí al caballo sin ni siquiera ponerme los pantalones. Hay un mosquito que se llama chaquište. Los chaquištes me pellizcaron hasta el apellido. Todavía tengo marcas de las picaduras.

En la región, Montserrat no sólo se enfrentó a las dificultades propias de un medio físico selvático, sino a los modos y las corruptelas de la política local. Una madrugada su tío fue detenido por abigeato, acusado de robar su propio ganado. Ella, una jovencita de no más de 25 años, viajó inmediatamente hasta Xalapa. Cuenta, “me fui para allá a coquetear con los policías que eran todos ¡tan feos! [...] coqueteas un poco y ¡son tan brutos!”. Al final, el jefe de la



policía le dio un papel para que sacara a su tío y le dijo que ahí la esperaba porque la iba a llevar a conocer Xalapa y a comer a un restaurante. “Ay qué bárbaro!, ¡qué amable!”. En cuanto su tío fue liberado, lo metió a su coche y regresaron al rancho dejando plantado al personaje. “Es más castigado el abigeato que matar a una persona.”, decía. Un día de una fiesta en el pueblo preguntó cómo había estado la pachanga. Con grandes carcajadas recordaba la respuesta, “aburrida, sólo hubo un muertito.”

Los tíos Lola y Plácido tenían ganado, criaban gallinas, cultivaban jitomates y recogían mangos de sus árboles.

A los 80 años la tía Lola iba a dar la comunión a caballo, porque el cura nada más se fiaba de ella. Le decía, “doña Lolita, fíjese que doña Petra se está muriendo y quiere que le den la comunión y yo no puedo ir porque tengo la misa”. La *tíeta* Lola agarraba el caballo y se iba a dar la comunión. La tía Lola era de esa sensibilidad, y no era mocha. Cuando murió el tío Plácido, la tía Lola no se podía quedar sola ahí y la trajimos a la ciudad de México con nosotras. Es la tía que hemos querido más de nuestra vida. Como a nuestra madre.

vii

Montserrat en la Galería Pecanins. Colección particular Brian Nissen.

viii

Montserrat Pecanins con su tío Plácido. Colección particular Brian Nissen.

ix

Las hermanas Pecanins en su galería de la calle Hamburgo. Colección particular Brian Nissen.

x

Montserrat Pecanins en su cumpleaños 90. Colección particular Brian Nissen.

Los tíos Lola y Plácido, y la familia Pecanins al completo, metidos en la selva del Sotavento veracruzano son muestra de ese conjunto heterogéneo e insólito que es la sociedad mexicana, en la que, al lado, o en medio de la población y la cultura dominantes, aparecen figuras excéntricas y extraordinarias que contribuyen a la conformación de nuestro variado y rico mosaico cultural.

Montserrat siempre fue romántica y sentimental. Se emocionaba cuando recordaba un eclipse de luna pasado en la selva. “El ruido de los bichos en la noche es tremendo, y un día, de repente se hizo un silencio increíble. Hubo un eclipse de luna. En la selva todo se calló, ni el viento se oía. Quedó todo a oscuras. En cuanto volvió a salir la luna todo empezó de nuevo ric, ric, ric, rac, rac, rac...”

El historiador Bernardo García sostiene que las crónicas de los viajeros extranjeros en México tienen siempre un “agudo sentido de la distancia cultural” y un claro prejuicio eurocentrista que distorsiona su punto de vista. Montserrat no estuvo exenta de ese prejuicio. Pero también es cierto que, con su mirada, “con sus luces y con sus sombras” al decir de Andrés Henestrosa, contribuye “a crear la imagen de México, a hacerle su mitología y su historia”.



PARA SABER MÁS

EMERICH, LUIS CARLOS, Galería Pecanins, la siempre vivaz, México, Turner Libros, 2000.

CALDERÓN DE LA BARCA, MADAME, La vida en México durante una residencia de dos años en ese país, México, Porrúa, 1990, en <https://goo.su/PtezKPs>

MORA, PABLO y ÁNGEL MIQUEL, comp., Barco en tierra. España en México, México, UNAM/Fundación Pablo Iglesias, 2006.

PLA BRUGAT, DOLORES, Els exiliats catalans. Un estudio de la emigración republicana española en México, México, INAH/Orfeó Català de Mèxic/Libros del Umbral, 1999.

DOLORES RIBERA CARBÓ, EULALIA y ANNA RIBERA CARBÓ, Montserrat Pecanins. Memoria emotiva, México, Instituto Mora/INAH, 2022.

LORENA CAREAGA VILIESID

ACADEMIA MEXICANA DE LA HISTORIA

MIEMBRO CORRESPONSAL POR QUINTANA ROO

50



La última autoridad de *Vigía Chico*

Del pueblo costero quintanarroense solo quedan ruinas y un único habitante, Valentín. Pero detrás, en el tiempo, se remonta a una historia de progreso, de la mano del auge de la producción del chicle y su exportación.



Esa mañana Don Valentín abrió los ojos más tarde que de costumbre. Eran casi las siete cuando se levantó de la hamaca aún con sueño. Había llovido toda la noche y eso siempre le producía cierta inquietud, como una voz susurrando en su interior que no le permitía dormir profundamente, sino que lo mantenía en una especie de vigilia, de la cual despertaba de inmediato si el golpeteo de la lluvia, persistente y monótono, variaba de algún modo.

Con su tazón de café negro en la mano, observó el calendario que colgaba de la pared. Domingo 22 de octubre de 1978. Buen día para cortar los guanos que le hacían falta al techo de la casa, quizá remendar esa red olvidada o revisar las colmenas. Le dolía la espalda y se sentía cansado. “Me estoy haciendo viejo”, pensó. “Ya tengo 73 años. Será por eso”.

El día anterior había regresado de Felipe Carrillo Puerto. Como siempre, después de permanecer un par de días en aquel poblado, donde aprovechaba para hacer algunas compras y tomarse unas cervezas con Vicente Villanueva, su amigo de toda la vida, sentía nostalgia y unas enormes ganas de emprender, cuanto antes, el regreso a su casa. Cada mes debía ir a cobrar la pensión de 300 pesos que le daba el ayuntamiento y, aunque sus parientes

le insistían en que se quedara más tiempo, dos días eran más que suficientes. El corazón se le apaciguaba de nuevo mientras recorría en su bicicleta un buen trecho de los 58 kilómetros que separaban a Carrillo Puerto de Vigía Chico. Con frecuencia aparecía algún conocido en su camioneta que le daba aventón hasta la costa. El camino de terracería, bastante ancho, estaba en muy buen estado, incluso con algunos tramos pavimentados, y en un par de horas podía estar de nuevo en casa.

Iba a Carrillo Puerto de mala gana, pero de regreso se relajaba y observaba el paisaje a gusto; kilómetros y kilómetros de selva baja prácticamente deshabitada y, ya cerca de la costa, la sabana pantanosa. Conocía a los habitantes de los cuatro caseríos que había junto al camino: campesinos mayas dedicados a la milpa y a la miel. Tan despoblados estaban esos parajes que no era raro ver a una zorra de plateada cola cruzar corriendo la brecha, una que otra tortuga negra, numerosas garzas blancas posadas en las copas de los árboles, o bien, como el día anterior, una miríada de mariposas verdes y amarillas que revoloteaban en círculos sobre el camino.

Este se iba haciendo cada vez más angosto conforme se acercaba a Vigía Chico y, al fi-



i
Vista aérea de Chetumal, Quintana Roo, ca. 1982. AGN, fondo Hermanos Mayo.



nal, era una brecha que llegaba hasta la orilla del mar. Desde ese punto se dominaba casi la totalidad de la bahía de la Ascensión. ¿Y qué era lo más sorprendente de Vigía Chico? Pues que no había nada. Nada de nada. Sólo las ruinas de unas casas de madera, un bar que nunca funcionó como tal, cuyo techo de palapa se estaba cayendo, y una construcción de bloc y concreto

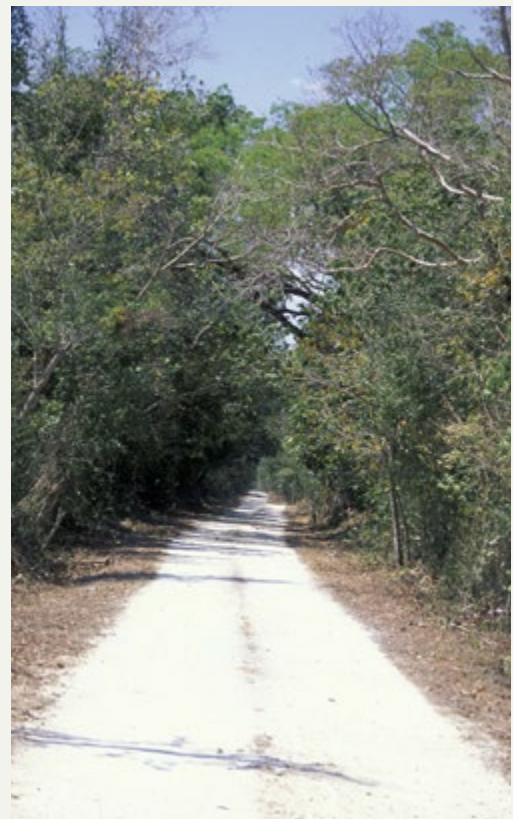
Vigía Chico fue el lugar donde desembarcaban desde 1903 los presos comunes y los presos políticos de la llamada Colonia de Operarios, controlada con mano férrea por el general Ignacio A. Bravo.

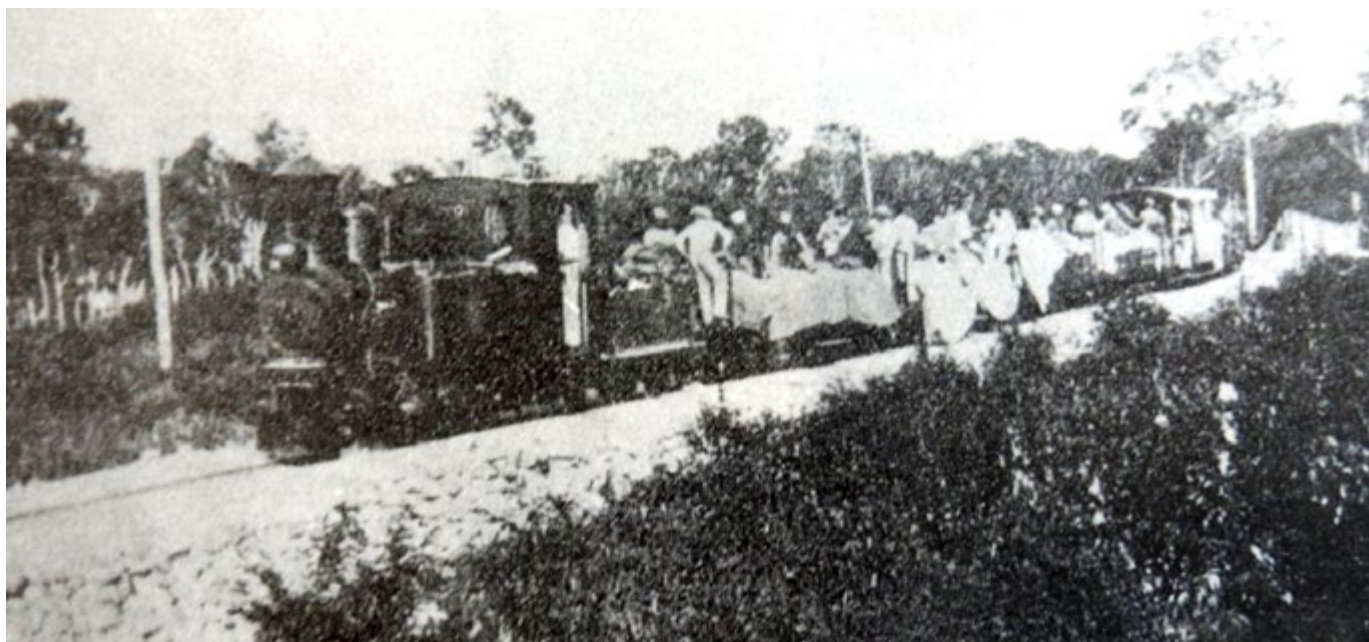
sin terminar. Todavía estaban en pie algunos postes de lo que había sido el telégrafo y, entre la maleza, los restos oxidados de la máquina de un ferrocarril. Del muelle no quedaban más que las bases de concreto.

Don Valentín era alto y muy delgado, de pelo blanco y ojos brillantes y vivarachos. Una

piel curtida por el sol atestiguaba los años vividos al aire libre. De sonrisa fácil y complacida, se veía fuerte y saludable a pesar de su edad. Y era, además, el único habitante de Vigía Chico. A él le gustaba decir, en tono serio y solemne, que era la máxima autoridad del lugar. Luego soltaba una alegre carcajada, riéndose de su propia broma.

Se dirigió a la playa, desamarró una de sus lanchas y se adentró en el mar a revisar las trampas para langosta. Estas se encontraban bastante alejadas, pues en Vigía Chico, donde la bahía de la Ascensión tenía menos de un metro de profundidad y el agua le llegaba a la cintura, no había langosta ni caracol. Una vez terminada su tarea, y pisando con cuidado el fondo pedregoso, regresó a la orilla. Puesto que era el fin de la temporada de ciclones, y a causa de la lluvia, el mar solía amanecer bastante sucio de desperdicios marinos: sargazo, algas, cangrejos y peces muertos que las olas depositaban en la arena y que al descomponerse le daban a Vigía Chico su peculiar olor.





Inesperadamente un chispazo de luz atrajo su mirada. Se dirigió hacia donde había visto ese resplandor bajo unas palmeras y se agachó a recoger un pedazo de vidrio que en otro tiempo había sido parte de una botella de cerveza. Sonrió con cierta tristeza. No había día en su vida que no recordara la noche en que todo cambió, en que su vida se transformó radicalmente. El pedazo de vidrio descolorido le volvió a traer esas memorias siempre frescas. De hecho, todo en Vigía Chico, todo lo que había sobrevivido después de aquella noche, era una única memoria, y él también era parte de ese espejo de recuerdos.

Se sentó en el tronco de una palmera y cerró los ojos.

EL CHICLE

Fundado en 1903 por el general José María de la Vega, Vigía Chico estaba destinado a convertirse en uno de los centros de comunicación hacia el exterior más importantes del territorio federal de Quintana Roo. Lo unía a Felipe Carrillo Puerto, población que en aquel entonces y hasta 1936 llevó por nombre Santa Cruz de Bravo, una vía férrea tipo Decauville, la primera de lo que serían, en sueños nunca realizados, los Ferrocarriles Norte de Quintana Roo. Esta vía se convertiría más adelante en la ruta por donde saldrían toneladas de chicle y entrarían los abastos

necesarios para los pobladores de la región. Pero en sus inicios, eran los productos forestales, como maderas preciosas, palo de tinte y durmientes, lo que se exportaba hacia Cozumel y Belice.

Vigía Chico fue el lugar donde desembarcaban desde 1903 los presos comunes y los presos políticos de la llamada Colonia de Operarios, controlada con mano férrea por el general Ignacio A. Bravo, hijo predilecto del gobierno porfirista. El puerto fue también testigo mudo de la llegada de los revolucionarios: el maderista Manuel Sánchez Rivera en 1912 y luego, en 1915, Salvador Alvarado con su batallón de indios yaquis.

Cuando en ese mismo año el general maya Francisco May destruyó todo vestigio que le recordara la presencia blanca en Santa Cruz de Bravo, se cuidó muy bien de mantener funcionando la vía férrea y la maquinaria

ii

Camino selvático a Vigía Chico, Quintana Roo, 2000. Fotografía de Marcel Holyoak, Flickr commons.

iii

Ferrocarril que viajaba a Vigía Chico, ca. 1905. Wikimedia commons.

que comunicaban a esta población con Vigía Chico, aunque se cuenta que sí acabó con el servicio telegráfico y echó abajo los postes. Lo que es un hecho es que el puerto y dicha línea de transporte y comunicación fueron claves en el establecimiento de la hegemonía de May sobre la producción chiclera del centro de Quintana Roo.

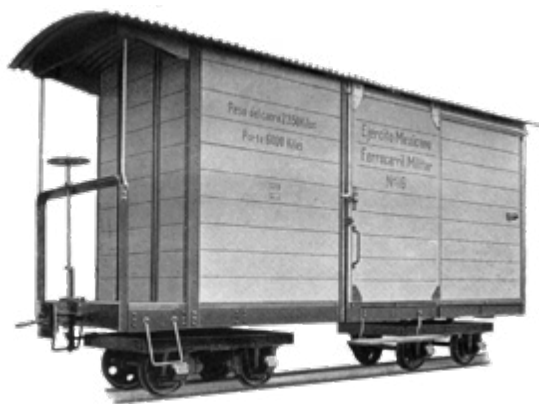
Luego de la caída de los precios del chicle en 1929 y de los problemas que el líder maya empezó a tener, en Vigía Chico desembarcaron los soldados del 36° batallón federal para apaciguar a la población y mantener la producción. A la par y por debajo del agua, florecía el contrabando de chicle, caoba y otros productos forestales, así como aguardiente y licores extranjeros.

Por ahí de 1925, Don Valentín se trasladó a Quintana Roo desde su natal Valladolid, Yucatán, como agente de un contratiesta chiclero. Era la época de auge del chicle y ya Vigía Chico se había convertido en el puerto de em-

barque más importante del centro del territorio. A su llegada conoció a Florentina Tamayo, quien había trabajado en el puerto como cocinera desde la época del general Bravo y fue testigo del trato inhumano que en aquel entonces se daba tanto a la tropa como a los operarios, todos ellos viviendo en barracas inmundas y en condiciones miserables. A la doña le gustaba relatar como preparaba la comida en grandes cazuelas y le servía a cada uno en su plato. Si a alguno se le caía o alguien se lo arrebatava, se quedaba sin comer, pues había órdenes de no darles más.

Su marido, Sabino Tamayo Mac, era capitán de barco de una flotilla cozumeleña y conocía bien las condiciones en las que eran traídos hasta Vigía Chico los prisioneros del Cuerpo de Operarios. En épocas del general Bravo, el cañonero Independencia anclaba frente a Vigía Chico trayendo soldados y presos, y el resto de la flotilla lo componían canoas campechanas y barcos de menos de 50 toneladas.

Dos décadas habían transcurrido desde entonces y, en 1925, Vigía Chico tenía otro aspecto. Don Valentín recordaba bien la febril actividad que en aquel año reinaba en el puerto: por un lado, la exportación de toneladas de chicle a la compañía estadounidense Wrigley o a Robert S. Turton, de Belice, y por otro, la importación de las más variadas mercancías destinadas a los hatos chicleros: pistolas, escopetas, municiones, pólvora, máquinas de coser, molinos de maíz y de carne, linternas, fonógrafos, whiskey, laterías, cigarrillos, sal, azúcar, calzado, telas, y hasta sedas y joyas. Los trabajadores del puerto y de los almacenes de Vigía Chico dependían directamente del general



iv
Ayuda a la población después
del huracán "Janet", septiembre
de 1955. AGN, fondo Hermanos
Mayo.

May, mientras que los barcos que transportaban el chicle venían de Cozumel y Belice o pertenecían a los compradores.

Las ganancias eran seguras: el chicle se reunía en Santa Cruz de Bravo y luego era transportado a Vigía Chico. El mal llamado “tractor”, como le gustaba precisar a Don Valentín, acarrea un promedio de 100 quintales –a 46 kilos el quintal– en cada viaje diario, por lo que a la semana salían unos 600 quintales, aproximadamente 27,600 kilos del preciado látex. Durante la temporada 1927-1928, el general May vendió toda la producción a 80 pesos el quintal ya puesto en Vigía Chico o sea que las ganancias eran impresionantes. Tan solo durante esa temporada May recibía cada semana 48 mil pesos de los de entonces. ¡Un dineral!

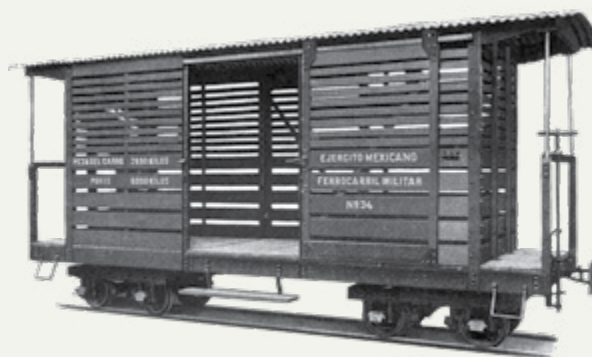
Dadas estas favorables condiciones, Don Valentín mismo se había convertido en contratista y pequeño productor. El año 1929 habría de ser el más próspero y, a la par, el más difícil. La producción chiclera alcanzó un nivel pico de 2 300 000 kilos, pero al año siguiente se desplomó y en 1933 no pasó de los 300 000 kilos, debido principalmente a la caída de los precios durante la crisis económica del 29. No obstante, Don Valentín continuó como contratista y pequeño productor hasta la época en que se organizaron las primeras cooperativas, en los años cuarenta.

La segunda guerra mundial provocó una nueva demanda de chicle, y en 1942 se produjeron 3 876 265 kilos, es decir, la mayor cantidad de este látex en toda la historia de Quintana Roo. Un viejo conocido de Don Valentín, Mister Turton, compró toda la producción junto con cuatro grandes empresas estadounidenses. Poco después empezó a haber más control por parte del gobierno, no sólo limitando la extracción según el clima, las lluvias y las concesiones de selva explotable, sino también en cuanto a las condiciones de trabajo y subsistencia de los chicleros y sus familias. La producción nunca volvería a ser igual.

En 1950, Don Valentín entró a trabajar como bodeguero, viviendo de planta en el puerto de Vigía Chico junto con unas catorce perso-

nas más, entre empleados y sus familias. En las bodegas a su cargo se seguía almacenando, por un lado, el chicle procedente de Carrillo Puerto, y por otro, las mercancías que llegaban de Cozumel, como cerveza, maíz y frijol, entre otras. Las marquetas de chicle eran transportadas por

La segunda guerra mundial provocó una nueva demanda de chicle. Un viejo conocido de Don Valentín, Mister Turton, compró toda la producción junto con cuatro grandes empresas estadounidenses. Poco después empezó a haber más control por parte del gobierno.



las vías Decauville, utilizando las antiguas plataformas y la máquina del ferrocarril, tal y como se había hecho desde los inicios de la producción chiclera. Uno de los comerciantes más prósperos en este negocio era su compadre, Fernando Esquivel, el más macizo de todo Carrillo Puerto, como solía decirle Don Valentín con su usual buen humor. De “tractorista”, es decir, manejando la máquina de ferrocarril a Vigía Chico, Esquivel se había hecho de suficiente dinero como para abrir una pequeña cantina en Carrillo Puerto. La cantina pronto se convirtió en una tienda que surtía a los chicleros de alimentos, herramientas, jabón, velas, cerillos, clavos, cuerdas, telas y agua embotellada. Todo era transportado en barcos que anclaban en Vigía Chico.

CUANDO TODO CAMBIÓ

La vida de Don Valentín en aquel puerto transcurrió sin grandes cambios hasta 1955. En ese año llegaron dos ciclones. El 16 de septiembre, el Hilda tocó tierra en un área despoblada de la bahía de la Ascensión. No obstante, su paso sin freno por la península de Yucatán y el golfo de México dejó un saldo de 200 muertos, provocando en Tampico una de las inundaciones más catastróficas de su historia.

Don Valentín, uno de los tres únicos supervivientes, se subió a la horqueta de un árbol y se agarró de las ramas con todas sus fuerzas. Ello le salvó la vida.

Once días más tarde, el 27 de septiembre, tocó el turno del Janet. Aquel día las bodegas de Vigía Chico se hallaban repletas de mercancías de Fernando Esquivel, especialmente cajas de cerveza, esperando ser transportadas a Carrillo Puerto. Don Valentín terminó de estibarlas donde la lluvia no las alcanzara y acudió a la pequeña oficina para saber qué otras medidas se iban a tomar. No obstante, a pesar de los avisos que se

recibieron por radio, el jefe de empleados no creyó que un ciclón fuera realmente a pegar en Vigía Chico y se negó a evacuar el lugar.

A diferencia del Hilda, el Janet enfiló su fuerza destructiva casi en línea recta hacia la costa sur de Quintana Roo. Fue el décimo huracán de una temporada que podría calificarse como la peor del siglo xx. Un día antes de tocar tierra, el Janet provocó, por primera y única vez en la historia ciclónica del Atlántico Norte, la caída de un avión estadounidense de reconocimiento o caza-ciclones. En ese momento, ya era un huracán de categoría 4, con vientos de más de 220 kilómetros por hora que levantaban a su paso olas de 20 metros de altura.

Al día siguiente, 27 de septiembre de 1955, los habitantes de Vigía Chico recibieron la última alerta de huracán, con la consigna de evacuar el puerto. El jefe de empleados se negó nuevamente a hacerlo. De pie en la playa y bajo una lluvia pertinaz, Don Valentín miraba tacierno cómo iba opacándose la luz del día, cómo la coloración del horizonte iba adquiriendo una extraña tonalidad amarillenta, cómo el mar, al alejarse de la costa, iba dejando al descubierto rocas, arena, algas.

Esa noche, el Janet, ya de categoría 5, tocó tierra entre Xcalak y el Uvero, y poco después, azotó Chetumal con vientos superiores a



vyvi

Inundación de la ciudad de Chetumal después del huracán "Janet", septiembre de 1955. AGN, fondo Hermanos Mayo.



los 275 kilómetros por hora. A pesar de ubicarse bastante más al norte de la capital quintanarroense, por donde en esos momentos pasaba el ojo del huracán, Vigía Chico cayó dentro de la zona de vientos más destructivos. En medio de un ruido ensordecedor, el mar se retiró más de un kilómetro. Los habitantes de Vigía Chico, refugiados en las casas y bodegas del puerto, pronto quedaron al descubierto y a merced de los elementos. El viento se llevó casi todas las construcciones y luego el mar, en una ola gigante, arrasó con lo que quedaba.

Don Valentín, uno de los tres únicos supervivientes, se subió a la horqueta de un árbol y se agarró de las ramas con todas sus fuerzas. Ello le salvó la vida. El resto de los habitantes de Vigía Chico murió esa noche: doce personas ahogadas, entre hombres, mujeres y niños, incluyendo al escéptico jefe de empleados. Los muertos y las mercancías fueron arrastrados por el viento y el mar hasta el monte, más allá de la sabana, a varios kilómetros de distancia. Mucho tiempo después todavía se podían encontrar botellas de cerveza entre los escombros y en la misma sabana, entre la maleza y los pocos árboles que habían quedado en pie.

Don Valentín tenía entonces 50 años. Perdió todo, incluyendo su vivienda, lancha y marquetas de chicle. Sin embargo, a la hora en que llegó la ayuda del gobierno, sólo recibió 300 pesos como compensación por sus pérdidas. Recordó con amargura que la gente que vino de Carrillo Puerto a colaborar en la restauración del lugar y prestarle auxilio, no hizo nada. Más bien se dedicaron a saquear lo poco que había quedado. En esa época el ejército todavía no tenía órdenes de proteger la propiedad y las pertenencias de evacuados y víctimas. Sólo los misioneros evangélicos sobrevolaron el área afectada en una pequeña avioneta, arrojando víveres, frazadas y medicinas a los supervivientes.

Después de este desastre, el lugar fue abandonado, aunque Don Valentín permaneció todavía un tiempo en Vigía Chico intentando reconstruir su vida. En 1958, por órdenes del gobernador Margarito Ramírez se removieron los últimos restos de la vía férrea y toda la maquinaria quedó arrumbada a la orilla del mar. Poco después, se trasladó a San Antonio Soda, cerca del río Hondo, donde se dedicó durante varios años a la explotación forestal de la caoba. En 1968, re-

vii

Inundación de la ciudad de Chetumal después del huracán "Janet", septiembre de 1955. AGN, fondo Hermanos Mayo.

viii

La ciudad de Chetumal después del huracán "Janet", septiembre de 1955. , fondo Hermanos Mayo.





gresó, pues una parte de su ser se había quedado para siempre en aquel lugar. Con todo y su destrucción, Vigía Chico era su hogar.

Se encontró con un destacamento militar instalado en las ruinas del puerto. Los soldados habían iniciado la construcción de lo que iba a ser un cuartel de mampostería, pero nunca lo terminaron. Pasados cuatro años, dejaron Vigía Chico porque, como bien decía el oficial al frente del destacamento, allí no había nada que cuidar. La realidad era que el Janet había acabado con todo: el muelle, los barcos, los almacenes, las viviendas, todo.

Desde entonces Don Valentín se había convertido en el único habitante de Vigía Chico. Normalmente, su vida transcurría en completa soledad, salvo en las raras ocasiones en que llegaba algún visitante. Tenía amigos entre los pescadores de la bahía de la Ascensión con quienes, a veces, salía a pescar cazón que luego vendía en Chetumal. A veces pescaba solo. También tenía una pequeña milpa en la zona de “El Quinto”, donde producía un poco de maíz y frijol. Sabía que el apego que sentía por Vigía Chico, a pesar de su aislamiento y abandono, tenía que ver no sólo con los muchos años de vida transcurridos en ese lugar, sino también con una apuesta ga-

nada la noche de aquel lejano 27 de septiembre. Una bien ganada apuesta a la muerte y al Janet. No les había dado el gusto. No, señor.

El ruido lejano de un motor acercándose lo trajo de nuevo al presente. Mientras se ponía de pie, Don Valentín vio que un destartado Volkswagen se aproximaba por la brecha. El vehículo se detuvo a pocos pasos de donde se encontraba y de él se apeó una mujer muy joven, vestida con jeans, camiseta, botas y sombrero de palma. Deseándole buenos días, le preguntó si él era Don Valentín Aguilar y él, sonriendo, contestó que sí, que era la única y máxima autoridad de Vigía Chico.

La mujer, después de presentarse, dijo que venía desde Carrillo Puerto recomendada por el señor Villanueva. Aquello fue suficiente.

–Sea bienvenida– le dijo Don Valentín, –puede hacer lo que quiera en este lugar.

–Lo que quisiera– contestó ella –es platicar con usted y, si tiene tiempo, que me cuente de su vida y de lo que fue, y hoy en día es, Vigía Chico.

Don Valentín la invitó a sentarse en la sombra. Aquel domingo 22 de octubre de 1978 sería un día, tan bueno como cualquier otro, para contarle su historia a una antropóloga en ciernes.

JOSÉ ALBERTO RODRÍGUEZ ROBLES
Y GABRIEL VÁZQUEZ DZUL
CENTRO INAH QUINTANA ROO

Un museo en retribución a *los mayas macehuales*

60



Junto a la construcción del Tren Maya se configuró la necesidad de levantar un espacio que diera cuenta de la historia, cultura y lengua de los mayas macehuales. Así nació el Museo Histórico de la Ciudad de Felipe Carrillo Puerto, ideado para exponer una memoria colectiva e histórica a los visitantes y a la propia comunidad.

Desde los caminos habilitados por el machete bajo la selva quintanarroense para la marcha de las compañías mayas a mediados del siglo XIX, pasando por los caminos de herradura en los que sacaban el chicle y distribuían mercancías a las comunidades, hasta las modernas carreteras petrolizadas y, ahora, con el acompañar del Tren Maya, se crea una visión de conjunto de la historia (memoria colectiva y memoria histórica) de la antigua capital maya macehual *Noh Kah Santa Cruz Balam Nah*, hoy Felipe Carrillo Puerto, en Quintana Roo. Así, nuestro propósito es mostrar uno de los proyectos historiográficos de la denominada Nación Maya, poniendo énfasis en el área maya macehual quintanarroense, con el flamante Museo Histórico de la Ciudad de Felipe Carrillo Puerto.

El museo fue una propuesta emanada del Centro del Instituto Nacional de Antropología e Historia en Quintana Roo (Centro INAH Quintana Roo), como forma de retribución a los mayas macehuales del centro del estado. Así, en septiembre del 2023 se propuso la construcción de este espacio que dignificara su historia, su cultura y su lengua, además de ser contadas por los habitantes de esta zona maya. Después de un año de investigación y recolección de piezas, en septiembre de 2024 fue inaugurado. A casi un año de su apertura, la población maya (y mestiza visitante), en gran parte autora del contenido del museo, ha aceptado como suyo este recinto.

El museo se compone de siete áreas temáticas contenidas en cinco salas: 1) la creación de *Noh Kah Santa Cruz Balam Nah*, 2) la conformación del ejido, 3) cooperativas chicleras, 4) la escuela rural en el territorio maya, 5) actividades productivas, 6) el turismo y comunidades mayas, y 7) arte y religiosidad popular. Cabe decir que esta propuesta no sólo responde a una consideración cronológica sino, además, a un discurso desde la mirada de los actores (mayas autodenominados macehuales), en el que se integran con la lógica etnográfica, el contacto y la relación de este grupo socio cultural con su entorno histórico, ecológico, religioso y social, en su lengua y en su voz.

Hablaremos aquí del porqué y del cómo se procedió a desarrollar un proyecto de tal magnitud y de las características que debían integrar, según los expertos del área macehual. Esto incluye los criterios de selección de temáticas. También abordaremos de manera específica el contenido de las salas, lo que permitirá el diálogo entre los mayas del área (con su historia y su cultura actual) con los visitantes, para otorgarle a este la comprensión de un gru-

po indígena con profundos cambios económicos, políticos y, en algún sentido, territoriales.

EL PROYECTO

El megaproyecto del Tren Maya con la ruta del Caribe mexicano y atravesando las selvas mayas, no podía quedar simplemente como el traslado de pasajeros de un punto a otro. La retribución de la memoria debía reconocerse en el contexto del desarrollo nacional. Este reconocimiento debía significar el asimiento de la voz de los mayas y traducirse en un discurso capaz de mostrar y explicar las aristas del territorio, la cultura, la ecología y la historia, en otras palabras, mostrar a la comunidad macehual como una cultura viva y en inevitable transformación. Esta es la razón fundamental del porqué debía explicarse la historia y cultura maya desde la voz viva de los actores.

¿Cómo lograr un trabajo con el tiempo y presupuestos limitados y limitantes? Un equipo de especialistas del Centro INAH Quintana Roo en investigación social en el ámbito indígena, con experiencia en investigación archivística, documental, de campo y etnográfica, realizó durante cinco meses la revisión de acervos locales (Archivo General del Estado de Quintana Roo, Centro de Documentación de la Universidad Autónoma del Estado de Quintana Roo y el Registro Agrario Nacional, Delegación Quintana Roo),



i

Interior del Museo Histórico de la Ciudad de Felipe Carrillo Puerto, Fotografía de presidencia, 2024. Coordinación Nacional de Difusión - Dirección de Medios de Comunicación - INAH.

El museo se propone mostrar a la comunidad macehual como una cultura viva y en inevitable transformación.

62



regionales (Centro de Apoyo a la Investigación Histórica y Literaria de Yucatán y la Fototeca Pedro Guerra de la Universidad Autónoma de Yucatán) y nacionales (Archivo Histórico de la Secretaría de Educación Pública y Archivo General de la Nación). Incluso se obtuvieron documentos mediante contacto a distancia con algunos acervos fuera del país, pero en menor medida. Se realizó revisión bibliográfica general y se consultaron libros y revistas sobre los temas, escritos desde comienzos del siglo xx.

Cuatro meses posteriores a este ejercicio, se realizó el trabajo de campo en las localidades y con sus informantes clave: artesanos, profesores, ejidatarios, ancianos, mujeres y hombres, jóvenes, apicultores, etcétera. Ambos acercamientos dieron fruto al guion museológico que se dividió en los siete temas fundamentales de la vida e historia de la población maya macehual que, a su vez, dieron origen a la estructura museográfica.

Una pregunta quedaba pendiente ¿dónde establecer físicamente el recinto que albergase esta historia y cultura macehual? En el centro de la cabecera municipal

se encontraba un edificio con las características y dimensiones necesarias, el antiguo Internado Indígena de la ciudad de Felipe Carrillo Puerto fundado en la primera mitad del siglo xx. Este espacio fue restaurado por personal de la Secretaría de la Defensa Nacional (SEDENA), bajo la supervisión de arquitectos del Instituto Nacional de Antropología e Historia. La idea fue conservar el estilo arquitectónico del edificio histórico mientras se daba la adecuación para el montaje de la museografía.

En el equipo estuvo el promotor cultural Gregorio Vázquez Canché y el milpero Cándido Pat Canché, maya hablantes y conocedores de aspectos sensibles a la sociedad macehual, prácticamente no hubo tema donde no se siguieran las sugerencias de ellos.

Por su parte, el diseño museográfico de cada una de las salas corrió a cargo de la Dirección de Museos del INAH liderado por el maestro Juan Garibay y el montaje final fue realizado por la empresa Technische Wartungspraxis. A su vez, el equipo del INAH que elaboró el discurso museológico fue liderado por el antropólogo Margarito Molina Rendón, director del Centro INAH Quintana Roo. Cabe señalar



que el museo fue pensado desde la población maya, por lo que la lengua originaria es el centro del sitio con su respectiva traducción y/o doblaje en español.

EL MUSEO Y SUS SALAS

Desde los albores de la Guerra de Castas, pasando por la fundación de la ciudad sagrada de Noh Kah Santa Cruz Balam Nah hasta nuestros días, los mayas macehuales pasaron por diversos episodios que han marcado, en muchos sentidos, lo que ahora son, sin perder la sustancia cultural de ser los herederos y descendientes de los combatientes de una guerra que aún profesan. Dicho esto, se presentan los siete temas contenidos en cinco salas en orden cronológico, pero también con una lógica cultural evidente.

- I. La guerra y la fundación de Noh Kah Santa Cruz Balam Nah (1850 a 1901)
- II. La conformación de las cooperativas chicleras y ejidos macehuales
- III. La escuela rural en el territorio maya en la primera mitad del siglo xx
- IV. Actividades productivas: Milpa y apicultura/El turismo y las comunidades mayas
- V. Arte y religiosidad popular

La primera sala del museo, denominada La guerra y la fundación de Noh Kah Santa Cruz Balam Nah (1850 a

1901), refiere el mito de origen de la sociedad macehual y de la creencia en la Cruz Parlante. Se realizó una exhaustiva revisión bibliográfica y museográficamente presenta cuatro aspectos relevantes, el altar a la Cruz Parlante, réplica de lo que debió ser el primer altar donde se adoraba a la Cruz y se mandaban los mensajes escritos y orales. La arenga de la Proclama de Juan de la Cruz, tomada del texto de Victoria Riefler Bricker, adaptado e interpretado de viva voz por el catedrático Hilario Chí. Contiene una réplica de un arete en oro como el usado por los líderes mayas del siglo xix, y que algunos descendientes aún siguen usando como el propio maestro Hilario Chí. Como dato, mencionamos que el cuerpo del líder maya macehual Bernardino Cen fue identificado por los yucatecos precisamente por el arete que portaba. Se encuentran, también, tres cuadros de la autoría del pintor Marcelo Jiménez y el pintor Marco Antonio León que retratan a los líderes José María Barrera, Bernardino Cen y la legendaria María Uicab, líder de Tulum.

Una vez concluida la guerra por parte del gobierno mexicano, no para los mayas rebeldes, se inician políticas públicas destinadas a lograr la integración de los mayas a la vida nacional o, al menos, esa era la intención. Recordemos que los mayas dominaban amplias extensiones de bosque tropical lo cual representaba riqueza forestal y, precisamente, concurrieron a la conformación de los ejidos y las cooperativas chicleras.

La segunda sala (La conformación de las cooperativas chicleras y ejidos macehuales) muestra la actividad chiclera tal y como la vieron y vivieron los mayas macehuales, los entrevistados aún recuerdan con nostalgia y emoción

ii - iv

Interior del Museo Histórico de la Ciudad de Felipe Carrillo Puerto, Fotografía de presidencia, 2024. Coordinación Nacional de Difusión - Dirección de Medios de Comunicación - INAH.





aquellos días donde subir a un árbol representaba un reto. Relatos, imágenes, marquetas de chicle y objetos originalmente usados para la actividad recrean este pasado. Debemos agregar que la empresa de chicles Chicza® donó el laboratorio donde antiguamente se analizaba la humedad de la goma.

Sobre los ejidos, longevos informantes refieren sobre la manera en que se organizaron para lograr, y aún expandir, el perímetro ejidal. La exactitud de la información proporcionada por la gente más anciana coincide con documentos históricos que obran en los archivos del Estado.

Uno de los principales cambios en la forma de percibir a la sociedad y el desarrollo de las comunidades, tuvo que ver con la introducción de la escuela rural. En esta sala (La escuela rural en el territorio maya en la primera mitad del siglo xx)

v

Interior del Museo Histórico de la Ciudad de Felipe Carrillo Puerto, Fotografía de presidencia, 2024. Coordinación Nacional de Difusión - Dirección de Medios de Comunicación - INAH.

no sólo se presenta la manera en cómo se fue integrando la escuela y la educación en las comunidades, sino además el trato que se les dio a los primeros maestros que no eran macehuales o que no dominaban el idioma maya. También, se presenta la dificultad de los niños mayas para adaptarse a una dinámica escolar que no era compatible con la vida cotidiana basada en la milpa y la ritualidad a la Santa Cruz, los santos patronos, las vírgenes y las festividades comunitarias.

No podemos describir o explicar siquiera la complejidad de la sociedad macehual sin revelar el sistema que la sustenta, esto es, el sistema de la milpa. Esta es la matriz cultural de mesoamérica. La sala referente al maíz (Sala IV. Actividades productivas: Milpa y meliponicultura/ El turismo y las comunidades mayas), debía contener mucha información ya que el campesino maya o *colnaal*, posee conocimientos sobre el entorno agroecológico, los tipos de suelos, los tipos de maíz, los tipos de crecimiento de la selva, además, conoce la ritualidad en torno al monte, conoce la liturgia que se debe realizar a cada paso para lograr una cosecha abundante, para que *Jajal dios* (dios verdadero o único) lo proteja de mordeduras de víboras o caídas de las ramas, que las hormigas y los pájaros no se coman las semillas pero, ante todo, que escampen buenas lluvias. Todo milpero, decía el antropólogo Alfonso Villa Rojas, debe aprender a rezar el *payalchí*, un conjunto de rezos y oraciones para que su milpa llegue a buen término.

La actividad apícola se considera un continuum de la milpa tradicional maya, en particular la variante cultural llamada meliponicultura, es decir, la crianza de la abeja *melipona beecheii*, *kolel cab* o *xunan cab* como le llaman los mayas que la cultivan. Este espacio del museo busca introducir la información científica que amablemente nos proporcionó el médico veterinario

Desde los albores de la Guerra de Castas, los mayas macehuales pasaron por diversos episodios que han marcado, en muchos sentidos, lo que ahora son, sin perder la sustancia cultural.

Manuel Vázquez con la recreación de una colmena, así, surgió la idea de reproducir el sonido del aleteo de una colmena en el museo, la cual tendría abejas a su alrededor.

En cuanto al turismo, esta actividad irrumpió no sólo en la economía de las comunidades macehuales, sino también, en algún sentido, en las formas de organización social. El reto para el equipo de museología fue armar el discurso museográfico de una actividad que, si bien ha aportado beneficios económicos, también ha traído elementos que enrarecen, por decir lo menos, la vida interna de la comunidad.

El turismo comunitario, de menor impacto negativo, ha tratado de abrir espacios de diálogo intercultural entre la comunidad y el visitante, pero los resultados aún no son del todo visibles. La museografía presenta una línea del tiempo que muestra la llegada de la actividad turística a la isla de Cozumel y su posterior expansión por el caribe mexicano y el envolvimiento hacia las comunidades mayas. El encuadre fotográfico del tema busca expresar los beneficios del turismo, así como rupturas con respecto a las comunidades macehuales.

La última sala del museo (Sala V: Arte y religiosidad popular) cierra con un aspecto de suma importancia en términos culturales más que eco-

nómicos. La producción y reproducción del arte popular, así como las formas particulares de expresión religiosa basada en el culto a la Santa Cruz. Maestros y maestras del tejido, urdido, bordado, cincelado y tallado de la madera, ven expuestas sus obras en un espacio enriquecido con diversas imágenes y entrevistas en lengua maya.

Las salas IV y V requirieron del acompañamiento de personal experto en fotografía y cine. En este caso, el fotógrafo Christian Albrecht y la cineasta Meztli Suárez fueron los colaboradores para otorgarle a la etnografía color y sonido con la mejor calidad posible.

En todas las salas se integraron videos con entrevistas a quienes conocen del entorno ecológico, histórico y cultural y que estuvieron dispuestos a entablar un diálogo franco para todo aquel viajero interesado en la región donde se enseñorean los mayas macehuales. No obstante, el museo no sólo se pensó para un diálogo hacia afuera, con viajeros y visitantes que aprovechen el Tren Maya como medio de traslado, sino también para establecer un diálogo interno de la comunidad maya en su propia lengua. Este es un recordatorio de que la cultura es viva y el museo es un vaso comunicante que acerca y enlaza, una o muchas ventanas hacia la historia y la interculturalidad.



vi

Felipe Carrillo Puerto, dibujo en Tierra. Órgano de la Liga Central de Resistencia, Mérida, núm. 12, 15 de julio de 1923. Colección particular.

PARA SABER MÁS

PRIETO HERNÁNDEZ, DIEGO y JOSÉ LUIS PEREA GONZÁLEZ, *La nación maya. Gestión, devenir y resistencia*, México, INAH, 2024.

Centro INAH Quintana Roo, *Boletín*, 2024, en <https://cutt.ly/sqbbkOx>

Centro INAH Quintana Roo, 2024, en <https://cutt.ly/7tqbnwoV>

DIEGO BAUTISTA PÁEZ
EL COLEGIO MEXIQUENSE



Carta desde la cárcel de Dolores Jiménez y Muro al general Aureliano Blanquet

El 3 marzo 1914, la reconocida luchadora del Ejército Libertador del Sur envió una misiva en la que explicaba sus postulados para contribuir a la paz del país. Le pedía a Huerta la liberación de los presos políticos, discutir los reclamos de sus opositores y garantías de pacificación para todos los mexicanos.

¿Qué se le puede escribir a tu carcelero? Sin duda esta pregunta se la planteó la autora de la carta que a continuación se presenta. Fue el propio Secretario de Guerra y Marina del gobierno de facto de Victoriano Huerta, Aureliano Blanquet, quien solicitó –vía otra revolucionaria capturada, Juana Belén Gutiérrez de Mendoza–, “mis proposiciones y mis pretensiones, hablándole con toda claridad”, al darse cuenta de que las tropas federales habían apresado a la reconocida agitadora en los linderos entre la ciudad de México y Morelos junto a otras mujeres del Ejército Libertador del Sur.

Distinción particular le hizo el general Blanquet a Dolores Jiménez y Muro (Aguascalientes, 7 de junio de 1848 – Ciudad de México, 15 de octubre de 1925), si tomamos en cuenta que el militar poblano es considerado como uno de los más sanguinarios durante la revolución, participando en la aprehensión y fusilamiento de Madero y Pino Suárez meses antes. La carta que se lee a continuación es la respuesta que la Antorcha de la Revolución –como la bautizaron los zapatistas y nombraron sus amigas, compañeros y compañeras en la guerra de facciones– dio desde su cautiverio en la Cárcel de Belén a los 66 años.

Ávida lectora, autodidacta y escritora desde joven, la vida de Dolores Jiménez y Muro siempre estuvo cercana a las letras sea como profesora, escritora, editora de periódicos, redactora de planes revolucionarios, poetisa y zapatista, e intelectual revolucionaria. Paradójicamente, como lo ha notado Orestes López, no es fácil identificar muchos de sus textos y poemas al ser firmados bajo seudónimos, de manera anónima, estar perdidos por la clandestinidad y las persecuciones o simplemente no aparecer firmados al ser parte de causas y movimientos colectivos. Así esta carta de Jiménez y Muro, escrita en su tercer encarcelamiento en Belén, es un documento que como pocos deja ver tanto sus ideales políticos como sus sentimientos y trayectoria contada por ella misma.

Dolores fue interlocutora de varias generaciones. Nació y se formó en los años de la república restaurada, bajo el fervor de un republicanismo inspirado en Ponciano Arriaga e Ignacio Ramírez, más que en Juárez y Lerdo de Tejada. En San Luis Potosí compartió con el poeta Manuel José Othón y su hermana Josefa (una de sus seis hermanos) sus odas a la historia patria. A la par, realizó lecturas en la mítica y perdida biblioteca de Camilo Arriaga que dieron orientación a sus incursiones sociales cada vez más frecuentes, después de la muerte de sus padres, como se puede leer en la carta. Tras ser una de las organizadoras, poco reconocidas, del Congreso Liberal de 1901, muy pro-



i
Recreación digital de Dolores Jiménez y Muro, retrato, 2025.

ii
Gral. Aureliano Blanquet, retrato, ca. 1913. Biblioteca del Congreso, Washington, D.C., EUA.

bablemente colaboró en la edición de *Regeneración* cuando este cambió por primera vez de residencia a San Luis Potosí entre 1901 y 1902.

Desde la década de 1880 participó en la prensa de combate como una entusiasta colaboradora en verso y prosa hasta la caída de Porfirio Díaz. Publicó y editó cerca de dos decenas de periódicos, varios escritos y editados por mujeres. Su vida también da cuenta del movimiento que se dio entre finales del siglo XIX y principios del XX de la prensa femenina de señoras y señoritas a la prensa feminista. Jiménez y Muro fue un perfil particular de este naciente movimiento feminista al pertenecer a una generación previa a las de sus compañeras de convicciones igualitarias. Fue presidenta del Club Antirreeleccionista Hijas de Cuauhtémoc, desde el cual organizó una protesta el 11 de septiembre de 1911 en la Glorieta de Colón por los resultados electorales, bajo el llamado: “Es tiempo de que las mujeres mexicanas reconozcan que sus derechos y obligaciones van más allá del hogar”.

Jiménez y Muro se distanció del gobierno de Madero para profundizar las promesas sociales tras el fin de la dictadura. Así lo constatan dos documentos que brota-

ron de su pluma en 1911: el Plan Político Social de marzo de ese año redactado en Tacubaya y el proemio al Plan de Ayala. Dolores se incorporó al zapatismo hasta 1919 al final de la guerra de exterminio que el movimiento suriano padeció. De hecho, fue la amistad con Gildardo Magaña la que permitió conservar la carta que a continuación se presenta y que está inserta en la obra que cuenta la historia del movimiento: *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, originalmente publicada en tres tomos en 1934.

Con el bagaje político acumulado durante cuatro décadas, una septuagenaria Dolores, se enroló en una experiencia cultural pionera del Estado mexicano posrevolucionario: las misiones culturales impulsadas desde la naciente SEP, por Vasconcelos. El 15 de octubre de 2025 se cumplieron cien años de la muerte de Dolores Jiménez y Muro, ahora que su nombre (inmortalizado en el Congreso de San Luis Potosí en 2011), figura (develada en el Paseo de las Heroínas Ilustres en marzo de 2023) y fechas de nacimiento y defunción fueron declaradas efemérides oficiales (Diario Oficial de la Federación, 21 de julio de 2025) es una buena excusa para adentrarnos en la vida y pensamiento de la Antorcha de la Revolución.



Un llamado a escuchar las exigencias del pueblo



Penitenciaría de México, marzo 3 de 1914.
Señor general Aureliano Blanquet.
Presente.

Señor general:

La señora Gutiérrez de Mendoza, mi amiga y compañera de prisión, me ha dicho que aseguró a usted que yo estaba dispuesta para ayudar al gobierno en su obra de pacificación. Ha dicho verdad, y, aunque espontáneamente, no ha hecho más que interpretar mis deseos, mis aspiraciones que la son bien conocidas.

Sí, yo estoy dispuesta a contribuir a la pacificación de nuestra patria, por vías pacíficas también, y por el convencimiento, única manera de evitar el derramamiento de sangre; de poner un hasta aquí a la ruina de los ciudadanos; de cegar, en fin, el raudal de lágrimas que a la vez que la sangre, mana por todas partes, a consecuencia de los horrores de la guerra civil, esto es lo que yo ambiciono.

La señora Gutiérrez de Mendoza me dijo también, de parte de usted, que le manifestara extensamente por escrito mis proposiciones y mis pretensiones, hablándole con toda claridad sobre este asunto, lo cual agradezco a usted sobremanera, pues llena mi deseo más ardiente para el fin que persigo. De acuerdo, pues, con su iniciativa, le digo que cualquiera que sea, reservándome el derecho de apelar de ella y de los procedimientos de que he sido víctima, ante la opinión pública, si, como hasta hoy, no hallo justicia en ninguna parte. En consecuencia, si el

gobierno acepta mis servicios, en la forma que quiero y puedo prestárselos, continuará mi proceso hasta que llegue a su fin; y cuando tenga que salir de la población para desempeñar alguna comisión que se me encomiende, regresaré a mi prisión, por mi propia voluntad, para seguir bajo la autoridad que me juzgue, porque así me lo exige mi delicadeza, como adepta de una causa a que he sido y soy fiel, la causa del pueblo y de la justicia. En cuanto a mis pretensiones de interés general, son dos: una, que lea usted cuidadosamente lo que voy a escribir sobre la revolución actual, cuyas causas conozco desde antes de que estallara, y cuya marcha he seguido paso a paso, en sus medios más íntimos muchas veces; otra, que acepte el gobierno los medios pacíficos que voy a tomarme la libertad de exponerle.

Jiménez y Muro se distanció del gobierno de Madero para profundizar las promesas sociales tras el fin de la dictadura.

iii

Crujía de mujeres en la prisión de Lecumberri, ca. 1910, inv. 6057, SINAFO. Secretaría de Cultura- INAH-Méx, mediateca del Instituto Nacional de Antropología e Historia, licencia de uso CC BY-NC-ND 4.0.

Antes de seguir adelante, debo manifestar a usted, para prevenir errores y prejuicios, muy naturales en quien no me conozca, que no soy enemiga ni partidaria personalmente de nadie, pues, afecta, apasionada tal vez de ciertas doctrinas sociales y políticas, cuando soy amiga de alguien, lo soy en lo particular, y en política sólo considero y estimo a las personas por sus hechos. Además, huérfana de padre y madre desde muy joven; viviendo siempre de mi trabajo, y, desde hace tiempo también, sola en el mundo; no existe otra influencia para mí que la de mi criterio y la de mi conciencia, no aspirando a nada material ni arredrándome nada tampoco, si no es obrar torcidamente, lo cual está en mi mano evitar.

No existe otra influencia para mí que la de mi criterio y la de mi conciencia, no aspirando a nada material ni arredrándome nada tampoco.

Hecho este exordio que juzgo necesario, voy a entrar en materia, suplicando a usted no vea en mis apreciaciones, reproches ni mala voluntad para nadie, pues no la tengo; sino la necesidad, el deber puedo decir, en el presente

caso, de presentar las cosas como son, a fin de hallar el remedio que se ha menester para poner fin a una situación verdaderamente angustiosa para la gran familia mexicana; sólo me guía al escribir esta carta, dirigida a usted, el deseo del restablecimiento de la paz y el bien de todos.

Los hombres de Estado, por grandes que sean sus aptitudes para el alto puesto que ocupan, y por sanas que sean sus intenciones en favor de sus gobernados, es muy raro que vean claro en una contienda que, como la presente, tiende a la reorganización y reforma de las instituciones políticas y sociales que rigen a un pueblo, porque la atmósfera de preocupaciones, de adulación y de intereses personales, no siempre legítimos, que los envuelve, lo impide, cegándolos en cierto modo; de aquí se origina la necesidad y aun el deber que tienen ciertos espíritus imparciales y desinteresados, de exponer sus razones para esclarecer problemas como el que nos ocupa, y yo, contando con el consentimiento de usted, voy a exponer las mías.

Uno de los grandes errores que impiden el restablecimiento de la paz es considerar la presente revolución como el impulso de unos cuantos ambiciosos que pretenden escalar los puestos públicos, y de un número más o menos crecido de bandoleros, cuyo objeto único es el robo. Yo no negaré que haya ambiciosos ni



iv

Generales Manuel Mondragón, Victoriano Huerta, Félix Díaz y Aureliano Blanquet, 1913, inv. 639727. Secretaría de Cultura-inah-Méx, mediateca del Instituto Nacional de Antropología e Historia, licencia de uso CC BY-NC-ND 4.0.

v

Recreación digital de Dolores Jiménez y Muro, retrato, 2025.



bandolerismo, aunque no en las proporciones de que habla la prensa, porque es muy raro el hombre sin ambiciones, que, por lo general, no vale nada; y los bandoleros, que nunca faltan en todas partes, se acogen a cualquiera bandera, bajo la cual pueden realizar sus fechorías con mejor éxito; pero ni Vázquez Gómez, ni Carranza luchan por ser presidentes, aunque no les desagradaría serlo; ni el pueblo se sacrifica porque rijan nuestros destinos personas determinadas; ni el objeto de la presente lucha es apropiarse de lo ajeno, por más que muchos lo hagan; el movimiento revolucionario que nos preocupa no es más que el brazo armado de las aspiraciones y propósitos de una inmensa colectividad que constituye la mayoría, casi podríamos decir la totalidad, con raras excepciones, de la nación mexicana, que anhela, que ha resuelto efectuar reivindicaciones que le son debidas, así como establecer leyes que garanticen la equidad entre el capital y el trabajo con los derechos de todos. Así, usted ha visto, señor general, que a pesar de las innegables energías del señor general Huerta y de sus colaboradores; a pesar de los grandes elementos de la nación que tiene en sus manos; a pesar de la numerosa policía de que dispone, la cual descubre a diario complot tras complot, y puebla todas las cárceles de la República de reos políticos; a pesar del arrasamiento de los pueblos, y a pesar de toda clase de medidas represivas que se han venido empleando, desde el 18 de febrero de 1913 a esta fecha, con el fin de acabar con la revolución, esta ha ido aumentando en vez de decrecer. ¿A qué se debe esto? A que las ideas de reivindicaciones y reformas que se agitan

en todos los cerebros enardecen todos los corazones, arman todos los brazos y predisponen a todos los sacrificios; a que las medidas rigurosas, en vez de atemorizar, calman-dole, a un pueblo que no conoce el miedo, le exasperan más y más y le impulsan a la venganza; parece que del vapor escapado de la sangre de los que han sucumbido, y de las lágrimas de los que lloran, se han formado nuevos y numerosos combatientes que aumentan sin cesar; fíjese usted, señor general.

Como una comprobación de lo que acabo de expresar, voy a hacer a usted una breve reseña de hechos cuya veracidad me consta por haber intervenido en ellos como testigo y aun como autora muchas veces.

Después de la muerte de mis padres, comencé, abandonando un poco mi sociedad habitual, a visitar los cuchitriles de los miserables para llevarles, como miembro de alguna sociedad filantrópica, un poco de pan y algún consuelo; y como todo se los daba con amor, veían en mí a una amiga, y me hicieron infinidad de veces sus tristes confidencias, cadena desgarradora de miserias, de humillaciones y de injusticias, la cual puede sintetizarse en estas palabras: usurpación, despojo, abuso; porque el trabajo no estaba retribuido debidamente; porque se les hacían pagar muy caras sus miserables viviendas; de modo que a los propietarios de ellas redituaban el cuatro, el cinco y hasta el seis por ciento mientras que las casas destinadas a las otras clases, redituaban cuando mucho, el dos por ciento; y como si esto no fuera bastante, se les exigía un humillante servilismo.

vi

Francisco Villa y Emiliano Zapata en Palacio Nacional, 1914, atrás se encuentra Dolores Jiménez y Muro, inv. 641433. Secretaría de Cultura-INAH-Méx, mediateca del Instituto Nacional de Antropología e Historia, licencia de uso CC BY-NC-ND 4.0.

vii

Escultura de Dolores Jiménez y Muro en Paseo de la Reforma, 2025, Fotografía de Norberto Nava.



Después de ver las miserias de la ciudad, originadas por la mala retribución del trabajo, fui al campo, en donde era todavía mayor la explotación del hombre por el hombre, pues, además de lo bajo de los jornales, había que agregar el despojo de los terrenos, tanto de los pueblos, como de los particulares. Y allí, entre aquellos seres analfabetos, oí, de los labios de ellos al hacerme la relación de sus desdichas, el grito de rebelión y de protesta, como lo escuché en la ciudad, sin embargo de que nadie lo había proferido ante ellos, si no era su propia conciencia, diciéndoles que eran hombres y no cosas; que eran hijos de Dios y no propiedad de los que los despojaban y oprimían. Desde entonces comprendí que la revolución actual no estaba lejos, porque ideas germinaban por todas partes.

Poco después vine a México, donde vi que millares de ciudadanos iban a inscribirse en los clubs políticos, de donde debería surgir la revolución, como fue.

Durante el corto periodo de tiempo que duró la lucha encabezada por Madero, el que fue ídolo del pueblo, porque le habló de libertad y de reivindicaciones, así como porque, tras su deficiente Plan de San Luis Potosí, creía ver surgir todas las reformas ambicionadas, sucedió algo que no debo pasar en silencio.

Después de haberse descubierto el proyectado movimiento revolucionario que debió estallar el 20 de noviem-

bre de 1910, varios ciudadanos, procedentes de algunos estados, y jefes cada uno de un grupo más o menos numeroso, se unieron; formaron una Junta Revolucionaria; expidieron un plan político-social reconociendo a Madero como jefe supremo de la Revolución; y de ellos se lanzaron a la lucha Gabriel Hernández, que salió de aquí con tres hombres, y los señores Miranda, a la cabeza de varios de sus coterráneos. Hernández, dos días después de haber entrado en San Agustín Taxco, de donde sacó sus primeros elementos, tenía 86 hombres, y este guarismo fue aumentando de día en día hasta llegar a cerca de 4 000; a los Miranda les pasó otro tanto; y en cuanto a los demás que permanecieron en el Distrito Federal, organizados, aunque sin armas en calidad de reserva, pasaban de 12 000 cuando, a principios de mayo de 1911 fui a ver a Madero, comisionado por ellos, ya pasaban de 20 000, sin contar al pueblo que se unió a ellos en los días 24 y 25 del mismo mes cuando, enérgica e inapelablemente, exigieron la inmediata renuncia al Dictador.

Ahora bien, ¿qué impulsó a estos hombres a reunirse y a organizarse para la lucha de cuya verificación estaban ansiosos como me consta y por qué se les proporcionaban elementos de todas clases, lo cual me consta igualmente, si no fueron las ideas y las aspiraciones a que me refería antes, las cuales animaban a todos, a unos para luchar en los campos de batalla, y a otros para secundarlos en otro terreno?

Igual cosa sucede en la actualidad, porque esta revolución no es más que la continuación de aquella. En su primer periodo tuvo por caudillo a Madero, porque su palabra fue como el eco de las ideas y de los sentimientos del pueblo que le aclamaba como a un apóstol, como a un redentor; en el segundo se armó contra Madero, porque este faltó a sus promesas, y apostató de sus propias doctrinas; y hoy es en contra del gobierno del general Huerta, porque ve en él un obstáculo para el establecimiento de sus doctrinas. Que cese el obstáculo, y la revolución concluirá, porque, lo repito, no es personalista, es que el pueblo de México siente la irresistible necesidad de dar un paso en el camino de su evolución política y social y persevera en su esfuerzo, como perseveró el de Turquía, el de Persia, el de China y el de Portugal, hasta conseguir su objeto.

Esto no quiere decir que no haya remedio para el mal que nos aqueja; para hacer cesar esta guerra civil que nos amenaza con el exterminio; lo hay y se impone. Si me he atrevido a cansar acaso la atención de usted, si he hecho esta superficial y brevísima reseña de la revolución actual, así como de su naturaleza y de sus causas; si he hablado con una sinceridad que tal vez pueda perjudicarme en mi calidad de procesada política, es porque juzgo que el remedio existe, y que está en manos del gobierno. Voy a explicarme.

El pueblo, para quien han sido instituidas las leyes y las autoridades, tiene el derecho de formar, derogar, reformar las primeras, y de elegir o deponer a las segundas, cuando haya motivo para ello; y como el gobierno es para el pueblo, está en las atribuciones que le competen facilitar el ejercicio de los derechos de este, sin efusión de sangre, sin perjuicio para nadie.

Así, probado como está, que el pueblo de México ha resuelto efectuar una reforma en sus instituciones, el señor general Huerta, como presidente de la República, pues no es preciso que deje su puesto, puede poner fin a la contienda, convocando a los revolucionarios que andan con las armas en la

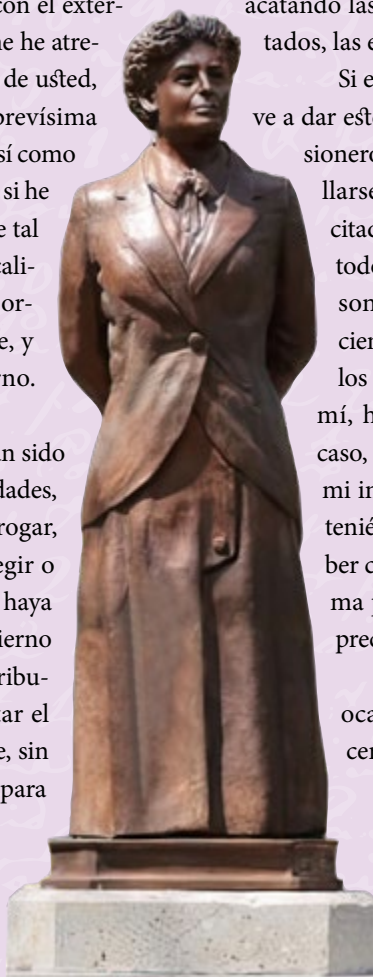
No es preciso que deje su puesto, puede poner fin a la contienda, convocando a los revolucionarios que andan con las armas en la mano a una convención.

mano a una convención, no para hacer elecciones, pues no se trata de eso; sino para discutir la mejor manera de hacer efectivas las aspiraciones, las justas exigencias, diré de ese mismo pueblo, a fin de que el Congreso de la Unión acatando las disposiciones de sus representantes, las eleve a la categoría de ley.

Si el señor general Huerta se resuelve a dar este paso, dando libertad a los prisioneros políticos que manifiestan hallarse conformes con la disposición citada, y concediendo garantías para todos, la paz será un hecho, y su personalidad será grande, en la conciencia de sus contemporáneos y en los anales de la historia. En cuanto a mí, hálleme dispuesta, si llega ese caso, a poner al servicio del gobierno mi inteligencia, mis esfuerzos todos, teniéndome por muy dichosa en haber contribuido, aunque sea en mínima parte, para obtener el bien inapreciable de la paz.

Aprovecho con gusto esta ocasión, señor general, para ofrecerle mis respetos.

—Dolores Jiménez y Muro.



SUSANA JULIETH ACOSTA BADILLO

PREPARATORIA 3, UANL

74 La mano de *Pedro Ramírez Vázquez* en la Universidad Autónoma de Nuevo León

i
Basilica de Guadalupe, Monterrey,
Nuevo León, 2012. Fotografía de
CONARTE, LABNL Lab Cultural Ciu-
dadano, Flickr commons.



Con cuatro décadas de diferencia, el arquitecto y urbanista tuvo participaciones directas en la elaboración y ejecución de los proyectos que cimentaron la ciudad universitaria de Monterrey y su escuela industrial.

Pedro Ramírez Vázquez no necesita presentación. Uno de los arquitectos más afamados, prestigiosos y referidos en la historia de México, fue autor de múltiples obras icónicas del México del siglo xx, sobre todo museos y mercados, además de ser el encargado del diseño gráfico de las Olimpiadas de 1968, manchadas en la historia por el despreciable actuar del gobierno Gustavo Díaz Ordaz. En una entrevista, Ramírez Vázquez recordó que su carrera inició en el momento idóneo, pues en los años de 1940 el país estaba en un proceso radical de transformación, sobre todo en el aspecto educativo donde la intención era abastecer de escuelas a las zonas rurales en una campaña de descentralización de las grandes urbes mexicanas y fue en esta necesidad, donde Ramírez Vázquez realizó una de sus aportaciones más importantes: el modelo “aula-casa rural”, tan replicado en la arquitectura escolar a lo largo y ancho del país.

Su arquitectura era industrializada, funcional, pero con evocaciones precolombinas, un estilo propio de su contexto, cuando la arquitec-



tura moderna se extendía entre los programas de construcción del país. Aún en su juventud y tras la experiencia como gerente del Comité Administrador del Programa Federal para la Construcción de Escuelas (CAPFCE), fue partícipe del diseño de la Ciudad Universitaria de la UNAM, antesala que lo postuló para asesorar el proyecto hermano de la Universidad de Nuevo León (todavía sin el rango de autónoma).

El estado de Nuevo León, como algunos otros, tiene arquitectura de Ramírez Vázquez y no sólo es la basílica de Guadalupe, enclavada en la colonia Independencia, la de mayor tradición en la ciudad de Monterrey, y construida en 1982 con un estilo similar a la basílica de ciudad de México, diseñada por el mismo equipo bajo el liderazgo de Ramírez Vázquez. Además de este ejemplar y el descuidado “Honguito”, oficina de ventas construida en 1966, el estado, particularmente la ciudad de Monterrey, le recibió en otros dos tiempos: en 1953 para asesorar la construcción de la Ciudad Universitaria de Nuevo León (CUNL) y en 1993, para diseñar la nueva unidad académica de la Escuela Industrial y Preparatoria Técnica “Álvaro Obregón” (EIAO), ambos proyectos de la Universidad Autónoma de Nuevo León (UANL).

CUNL

El 9 de febrero de 1953 el presidente Adolfo Ruiz Cortines (1952-1958) designó al arquitecto Carlos Lazo, entonces secretario de Obras Públicas, asesor del proyecto de la Ciudad Universitaria de Nuevo León (CUNL) y coordinador de un equipo técnico integrado por arquitectos, ingenieros y constructores que participaron en la Ciudad Universitaria nacional para el diseño de una maqueta que arrancara los trabajos en la universidad estatal. Lazo, a su vez, designó a Ramírez Vázquez y su eterna dupla, Rafael Mijares, para liderar dicho equipo. Casi un mes después, el 3 de marzo de 1953, ambos arribaron a la ciudad de Monterrey.

Su primera labor fue revisar la disponibilidad de espacio en el terreno recientemente facilitado por la Federación: 126 hectáreas de la antigua Ciudad Militar que se desplazaba entre los límites de los municipios de Monterrey y San Nicolás de los Garza. A esta primera reunión le siguió otra, en abril, cuando presentaron una versión inicial de la maqueta. Su propuesta era ambiciosa.

Proponían un modelo versátil y sumamente acorde con la modernidad arquitectónica de la época, con edificios y laboratorios para todas las escuelas universitarias –que

ii

Vista de la rectoría de la Universidad Autónoma de Nuevo León, 2011. Fotografía de CONARTE, LABNL Lab Cultural Ciudadano, Flickr commons.



En el caso de Ciudad Universitaria proponía un modelo versátil y sumamente acorde con la modernidad arquitectónica de la época, con edificios y laboratorios para todas las escuelas universitarias.



entonces eran trece facultades, seis preparatorias y seis escuelas anexas—, así como edificios habitacionales para estudiantes que requirieran asilo, casas para profesores y sus familias, una escuela primaria para los hijos de los empleados de la universidad y centros de entretenimiento para estudiantes, es decir, toda una urbe estudiantil con los requerimientos básicos al alcance. Para Ramírez Vázquez, una ciudad universitaria debía cumplir con dos características esenciales: buena orientación y confort.

Su propuesta era adecuada para un terreno de 126 hectáreas, pero también estaba muy por encima del presupuesto de una universidad de provincia, que al año recibía por parte de la Federación una módica cantidad de 200 mil pesos, incomparable a los 11 000 000 destinados en aquellos años a la UNAM. Además, el decreto de “donación” del terreno publicado el 29 de octubre de 1952 en el *Diario Oficial* condicionaba a la Universidad de Nuevo León a hacerse cargo de la

construcción de la nueva ciudad militar, algo de “extremos difíciles o embarazosos” de cumplir, según palabras del rector Raúl Rangel Frías (1949-1955), quien también llegó a declarar que las universidades estatales no eran más que “universidades limosneras”, por el raquítico presupuesto recibido año con año.

A pesar de la existencia de un Patronato Universitario, que gestionaba la acumulación de fondos para la construcción del campus, la imposibilidad de cumplir la condicionante del decreto atrasó por cuatro años la construcción de la CUNL hasta 1957, cuando Rangel Frías, ahora desde la posición de gobernador del estado (1955-1961) presionó a la presidencia de la república para emitir un nuevo decreto que eximiera a la Universidad de Nuevo León y al gobierno del estado de la obligación de costear la nueva ciudad militar.

Publicado en el *Diario Oficial* el 6 de marzo de ese año, el renovado fallo dimitió de aquella solicitud, pero redujo a 100 hectáreas

Desde el trazo de Ramírez y Mijares, los edificios tuvieron presentes diversos principios del funcionalismo, particularmente los “cinco puntos de la nueva arquitectura” de Le Corbusier.



el terreno a ocupar. Nuevamente los servicios de Ramírez Vázquez y Mijares fueron solicitados, y en menos de un mes presentaron ante el gobernador el plano de un nuevo anteproyecto adaptado a la reducción de 26 hectáreas. El plano incluía los edificios para las facultades de leyes, filosofía y letras, comercio, ciencias químicas, arquitectura, ingeniería civil, agronomía (con campo de experimentación) y artes plásticas, además de contemplar inmuebles para rectoría, biblioteca central, aula magna para eventos, un instituto de investigaciones y campos deportivos, así como un casino club, alberca olímpica y un estadio universitario. Si se compara con la primera propuesta de 1953, se desistió de las unidades habitacionales por la reducción del nuevo terreno.

El anteproyecto de Ramírez y Mijares sirvió de base para lo que después sería el conjunto definitivo, que resultó ser una amalgama de cuatro propuestas: una de Carlos Lazo –presentado antes de su fallecimiento–, el de Ramírez y Mijares, el elaborado por estudiantes y profesores de arquitectura e ingeniería civil, y el realizado por el comité técnico de la CUNL. El conjunto final fue aprobado por el Consejo Universitario el 11 de junio de 1957 y fue estructurado por áreas: 1) centro común, bajo regencia de la Torre de Rectoría, y contemplaba un Aula Magna, Biblioteca Central, Museo de Arte y el Instituto de Investigaciones Científicas, así como una explanada con asta bandera; 2) un eje para el conjunto de artes y ciencias, integrado por las facultades de arquitectura, ingeniería civil, ciencias químicas e ingeniería mecánica, y sus talleres correspondientes; 3) otro eje para humanidades, con economía, derecho, filosofía y comercio; y 4) el área de deportes, con un estadio, alberca olímpica al aire libre, un gran gimnasio y un casino.

Eran años de “modernidad” y ello se transmitió en la arquitectura del campus. Desde el trazo de Ramírez y Mijares, los edificios tuvieron presentes diversos principios del funcionalismo, particularmente los “cinco puntos de la nueva arquitectura” de Le Corbusier, como la planta libre, presente –en aquel entonces– en la mayoría de los inmuebles, los *pilotis* y las ventanas horizontales



iii

Basílica Nuestra Señora de Guadalupe, Monterrey, Nuevo León, México, 2012. Fotografía de Catedrales e Iglesias. Flickr commons.

iv

Torre de rectoría de la Universidad Autónoma de Nuevo León, 2023. Wikimedia commons.

o corridas, sin ornamentación en la mayoría de los edificios y construidos bajo el esquema funcionalista de “más barato y más rápido”.

Como última labor de asesoría, Ramírez Vázquez dejó un escrito técnico donde enlistó una serie de recomendaciones para que el campus conservara su armonía espacial, destacando el respeto y delimitación de las áreas de cada una de las dependencias, a modo de evitar la sobreexplotación de los terrenos. Fechado el 31 de octubre de 1957, decía:

Las anteriores observaciones y sugerencias creo que podrían servir de base para lograr en la realización de la Ciudad Universitaria del Norte, el que sean aprovechadas satisfactoriamente las experiencias

derivadas tanto del proyecto como de la realización y uso de la Ciudad Universitaria de México y puede usted abrigar la seguridad, señor rector, de que me seguirá animando el mejor espíritu de colaboración a la realización de una obra de tan grande importancia nacional y que será un placer para el suscrito el cambiar impresiones y ajustar ideas con los técnicos regiomontanos que han estado trabajando en los proyectos que se comentan.

Sin embargo, es de lamentarse que sus recomendaciones no fueran atendidas del todo, pues hoy en día la CUNL está en los límites de su expansión y algunas facultades definitivamente usurparon terreno que no les correspondía. Ahora bien, habrían de pasar 36 años para que Ramírez Vázquez se volviera a relacionar con Universidad Autónoma de Nuevo León (formalizó su autonomía en 1971).

LA ESCUELA INDUSTRIAL ÁLVARO OBREGÓN

Los años noventa fueron un decenio de transformación educativa. A nivel nacional estaba en proceso la modernización de los programas escolares de todos los niveles y a nivel universidad esta se adhirió a los planes nacionales por medio del Proyecto Modernización Educativa UANL.

Entre los ejes más importantes estaba la infraestructura y es aquí donde encontramos nuevamente el nombre de Pedro Ramírez Vázquez en la historia universitaria.

La Escuela Industrial y Preparatoria Técnica “Álvaro Obregón” (EIAO) es una de las escuelas fundadoras de la universidad, pues es más antigua que esta, al crearse en 1930 en atención a la alta demanda de una ciudad industrial como Monterrey. Desde su creación, la EIAO funcionaba en el edificio de Félix U. Gómez y Madero, de estilo Art Déco, y desde 1989 gestionaba una unidad externa en el municipio de Guadalupe, Nuevo León conocida como Unidad Tres Caminos. Al transcurrir los años, los espacios resultaron insuficientes y con motivo del programa general de renovación universitaria, la EIAO se animó a gestionar terreno para una nueva extensión o unidad, más amplia y moderna, para atender las nuevas exigencias de la educación con cara al siglo XXI.

Como primera iniciativa, la EIAO diseñó su propio programa de visión educativa denominado Proyecto de Transformación Educativa EIAO 2010, donde el principal eje era un nuevo inmueble y los requerimientos que este debía cumplir para ser considerada como la mejor escuela técnica del país. Tras una larga gestión, en octubre de 1993, se hizo entrega oficial por parte de la Federación de un terreno de seis hectáreas ubicado entre las avenidas Vía a Tampico y Churubusco, en el centro de Monterrey, antes pertenecientes a la siderúrgica Aceros Planos. Para el diseño se buscó al despacho Ramírez Vázquez y asociados.

vyi

Escuela Industrial Álvaro Obregón, 2021. Fotografía de CONARTE, LABNL Lab Cultural Ciudadano, Flickr commons.



La Unidad Churubusco de la EIAO es tal vez el trabajo menos conocido de Ramírez Vázquez, tanto a escala nacional como a escala local.

Arquitecto consolidado en el panorama nacional, Ramírez Vázquez regresó a la UANL para liderar el equipo de diseño del nuevo edificio para la EIAO, acompañado de su hijo Javier Ramírez Campuzano y el arquitecto Andrés Giovanini García, otro colaborador asiduo que trabajaba con él desde 1971 y quien desde 1982 ya era coautor asociado.

Para los trabajos de diseño se tomó muy en cuenta el clima de la ciudad de Monterrey, el cual Ramírez Vázquez llegó a comparar con el de la India, y también la naturaleza de la escuela, pues algo que destaca mucho en el diseño son los túneles que comunican los edificios, los cuales asemejan uniones metálicas como símbolo del tornillo, en clara representación del trabajo técnico. La maqueta fue presentada en septiembre de 1993 y tres meses después, el 20 de diciembre, principiaron los trabajos de construcción. Todo indica –por lo menos en las fuentes hemerográficas consultadas–, que el despacho Ramírez Vázquez y asociados ya no se involucró en el proceso de construcción, el cual quedó en manos de una constructora privada en su primera etapa y del CAPFCE en la segunda.

La primera fase fue entregada en el marco del 65 aniversario de la EIAO, en octubre de 1995, y consistió en 16 000 metros cuadrados de construcción, que incluyeron laboratorios de computación, física y química, y alrededor de 60 aulas, con una inversión de 33 000 000 de nuevos pesos.

Una vez puesta en marcha la nueva extensión, que por su ubicación recibió el nombre de Unidad Churubusco, la idea de la EIAO era conservar su histórica primera sede por su alto valor patrimonial y artístico –en su vestíbulo se resguardan imponentes vitrales del jalisciense Roberto Montenegro– para un uso también académico como sede de sus programas de Técnico Superior, pero un evento coyuntural hizo que el inmueble le fuera cedido a otra preparatoria hermana. Y es que, en aquellos años, el Co-



legio Civil, cuna de la UANL en 1933, estaba en proceso de adaptación para ser el Centro Cultural Universitario y, por ende, las dos preparatorias que le ocupaban, la 1 y la 3 (diurna y nocturna, respectivamente) tuvieron que salir del inmueble. Desde el 2001, la Prepa 3 es la que ocupa y resguarda el inmueble de Félix U. Gómez y Madero.

La Unidad Churubusco de la EIAO es tal vez el trabajo menos conocido de Ramírez Vázquez, tanto a escala nacional como a escala local, puesto que ni en la UANL se conoce su autoría. Por lo expuesto, consideramos importante recuperar la relación de Ramírez Vázquez con la UANL, una institución que se ha relacionado con algunos destacados arquitectos a nivel nacional –sirva también de ejemplo Ricardo Legorreta y la Biblioteca Universitaria “Raúl Rangel Frías” en 1994–, pero que después de efectuada la colaboración suele dejar en el olvido la huella de estos grandes nombres de la arquitectura mexicana.

PARA SABER MÁS

JIMÉNEZ MABARAK, CARLOS, Cuarteto en Re (Homenaje a Sor Juana), Partitura, marzo de 1962, Ricordi Americana, Buenos Aires, en <https://cutt.ly/FrPT4wsO>

MORENO, GRACIELA, “Una entrevista con Carlos Jiménez Mabarak” en *Universidad de México*, 1954, en <https://cutt.ly/rPT4BoE>

RAMÍREZ, LUIS ENRIQUE, “Entrevista a Carlos Jiménez Mabarak”, *Heterofonía*, 1995, en <https://cutt.ly/jrPT7Vrm>

Rizoma, “Carlos Jiménez Mabarak”, 2017, en <https://cutt.ly/KrPT5W3P>

Tiempo de Música y Universo, “Carlos Jiménez Mabarak. El Posnacionalismo de la música mexicana de concierto (Biografía)”, 2021, en <https://cutt.ly/SrPT53ET>

ANA SUÁREZ
INSTITUTO LUIS MORA

82



El enigma de *la Hacienda de las Animas*

Un crimen se ha cometido. La silla del caballo de la víctima tiene todas las pruebas. Los autores intelectuales y materiales no podrán escapar con facilidad.

1. LA LLEGADA

El sol enrojecía los cerros que rodeaban la Hacienda de las Ánimas, despidiendo el día. Un viento frío soplaba sobre los magueyales. En medio de una calma inquietante, un hombre montado en un caballo negro llegó al acceso principal. Era el detective al que la viuda de don Fernando Treviño, el poderoso empresario que controlaba el suministro de pulque a la capital, había mandado llamar.

Doña Clara, una mujer de apariencia frágil, lo aguardaba en la entrada. Llevaba un vestido negro y un velo que apenas dejaba ver unos ojos enrojecidos por el llanto. A su lado, Tomás, un sirviente viejo y encorvado, sostenía una lámpara de aceite.

—Señor Kelly, gracias por venir tan rápido —dijo doña Clara—. Cuento con usted. La muerte de mi esposo no sólo me ha dejado un gran vacío, sino que la sospecha del médico de que falleció por envenenamiento me tiene muy angustiada.

Hijo de irlandés y mexicana, Daniel Kelly se había entrenado en la famosa agencia de

detectives Pinkerton en Chicago, donde adquirió diversas y modernas habilidades de investigación. Ahora, en el crepúsculo campestre, asintió desmontando con suavidad, con un maletín de cuero entre las manos.

—Doña Clara, lamento mucho su pérdida —dijo—. Estoy aquí para ayudarla. No perdamos el tiempo. Lo primero es ver el lugar donde ocurrió el deceso.

2. LA BIBLIOTECA

Era una habitación impresionante, con sus estanterías llenas de libros. El escritorio de caoba estaba cubierto de papeles, una pluma descansaba sobre un tintero y abierto, en el centro, se hallaba el volumen que el difunto había estado leyendo: *El Príncipe* de Nicolás Maquiavelo.

Daniel observó las páginas, notando que estaban subrayadas en varias partes. Ésta, según la viuda, era una práctica que su marido seguía para reflexionar sobre las lecciones del autor.

i

Camino hacia la hacienda de las Ánimas, ca. 1910, inv. 165147. Secretaría de Cultura-inah-Méx, mediateca del Instituto Nacional de Antropología e Historia, licencia de uso CC BY-NC-ND 4.0.

ii

Hickman & Todd, Familia en una hacienda mexicana, ca. 1910. Fotografía de la biblioteca DeGolyer, Universidad Metodista del Sur, Flickr commons.





iii

William A. Pinkerton con agentes especiales del ferrocarril, ca. 1880. Biblioteca del Congreso, Washington, D.C., EUA.

iv

Científico alemán con cámara de detective, ca. 1910. Biblioteca del Congreso, Washington, D.C., EUA.

v

Nicolás Maquiavelo, *El Príncipe*, portada, Madrid, D. León Amari-ta, 1821. Colección particular.

—¿Quién más entra aquí? —preguntó Kelly.

—Sólo mis hijos, Tomás y yo —replicó doña Clara—. Mi marido se pasaba las horas leyendo. Ese libro fue obsequio de Peter Hargrove, su exsocio americano. Aunque no estaba muy contento con él, pues desconfiaba de sus malos manejos y por eso se separaron, no se atrevió a rechazarlo.

El detective registró el dato. Supo de Hargrove cuando vivió en Chicago. Su astucia y falta de escrúpulos eran conocidas.

Kelly decidió revisar *El Príncipe* con cuidado. Esa noche, a la luz de una lámpara de aceite, sacó del maletín la lupa de alta calidad que todo Pinkerton llevaba consigo. Sospechaba que las hojas pudieran haber sido envenenadas. Gracias a su examen del libro descubrió que no había sido así. El asesino no había recurrido a un método tan común. De ahí que, a la mañana siguiente, el detective se dedicara a buscar rastros tóxicos en la comida, en la bebida y hasta en las medicinas tomadas por el occiso. Pero tampoco encontró nada.

3. LAS ENTREVISTAS

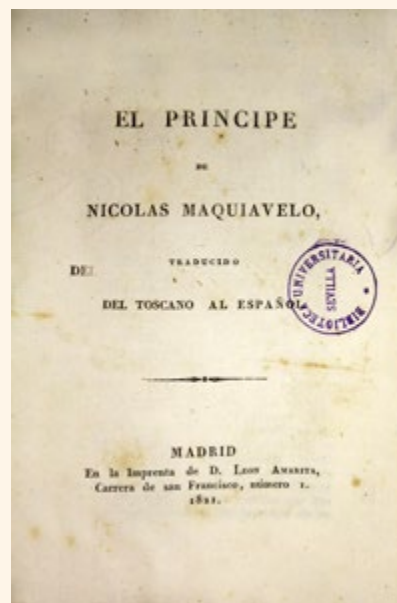
Kelly decidió entonces entrevistar a los deudos y sirvientes de la casa en pos de otra pista. Lo hizo de manera indirecta, hablando de la rutina diaria y las relaciones dentro de la familia. La primera fue doña Clara, quien le contó que la salud de su esposo se había deteriorado en las últimas semanas: perdió el apetito y sufría debilidad muscular y mucho dolor en las piernas.

El detective conversó luego con Felipe, un joven de aspecto serio que, a cargo ya de la hacienda, no ocultaba sus planes de transformarla.

—Felipe —dijo Kelly—, parece que tu padre estaba muy interesado en los libros que le enviaba mister Hargrove.

—Papá amaba la lectura —respondió el joven—. Pero *El Príncipe* no le agradó como obsequio. Hargrove es un hombre difícil y papá desconfiaba de sus intenciones.

Sus palabras sonaron evasivas, indicando un resentimiento profundo.



El asesino no había recurrido a un método tan común. De ahí que, a la mañana siguiente, el detective se dedicara a buscar rastros tóxicos.

Kelly charló después con Mariana, una joven reservada de mirada melancólica. Aunque se mostró cauta, por ella se enteró de que don Fernando era muy duro con su único heredero, quien se había convertido en un joven amargado que parecía odiar a su progenitor. Días antes habían tenido una fuerte pelea por la gestión de la hacienda, pues Felipe quería explotar también los minerales que guardaba el subsuelo, mientras su padre se negaba a cualquier cambio.

El detective habló posteriormente con Tomás y los demás sirvientes. Supo por ellos que en las últimas semanas Felipe había recibido varias cartas y un paquete provenientes de Estados Unidos. Supo también que don Fernando se levantaba temprano cada mañana para montar a caballo. Una vez en el establo comenzaba su ritual. Primero revisaba la silla de montar. Observaba con detenimiento las correas para asegurarse de que estuvieran en perfectas condiciones y él mismo ajustaba los estribos y las espuelas.

Notó que el cuero de las riendas tenía un brillo extraño. Al revisarlas con la lupa pudo ver

que estaban recubiertas de una sustancia extraña, apenas perceptible a la vista, que al ser frotada desprendía un olor a aceite rancio. Reconoció el talio, un veneno de acción retardada que no se conseguía con facilidad en México.

Era la pista que necesitaba. Supo que había hallado la causa de la muerte y también el método. El plan era sencillo: cada vez que don Fernando montase a caballo, el roce y el sudor de las manos facilitarían la acción de la sustancia letal, de manera que él se fuese enfermando y finalmente muriera sin levantar dudas. Dado que los arreos eran sólo suyos, nadie más estaba expuesto. Aunque lo que el asesino no previó fueron las sospechas del médico.

Tocaba ahora conseguir que el culpable reconociera su crimen.

4. EL CAREO

Con la evidencia en la mano y la deducción casi completa, Kelly decidió confrontar a Felipe. Lo

Kelly frunció el ceño, consciente de que las emociones podían ser una trampa peligrosa en una investigación.

86



vi

Escenas de las investigaciones modernas de los detectives Pinkerton, 1898. Biblioteca del Congreso, Washington, D.C., EUA.

vii

Publicidad de venenos para plagas de campo, 24 de marzo de 1874. Biblioteca del Congreso, Washington, D.C., EUA.

viii

Charles B. Waite, Hacienda de las ánimas, vista desde la azotea, 1904. Fotografía de la biblioteca DeGolyer, Universidad Metodista del Sur, Flickr commons.



llamó a su habitación, donde lo invitó a mirar sobre la mesa.

–¿Los reconoces? –preguntó sin mayor rodeo.

–Sí –replicó el joven–. Son los arreos de mi padre. Nadie más que él los usaba, y nos tenía terminantemente prohibido que siquiera los tocáramos.

–Lo sé. Lo que no entiendo es cómo don Fernando terminó envenenado por tocarlos. A menos que alguien

con acceso al establo los impregnara con un veneno que se absorbe despacio a través de la piel y que es casi imposible de conseguir en México. Alguien que pretendió asegurarse de que nadie pudiera identificar fácilmente el método del asesinato.

Felipe dio un paso atrás, el rostro cada vez más pálido, el sudor cada vez más copioso.

–¿Qué insinúa, señor Kelly? –musitó.

–Digo que el asesinato sólo pudo cometerlo alguien que conociera bien a tu padre y supiese de sus hábitos y rutinas. Creo que Hargrove proporcionó los medios, pero que el crimen fue llevado a cabo por alguien de esta casa.

Felipe trató de mantener la compostura e intentó negar las acusaciones. Sin embargo, al verse acorralado por la lógica implacable y las evidencias presentadas por el detective, confesó que impulsado por el odio a su padre, por la ambición y por las promesas de Hargrove de ayudarlo a convertir la hacienda en un gran negocio había envenenado las riendas con la sustancia que aquel le envió, convencién-

ra un poco de tiempo antes de presentar la denuncia ante las autoridades correspondientes.

Kelly frunció el ceño, consciente de que las emociones podían ser una trampa peligrosa en una investigación.

–¿Por qué, doña Clara? –preguntó con seriedad–. Su hijo es culpable y yo no puedo retrasar la justicia.

–Lo sé –respondió ella–. Pero permítame decirle esto: hay más en esta historia de lo que parece. Felipe no actuó solo y si lo entrega ahora el principal responsable quedará libre.

El detective entrecerró los ojos. Había algo en el tono de doña Clara que le indicaba que no mentía.

–¿De qué habla? –inquirió.

–De mister Hargrove –respondió la viuda, para entonces comenzar a relatar una historia que Kelly desconocía.

Luego de la ruptura de su sociedad con don Fernando, el norteamericano había seguido en contacto con Felipe, alimentando su odio y su ambición. Fue él quien le suministró el veneno y le prometió que, tan pronto como estuviera a cargo de la hacienda, explotarían juntos los ricos minerales allí depositados y harían una fortuna incalculable.

5. LA MADRE

Una vez resuelto el caso, Kelly informó a doña Clara sobre el triste fruto de sus pesquisas. La viuda resultó ser menos frágil de lo que había aparentado en un inicio, mostrando un gran temple y agradeciendo al detective que hubiera descubierto la verdad por penosa que fuera. Sin embargo, después de meditarlo unos momentos, le pidió que le die-



—Si detiene ahora a mi hijo —añadió doña Clara—, míster Hargrove lo sabrá y desaparecerá sin que pueda ser arrestado. Deme unos días. Sé que se encuentra en la capital, donde tengo contactos que le impedirán escapar.

El detective la escuchó en silencio, a sabiendas de que la decisión que tomara en ese instante afectaría el destino de muchos. En sus manos estaba entregar a Felipe, pero la mera idea de que un hombre como Hargrove quedara libre le parecía intolerable. Finalmente accedió. Sabía que el tiempo que daba a la viuda podría significar la diferencia entre justicia completa o incompleta.

—Tres días, doña Clara —señaló, categórico—. Ni uno más.

6. LA JUSTICIA

Consciente de que el tiempo corría en su contra, la viuda puso manos a la obra. Sabía que de no encontrar una solución rápida, Felipe sería arrestado. Con su mente trabajando a toda velocidad, pronto urdió un plan para salvarlo.

Esa misma noche llamó a su hijo a la biblioteca.



Felipe, que miraba a su madre con desesperación, asintió sin decir nada.



ix

Allan Pinkerton y Joan Carfrae Pinkerton, ca. 1865. Biblioteca del Congreso, Washington, D.C., EUA.

x

Hacienda mexicana, ca. 1910. Biblioteca del Congreso, Washington, D.C., EUA.

xi

Abel Briquet, Mulas y caballos en una hacienda mexicana, ca. 1895. Fotografía de la Biblioteca de la Universidad de Cornell, Flickr commons.

xii

Detective de la Agencia Nacional de detectives de Pinkerton, Estados Unidos, ca. 1890. Biblioteca del Congreso, Washington, D.C., EUA.



–Has cometido un crimen imperdonable –le dijo con voz firme–. Pero temo que seas juzgado y seguramente condenado. Debes salir del país antes de que sea demasiado tarde.

Felipe, que miraba a su madre con desesperación, asintió sin decir nada. La mera idea de enfrentar a la justicia lo aterrizzaba.

Doña Clara aprovechó sus contactos en la capital para conseguir un pasaporte falso e hizo los arreglos necesarios para que Felipe cruzara la frontera sin dejar rastro. El plan era que su hijo se refugiase en el rancho de un amigo en Texas, donde podrían ocultarlo mientras la situación se calmaba. Sin embargo, el problema no era tanto salir del país sino hacerlo sin despertar las sospechas de Kelly, que ejercía una vigilancia discreta y recelaría de cualquier movimiento inusual.

Durante los dos días que siguieron, doña Clara trabajó sin descanso en la organización del escape. Mientras tanto conversaba con Kelly, a quien trataba de dar la impresión de que estaba cooperando. El tercer día por la noche puso unas

gotas de láudano en la copa de vino con que el detective acompañó su cena. Cuando este dormía profundamente, Felipe salió en silencio de la hacienda. Disfrazado de peón y escondido en una carreta, fue trasladado a la estación más cercana del ferrocarril que lo llevó a la frontera. Allí, sin mayor obstáculo, cruzó a Estados Unidos y llegó a salvo a su destino.

Doña Clara permaneció en la hacienda, dispuesta a enfrentar las consecuencias. Pero cuando Kelly despertó a la mañana siguiente y descubrió que Felipe había desaparecido, no pudo hacer nada. Aunque presentía que su madre había planeado el escape, carecía de pruebas para acusarla directamente. Ella, por su parte, sabía que viviría con la duda de si había hecho lo correcto, pero en el fondo no se arrepentía de haber protegido a su hijo.

Finalmente, Daniel Kelly montó en su caballo y dijo adiós a la Hacienda de las Ánimas. Mientras el alba se asomaba con timidez detrás de los cerros, tiñendo el horizonte de rojo y oro, pensó que la lección aprendida era que nada, ni siquiera la justicia, podía oponerse a la decisión de una madre.



IVÁN LÓPEZGALLO
INSTITUTO MORA

90

Tobías Melchor Palafox: un paracaidista en la guerra sucia



i Tobías Melchor Palafox durante una práctica militar, ca. 1975. Colección particular de Tobías Melchor Palafox.

Integrante de la Brigada de Fusileros Paracaidistas desde los 17 años como soldado raso, formado en artes marciales, Melchor Palafox da cuenta en el siguiente relato de su participación en este cuerpo del ejército durante los años 1970 del siglo pasado, una época marcada por la represión de estudiantes, sindicalistas y opositores, además de la campaña militar en Guerrero que acabó con la vida de Lucio Cabañas. “Las órdenes había que cumplirlas, no discutir las. Es lamentable, pero ni modo.”, dice.



La Brigada de Fusileros Paracaidistas es una de las unidades del Ejército Mexicano más reconocidas y respetadas. Sus orígenes se remontan a 1946, con la Compañía Mínima de Aerotropas –integrada por elementos capacitados en Fort Benning, Estados Unidos– y el 1º de enero de 1969 se pasó revista de entrada a la Brigada de Fusileros Paracaidistas, que quedó integrada por un cuartel general, una compañía del cuartel general y tres batallones.

La práctica de artes marciales orientales entre sus elementos se remonta a la década de 1950 y llega hasta nuestros días, coincidiendo entre 1965 y 1985 con las actividades de contrainsurgencia emprendidas por el Estado mexicano contra grupos guerrilleros y opositores políticos y sociales. Periodo que comenzó con el asalto al cuartel militar de ciudad Madera y es conocido como “guerra sucia” por la violencia ejercida contra los “enemigos” del régimen. Y aunque la represión se dio principalmente en ámbitos urbanos –siendo emblemáticos los casos del 2 de octubre de 1968 y el jueves de Corpus de 1971–, también se llevó a cabo en zonas rurales, como la sierra de Atoyac en el estado de Guerrero.

Durante el movimiento estudiantil de 1968, el entonces Batallón de Fusileros Paracaidistas intervino en mítines y desalojó a los estudiantes de varios espacios, como las vocacionales 5 y 7. La víspera del 2 de octubre,

ante el mitin convocado por el Consejo Nacional de Huelga, los también llamados *chutes* –abreviación de *parachute*, que significa paracaídas en francés– recibieron las órdenes de “desalojar a los estudiantes de la Plaza de las Tres Culturas, empleando la prudencia”, quedando claro que sólo podía disparar después de que cinco de sus integrantes murieran por tiros de armas de fuego. También intervinieron el jueves de Corpus (10 de junio de 1971), según reportes de la Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales; y tres años después combatieron a Lucio Cabañas en el estado de Guerrero, participando en la operación que terminó con su muerte.

Tobías Melchor Palafox se dio oficialmente de alta en la Brigada de Fusileros Paracaidistas como soldado raso en marzo de 1973, aunque recuerda que se incorporó a la unidad algunos meses antes; un año después, integrado plenamente a esta unidad del ejército, fue enviado a Guerrero y participó en las acciones contra Cabañas. El texto que se presenta a continuación es resultado de varias entrevistas que sostuve con él entre 2022 y 2025, por las que nuevamente quiero expresarle mi agradecimiento. Actualmente, Tobías Melchor Palafox es licenciado en derecho y combina sus actividades profesionales con la enseñanza de taekwondo, disciplina en la que es cinta negra 7º dan.

“La cosa era hacer el trabajo: por las buenas o por las malas”

92

Nací en Tonalá el 30 de abril de 1955. No conocí a mi padre porque yo tenía seis o siete años cuando falleció. Él era un milusos, era músico de las bandas de acá de los pueblos. Tocaba todos los instrumentos porque mi tía abuela, la que lo crió, era música y hablaba latín y algunas lenguas indígenas; entonces le enseñó a mi papá la música y él se fue desde chico a la civilización, a Guadalajara. En ese tiempo Tonalá estaba lejísimo de Guadalajara. Él era peluquero y alfarero en Tonalá, y se fue a Guadalajara y se dedicó a la carrocería de los automóviles. Le llegaba, por ejemplo, el chasis de un camión y lo “tapizaba” de la carrocería, ese fue su trabajo, obviamente la soldadura. Entonces yo creo que por eso a mi hermano el mayor y a mí nos gustó ese oficio.

Cuando mi papá murió, yo estaba en el segundo año de la primaria. Entonces muy temprano, muy temprano, empecé a trabajar y a estudiar, nunca dejé de estudiar. Mi mamá se quedó con seis crías, ¿te imaginas? Mi mamá tenía 27 años, mi padre muere de 33. Entonces, como dicen acá: “le tuvimos que ladrar a la gorda”, diario. La manera de salir adelante era: cero diversión, cero televisión, trabajo-estudio, trabajo-estudio. Por eso hay veces que oigo a las personas, e incluso a mis alumnos, que dicen:

–No hay dinero. No se puede estudiar.

–No –les digo–, no me digan eso, hombre. No me digan eso, todo se puede.

Iba a cumplir quince años cuando me fui a México. Llevaba mercancía de acá, de Tonalá, al mercado de Sonora, miniaturas de barro. Esto que te estoy platicando suce-

dió como en 1970. Iba y venía a México, 71. Y ya para el 72, que me animé a emigrar en definitivo, le dije a mi jefa:

–Ahí nos vemos, güereja.

Así le decíamos a mi señora madre.

–Que te vaya bien –me contestó–, que te vaya bien.

Cuando yo entré a “chutas”, a paracaidistas, como no me daban chance por la edad, yo le ayudaba a un sargento que tenía un taller mecánico ahí, en el primer batallón. Le ayudaba a lavar los fierros y él me dejaba quedarme ahí, mientras. Un día llega un teniente y:

–Oye, tú –le habló por su nombre–, fijate que acabo de comprar un lote de varios carros de los que da de baja el ejército.

Eran como cinco o seis carros, entre ellos dos camionetas.

–Nada más que a las camionetas quiero hacerles el chasis más grande porque me las voy a llevar a Oaxaca. Las llevo a mi pueblo para hacerlas transporte de gente.

Eran camionetas de tres toneladas. Entonces le dice el sargento:

–Ah, pues ahí está Palafox –allá te hablan por tu apellido–. Ahí está Palafox, tráele el material y él que se las suelde.

Me dice el teniente que si yo sabía.

–Sí –le digo–, tráigasela.

Total, que le hice ese trabajo. Entonces me empecé a dar a conocer y el mismo teniente fue el que me firmó como tutor y así fue como ingresé de menor de edad a la

ii

Exterior de la escuela Francisco I. Madero, ca. 1936, México, AGN, fondo Enrique Díaz y Delgado García.



brigada. Entonces ya cada que se ofrecía trabajo de soldadura me la daban, y obviamente ganaba dinero y a la vez estaba dado de alta. Y fíjate, cosa de no creerse, porque platicando con ex-compañeros que todavía viven, me dicen:

–Oye cabrón, ¿cuántas boletas de arresto tienes tú?

Yo nunca tuve una boleta de arresto, porque a los jefes siempre les hacía trabajos. Ellos pensaban otra cosa, me valía. Yo cumplía con mi trabajo, cumplía con mis deberes, y obviamente nunca dejé de entrenar. Entonces yo quedaba bien con todo mundo. Incluso un general me llegó a mandar a varias escuelas a hacer mesabancos de metal. Había dos muchachos, un sargento y un cabo, que eran carpinteros; íbamos los tres y yo hacía lo de metal y ellos lo de madera. Entonces el general quedaba bien parado, a nosotros nos pagaban y quedábamos bien con el mando. Mi vida siempre ha sido trabajar, trabajar y trabajar.

ENTRE “ARACLES”, PATADAS Y SALTOS

Combiné la milicia ahora sí que con las patadas, porque al llegar ahí, al batallón, era la tradicional defensa personal. No había esa disciplina de que... formal, pues. Allá te decían:

–¿Quieres aprender “aracles”?, aquí está fulano, allá está zutano... ¡y a echarle ganas!

“Aracles” es como decir “ya vas a entrenar” o “vas a las patadas”. Allá esa palabra está

arraigada: es el grupo de los “aracles”, el grupo de tae kwon do, de karate... hay diferentes grupos, pero así les nombran. Y estuve, ¿qué te diré?, cuatro o cinco meses, fue menos de medio año y la verdad no me gustó, porque no había un estímulo para saber más, ¿no? “¿Quién me lo va

“Yo nunca tuve una boleta de arresto, porque a los jefes siempre les hacía trabajos”.

a decir?, ¿siempre voy a hacer patada de lado, de frente y golpe medio?”

Practicábamos el clásico karate, el kung fu, ¿verdad? Y a finales de cuenta pues no, nunca les encontraba yo ni la entrada ni la salida. Entonces les preguntaba:

–Oye, ¿cuál es la finalidad?, yo quiero... ¿hay examen?

–Pues no, no, no.

Y fue cuando, gracias a un compañero de ahí que es cinta negra noveno dan ahorita, Víctor Cervantes Barrera, llegué con el profesor Travis Lee. Y ahí hice mi primer examen para cinta amarilla. Y ya preparándonos para el siguiente, fue cuando salió la exhibición que dieron el profesor Moon Dai Won y el profesor Isaías Dueñas, y me integré a su escuela, Moo Duk Kwan.

Los entrenamientos en la Brigada de Fusileros Paracaidistas consistían en levantarte a las 5:30 de la mañana, a las 6:00 estar listo, a las 8:00 pasar lista. Luego venían las prácticas que acá les llamamos “instrucción de orden cerra-





do”, o sea marchar, todo eso. Y después venía el entrenamiento de los “aracles”, que le llamábamos. ¡Y era con botas!, no creas que descalzos. Tu mochila, tus botas. Imagínate, imagínate: tú parado, el compañero salta a la altura de tu pecho con las dos botas, nada más imagínate esa. O que te diera una barrida, tú parado normal y jaguas, porque ahí te voy! Y con la bota.

Pero volvemos a lo mismo, la misma condición física que teníamos nos ayudaba, porque

DE LA CAPITAL A LA SIERRA MADRE

Nos tocaba ir a deshacer los mítines que había en la ciudad de México, las famosas huelgas. Sí, sí, era pesado, porque al final del día pues, ahora sí que... somos, somos hermanos. Somos ciudadanos y pues es lamentable haber utilizado... ¿verdad? Y pues ni modo, la cosa es que tú haces tu trabajo. Y lo tenías que hacer, porque las órdenes había que cumplirlas, no discutir las. Es lamentable, pero ni modo.

Cuando hacían el aniversario del 68, ¿te acuerdas del 2 de octubre?, eso nos tocó varios años. Y luego nos tocó cuando Lucio Cabañas se levantó en armas en el 74, nos tocó ir ahí, estuvimos más de un año, desde que empezó Cabañas hasta que falleció. Anduvimos en el Filo Mayor, toda la Sierra Madre, que comprende desde Michoacán hasta allá arriba, Guerrero. Por ahí anduve, allá quedaron muchos de mis compañeros. Nos tocó lidiar con dos ciclones en plena sierra, el Fifi y el Lidia. Tu cobija era el cielo y tu cama era el suelo. Fue difícil y muchos compañeros renegaban de haber sido militares y desertaron. Sí, la verdad. Yo creo que en parte a mí en lo personal me ayudó la disciplina del tae kwon do, del kung fu, del karate, el haber aguantado toda esta friega física, ¿verdad? Y

“Nos tocaba ir a deshacer los mítines que había en la ciudad de México, las famosas huelgas. Sí, sí, era pesado”.

diario practicábamos miles y miles de caídas en el fuselaje del avión. Porque para saltar del avión en vuelo tenías que haber practicado primero acá abajo, y esa era nuestra práctica en la mañana. Entonces ya en la tarde, por ejemplo: lunes, miércoles y viernes que llegaba el profesor Navarrete, él nos daba clases de tae kwon do de 5:00 a 6:00, de 4:00 a 5:00, según como nos acomodáramos. Y con el profesor Moon era martes, jueves y sábado, días que yo iba a su escuela. Y así fui años y años... en paracaidistas y en Moo Duk Kwan Central.

iii

Zócalo de la ciudad de México durante una manifestación estudiantil, ca. 1970. Colección particular.

iv

Protesta universitaria en la ciudad de México vigilada por policías, 1977. Colección particular.



por ahí en el cuerpo traigo dos recuerditos de esa campaña... y aquí estoy todavía [ríe].

Llegamos a Guerrero a inicios del 74. Sabíamos que allá andaban de partida patrullas de la 27ª Zona Militar que estaba en Atoyac de Álvarez, todos los militares de ahí patrullaban la sierra de Guerrero. Entonces llegó a tal grado el poder de Cabañas que los militares ya no pudieron, y fue cuando a los paracaidistas nos mandaron para allá. Incluso hay varios corridos que dicen: “junio 20, yo recuerdo, llegaron paracaidistas a la zona de...”. Entonces nosotros llegamos allá en junio o julio del 74. Y hasta que se erradicó, pues, nos tuvieron allá en la sierra. Llegamos de Santa Lucía en los C-57 y C-54, aviones de la Fuerza Aérea. Llegamos a Pie de la Cuesta y nos trasladaron a la 27ª Zona Militar, que estaba en Atoyac.

Nos llevaron por el entrenamiento que teníamos. El entrenamiento que teníamos y la orden del secretario de Defensa, en ese entonces Hermenegildo Cuenca Díaz, quien dijo:

—¡Mándenme a los “chutas” para allá!

Y así es como llegamos nosotros, al mando del coronel Ángel Lazo de la Vega Corona, que gracias a ese trabajo a él lo hicieron general y a muchos oficiales los ascendieron. A nosotros nos dieron estímulos económicos y días de descanso.

La gente nos recibió mal porque los soldados allá son mal vistos, porque... la verdad, la verdad estos cabrones se... como dicen los chavos, se agandallaban, abusaban de su poder. Hicieron mucho despapaye por allá con las

mujeres. Entonces ellos crearon esa... ¿cómo se puede decir?, ellos crearon esa situación. Cuando llegamos, la gente pensó que “éramos de la misma olla” y teníamos que decirles:

—No, no, miren, nosotros somos fuerza aérea. El ejército es una cosa, fuerza aérea es otra cosa. A fin de cuentas dependemos del mismo patrón, ¿verdad?, pero hay diferencia.

No lo entendían. Y Lucio Cabañas es un héroe por todo el estado de Guerrero, porque en realidad sí fue guerrillero. Entonces había mucha guerra de guerrillas, pero el ser oriundo de allá, conocer la zona y saber un poco de Guerrero, lo hizo acreedor a que... nosotros sabíamos que iba a ser después un héroe; aunque no tenía una, una ideología que dijeras tú: “me parece, yo me voy contigo”. Y tú sabes que de la Normal donde él estudió han surgido muchas personas de ese tipo. Ya ves los normalistas de Ayotzinapa, de ahí egresó él. También tienes a Genaro Vázquez, que hasta donde yo sé también estudió ahí. Puro maestro rural, profesor rural, pues.

Empezamos a acercarnos a la gente haciendo labor social. Y la verdad es que nosotros fuimos porque en ese tiempo estaba de gobernador Rubén Figueroa Figueroa, lo secuestraron y pidieron 50 000 000 por su rescate. Entonces esa fue otra de las razones por las que dijo el secretario: “manden a los paracaidistas”. Y sí, la Brigada de Paracaidistas rescató al gobernador, se les dieron 25 millones. En la brigada hay una fraternidad, se llama Fraternidad de Paracaidistas y la mayoría de los que hemos salido, de los

que hemos egresado, estamos adheridos a ella. Y el actual representante de nosotros se llama José Pescador, él le entregó los 25 000 000 a Lucio Cabañas. Dice que cuando los estaba entregando temblaba y sudaba [ríe]. Se entregó el dinero, nos dieron al gobernador, se le llevó a... no me acuerdo si a Chilpancingo o Acapulco, donde le correspondía. Y posteriormente nos dijo el gobierno: "se dieron 25 000 000 y los otros 25 se van a repartir entre la gente que vino a ayudar", y hasta la fecha estamos esperando lo que nos corresponde [ríe].

Finalmente el comandante nos reunió a todas las patrullas. O sea, allá nos llamaban "lazos" por el apellido del jefe, que era el coronel

"Y cuando ya estaba... pues ahora sí que relativamente cerca, fue cuando le pusieron su botonadura de plomo".

Ángel Lazo de la Vega, "Lazos". Entonces había "lazo 1", "lazo 2", "lazo 3", etcétera. Lucio estaba en... imagínate un círculo de yo le calculo un kilómetro. Entonces él estaba en el centro, de salero, con su gente, y todos los "lazos" íbamos cerrando el círculo. Por la radio nos decía el comandante: "cinco pasos", "diez pasos", "diez pasos", "cinco pasos", "diez pasos", y así fue como lo aco-rralamos. Y cuando ya estaba... pues ahora sí que relativamente cerca, fue cuando le pusieron su botonadura de plomo. Me tocó formar parte del círculo, en el "lazo 2", pero la patrulla que estuvo frente a él fue "lazo 8". Nosotros estábamos yo le calculo que a unos 300 metros, un poquito menos. Fue un momento de demasiada tensión, porque no sabíamos si íbamos a regresar o no. Te digo: a varios compañeros les tocó la mala fortuna de quedarse allá. A unos nos los trajimos en bolsas para acá... o más bien para allá, a la ciudad de México.



Las otos que pudimos sacar con aquellas camaritas de ocho, de 16 impresiones, nos las decomisó la Secretaría de la Defensa Nacional cuando llegamos a Santa Lucía. De uno por uno, cabrón, todo lo que traíamos: cámaras, cosas nocivas, a la fregada. Y por nombre:

—A ver fulano, ¿qué traes ahí?

Y todas esas fotos, pues eran... eran recuerdos de nosotros y todo se nos decomisó. Y fijate qué curioso... al poco tiempo esas fotos aparecieron en el libro que hicieron familiares de Cabañas.

LAS ARTES MARCIALES

Sí, sí fue necesario. Fue necesario en algunas ocasiones y claro que nos sirvió. Cuando hacíamos las detenciones, este... pues teníamos que utilizar, ahora sí que la fuerza bruta, ¿verdad?, y ahí es donde se nos facilitaba. Había otro amigo, Guillermo Murillo, que también fue cinta negra segundo dan. Entrenábamos juntos y nos tocó echar patadas y demás.

—A ver, Murillo, Palafox, ¡adelante, cabrones! —nos ordenaban.

—Chingue a su... ni modo, compa —le decía, porque somos compadres—, ni modo, compadre, adelante.

—No, ¡vete tú! —me respondía.

—Oh, que la...

Pero ya después lo agarramos de chascarrillo. Pero sí nos ponían unas friegas que... o sea, no siempre era ganar, nos acomodaron unos buenos, unas buenas moquetizas. Y es que luego nos mandaban a hacer otras cosas y yo le decía al comandante, que en ese tiempo era el teniente Castillo, uno de ahí, oriundo de Guerrero... él no quería meterse con sus paisanos y lloraba. De hecho, el día que falleció Cabañas él era comandante de nuestra patrulla y se levantó llorando. Dijo: "pues le acaban de dar a mi paisano". Y él era el que nos decía que

nosotros... nos mandaba a hacer los trabajos sucios y yo la verdad le dije: “no, comandante, no. Otra cosa”. Y ya mejor luego nos mandaba a usar patadas y demás.

Había jefes “gentes” y había jefes muy “jijos”. Entonces ahí es cuando dices tú: “bueno, ¿y mi criterio qué?”, ¿verdad? La cosa era hacer el trabajo: deshacer los mítines que había en la ciudad de México, las famosas huelgas o diseminar a la muchedumbre en una manifestación, por ejemplo; pero tratando de que no... que no hubiera ese golpe, ¿verdad? Entonces tu trabajo era:

—¿Sabes qué?, desápártalos. Y al final del día aquí quiero a todos a tales horas.

¿Cómo le vas a hacer?, por las buenas o por las malas. Y sí es pesado, te digo, y es triste haber participado porque a veces sí te llevabas tus buenas heridas también tú, pues de los civiles el que no entrena viene preparado. Y están listos también para todo.

Las marchas por el 2 de octubre siempre se hacían acá por las Tres Culturas, ¿no?, ahí por donde está Santiago Apóstol, el edificio Chihuahua, me parece. Y otras tantas acá en el zócalo. Y otras afuera de la Cámara de Diputados. Entonces según donde te tocaba era la misma orden, era la misma orden y había que camuflarse de civil; incluso nos dejábamos el pelo un poco más largo y a los compañeros que estaban muy pelones de plano les ordenaban que se compraran una peluca. Nos decían:



—Los que hacen “aracles” —o sea, los que entrenábamos—, adelante.

Y a hacer las formaciones que hay, pues, en la milicia. Hay varios tipos de formaciones. Por eso te digo que de alguna manera todo lo que hemos entrenado nos ha servido para eso. Lo malo era que no podías cargar ni gas pimienta, ni mucho menos algún artefacto, un palo, un bat o... no, no, no. Pues de por sí no te podían ver, imagínate. Ven el uniforme, no a la persona que lo porta y desgraciadamente yo siempre he dicho: “si andas uniformado, dale gracias a Dios si regresas a tu casa”, sea el uniforme que sea.

v
Escultura en bronce del Comandante Lucio Cabañas Barrientos en Atoyac de Álvarez, Guerrero, en diciembre de 2004, al conmemorarse el 30 aniversario de su caída.

vi y vii
Entrenamiento de artes marciales en la Brigada de Fusileros Paracaidistas, ca. 1975. Colección particular de Tobías Melchor Palafox.

PARA SABER MÁS

CASTELLANOS, LAURA, *México armado. 19643-1981*. México, Era, 2016.

GLOCKNER, FRITZ, *Memoria roja. Historia de la guerrilla en México (1943-1968)*, México, Ediciones B, 2008.

MONTEMAYOR, CARLOS, *La violencia de Estado en México. Antes de después de 1968*. México, Debate, 2010.

RAMÍREZ, FRANCISCO, ERIC WEISSENBERG y GUSTAVO VAQUERO, *Edición Gráfica Conmemorativa del 75 Aniversario de la Creación de las Aerotropas en México (1946-2021)*, Secretaría de la Defensa Nacional, 2021.

DARÍO FRITZ
BiCENTENARIO

El contraste aflora nítido. El plástico amortigua la lluvia ante el desamparo, el frío comienza a calar en algunos y en otros se abre pecho a la resistencia contra un clima impertinente para disfrutar al aire libre. Al fondo, mientras tanto, la figura ancestral del mayor ícono institucional abre dos ojos impasibles, que no son más que ventanas ubicadas al centro de la imagen, preguntándose cuánto pueden llegar a arraigar allí esos hombres, cuando él tiene siglos de mirar pasar lo más granado de la historia. Curtidos en batallas contra la desigualdad, esos hombres ocupan el territorio de todos con la esperanza de que la historia les acerque alguna pizca de justicia social. El contraste los amalgama: la edificación ruda y sobreviviente a las mejores y más deleznales decisiones, los ritos más violentos y las fanfarrias militares más pacíficas, la proclamación de usurpadores o los gritos por la libertad. Y del otro

lado, la fragilidad de los que no tiene más que gritar para hacerse oír, amparados en lo que llevan puesto, atenazados a la obstinación de su causa. Sabedores que si un derecho no se defiende, está condenado a perderse. Los maestros perseverantes del sur del país han llegado hasta allí ese octubre de 1984 para reclamar lo que a cuentagotas se derramaba entonces –y que cuatro décadas después nada lo ha alterado: democracia sindical–. Del otro lado del original de esta imagen impresa, alguien describió en el archivo donde fue hallado, un instante de candidez: “todo era felicidad en medio del chubasco y disfrutaban queriendo salir en la foto”. Hannah Arendt traza en un poema: “Transcurrirán las horas, / y pasarán los días, / pero una ganancia sí nos quedará: / la mera persistencia”. Mucho se agita debajo de esa carpa enclenque para hacer del Zócalo el sueño cumplido de la arbitrariedad derrotada.

Lluvia milenaria

Sandro Fragoso, *Marcha de maestros de la CNTE en el Zócalo de la ciudad de México, ca. 1984*. Colección particular.





LIBRERÍA DEL FONDO JOSÉ MARÍA LUIS **MORA**

16 mil ejemplares que versan sobre temas de economía, sociología, política, filosofía, antropología, derecho, historia de México e historia de América Latina y Europa. De ambos fondos editoriales, del Instituto Mora y del Fondo de Cultura Económica.

Horario de atención

Lunes a viernes de 9:00 a 20:00 horas

Sábados de 10:00 a 14:00 horas

www.mora.edu.mx

www.fondodeculturaeconomica.com

CORREO DEL LECTOR 04 | **ARTÍCULOS 06**–Aproximación digital al verdadero rostro de José María Morelos. **HÉCTOR NORIEGA MENDOZA** | **16**–Raíces históricas del charro cantor. **FAUSTINO A. AQUINO S.** | **24**–Inspecciones a las boticas de San Luis Potosí. **SERGIO A. CAÑEDO GAMBOA Y ALEJANDRO MORÓN RÍOS** | **34**–Cómo combatieron los potosinos la pandemia de 1918. **FLOR DE MARÍA SALAZAR MENDOZA** | **42**–Veracruz en la mirada de Montserrat Pecanins. **ANNA RIBERA CARBÓ Y EULALIA RIBERA CARBÓ** | **50**–La última autoridad de Vigía Chico. **LORENA CAREAGA VILIESID** ¶ **DESDE HOY 60**–Un museo en retribución a los mayas macehuales. **JOSÉ ALBERTO RODRÍGUEZ ROBLES Y GABRIEL VÁZQUEZ DZUL** ¶ **TESTIMONIO 66**–Carta desde la cárcel de Dolores Jiménez y Muro al general Aureliano Blanquet. **DIEGO BAUTISTA PÁEZ** ¶ **ARTE 74**–La mano de Pedro Ramírez Vázquez en la Universidad Autónoma de Nuevo León. **SUSANA JULIETH ACOSTA BADILLO** ¶ **CUENTO 82**–El enigma de la Hacienda de las Ánimas. **ANA SUÁREZ** ¶ **ENTREVISTA 90**–Tobías Melchor Palafox: un paracaidista en la guerra sucia. **IVÁN LÓPEZGALLO** ¶ **SEPIA 98**–Lluvia milenaria. **DARÍO FRITZ** ✦

www.revistabicentenario.com.mx

**Ciencia y
Tecnología**
Secretaría de Ciencia, Humanidades,
Tecnología e Innovación




**Instituto
Mora**